

LIBRO DE LECTURA

(para el 5º Grado)

INDICE

	Página
Las Encinas	5
Poema	7
Verso (India)	8
La Captura de los Pescadores	9
Verso (India)	12
La Búsqueda de la Verja del Cielo	15
Verso (India)	18
El Ermitaño y el Elefante	21
Krishna, un Dios Disfrazado	25
Verso (India)	33
Parábola	34
Buda, El Iluminado	35
La Mesa de la Paz	46
El Premio del Campesino	47
El Tigre y el Mono	53
Verso (India)	56
¿Cómo surgieron las Constelaciones?	59
Nal y Damajanti	67
Poesía	80
La Compasión de Usinara	83

Verso (Persia)	86
El Bebé que se rió al nacer	89
Verso	96
El Hijo del Dios Sol	99
Gílgamesch	104
El Hechizo Mágico de la Música	107
Himno al Nilo	115
Cántico al Sol	116
El Músico Maravilloso	117
Himno a Zeus	126
El Príncipe y el Caballo Alado	129
Teseo	140
Los Tres Deseos	141
Rodopís y la Zapatilla Rosada	147
Los semejantes se buscan	150
El Joven que se amaba a sí mismo	151
El Hombre que caminaba sobre el mar	157
El Establo	166
La Historia de una jarra de miel	167
La Hechicera Circe	175
Ulises cuenta a Penélope sus aventuras	182

LAS ENCINAS

*¡Encinares castellanos
en laderas y altozanos,
serrijones y colinas
llenos de oscura maleza,
encinas, pardas encinas
humildad y fortaleza.*

*¿Qué tienes tú, negra encina
campesina,
con tus ramas sin color
en el campo sin verdor;
con tu tronco ceniciento
sin esbeltez ni altiveza,
con tu vigor sin tormento,
y tu humildad que es firmeza?*

*En tu copa ancha y redonda
nada brilla,
ni tu verdioscura fronda
ni tu flor verdiamarilla.*

*Brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede
sólo a la ley de la vida
que es vivir como se puede.*

*El campo mismo se hizo
árbol en tí, parda encina
ya bajo el sol que calcina
ya contra el hielo invernizo,
el bochorno y la borrasca,
el agosto y el enero,
los copos de la nevasca,
los hilos del aguacero,
siempre firme, siempre igual,
imposible, casta y buena,
¡oh tú, robusta y serena,
eterna encina rural
de los negros encinares
de la raya aragonesa
y las crestas militares
de la tierra pamplonesa.*

Antonio Machado

*Tiene el manzano el olor
de su poma,
el eucalipto el aroma
de sus hojas, de su flor;
el naranjo, la fragancia;
y es del huerto
la elegancia
el ciprés oscuro y yerto.*

Antonio Machado

*Sea lo que sea que tú empieces,
haz lo correcto.*

Ten veracidad en tu hablar, en tu actuar, en tu pensar.

*Niega tu egoísmo, ten medida y simplicidad.
Domínate a tí mismo y tus pasiones.*

*Ten seriedad. Tus quehaceres diarios hazlos con alegría,
pero no te hagas esclavo de tu acción.*

(India)

LA CAPTURA DE LOS PESCADORES

Un Brahmin que había servido a los dioses y ayudado a las personas por muchos años, decidió salir del templo para vivir solo en el bosque y dedicar todo su tiempo a sus oraciones. Así vivió sin una casa, y por comida tenía sólo las bayas que hallaba en el bosque.

A este Brahmin le encantaban todas las criaturas vivientes, pero lo que más le gustaba era ir a un río cercano y mirar los peces cuando nadaban en el agua.

Su vida dura, consagrada a sus oraciones, le habían dado poderes que personas ordinarias no tenían. Uno de estos poderes era el poder sumergirse debajo del agua y echarse en el fondo del río y quedarse allí todo el rato que quisiera.

Como era aficionado a los peces, solía a menudo acostarse en el fondo del agua. Ningún pez le tenía miedo, por el contrario, jugaban alrededor de él y nadaban por su larga cabellera sin temor.

Un día, unos pescadores vinieron a esta parte del río, navegaron río abajo en un barco y tiraron una gran red, (una red muy fuerte) y la jalaron fuera del agua. Cuando terminaron de jalarla, en la red no sólo había peces, sino también un santo varón, un Brahmin.

Los pescadores estaban sorprendidos de haber cogido a un hombre vivo en su pesca. Cuando reconocieron al hombre santo, el Brahmin del Bosque, quedaron muy asustados porque él podría estar muy enojado y destruirlos con sus grandes poderes.

Rápidamente lo cogieron y lo sacaron fuera de la red y le dijeron cómo estaban de afligidos por lo sucedido. Pero el Brahmin les respondió: “No estoy molesto con ustedes. Ustedes son pescadores y están haciendo su trabajo y no sabían que me cogerían en su red. Pero ahora que me han cogido, voy a quedarme junto a los peces. ¡Cuando vendan los peces, me venderán a mí también!”. “Eso es imposible” -contestaron los pescadores- “El gran rey de este país nos ha pedido llevarle un pez de este río. ¿Cómo podremos ir y decirle que él nos debe pagar por el pez y también por usted?”. Pero el Brahmin les dijo: “Cojan al pez y a mí también y llévennos al rey, entonces veremos qué pasa”. Así lo hicieron los pescadores, tomaron al hombre santo y al pez y los llevaron ante el rey.

Le explicaron al rey cómo habían cogido al Brahmin junto con el pez en la red y que tenían que vender a ambos. El rey se aterró, pues temía ofender al hombre santo, ya que con una maldición de este santo varón podría ser destruido.

Allí estaba de pie el rey, con sus espléndidas túnicas reales, con miedo y temblando frente al ermitaño, de cuyos trapos y de cuyo cabello desaliñado y barba todavía goteaba agua.

Entonces el rey dijo: “Por favor, dígame, ¿qué es lo que pagaré por usted a estos pescadores?. ¡Les daré cualquier cosa que pidan!”. Y el Brahmin contestó: “Primero págales por el pez”.

Ahora en esos tiempos tan lejanos, las personas no tenían ni dinero, ni monedas y los billetes no existían. Si se quería comprar algo, podía hacerse sólo por intercambio de una cosa por otra y a esto se le llamaba trueque.

Las personas cambiaban unos huevos, quizás por una libra de manteca o quizás por un ternero o por un pedazo de tela. Pero el rey, que tenía oro y joyas en su palacio, pagaba con algunos de sus tesoros lo que compraba.

Así el rey dijo: “Les daré una taza dorada por su pez”. “¡Sí!” -le dijo el ermitaño- “Ese es realmente un buen precio. ¿Pero qué les pagarás a ellos por mí?”. De nuevo el rey se inquietó por temor a ofender al santo varón. “Por usted les daría todos mis tesoros” -dijo el rey-.

“¡Qué!”, gritó el Brahmin. “¿Piensas que yo sólo valgo esa basura de metal y piedras?” “No, no”, dijo el rey. “Ellos pueden tener todo mi tesoro”. Pero el Brahmin sólo agitó su cabeza.

“La mitad de mi reino”, dijo el rey. De nuevo, el Brahmin agitó su cabeza. “Mi reino entero”, le dijo el rey con desesperación. “Ni cientos de reinos como el tuyo valen tanto cuando yo valgo”, contestó el Brahmin.

Ahora el rey estaba desesperado. Él no sabía qué hacer y le dijo al ermitaño que esperara un día para que pudiera pensar el verdadero precio que pagaría por él.

Con profundos pensamientos el rey se apartó para caminar por el bosque. De pronto, vio venir hacia él a otro ermitaño. De prisa se acercó a él y el rey conmovido profundamente le contó sus preocupaciones. Entonces el otro ermitaño le dijo: “La vida de cualquier ser humano no tiene precio. Todos los tesoros y todos los reinos en el mundo no son suficientes para pagar por un ser humano. Pero los hombres no pueden vivir sin vacas, lo mismo que las plantas no pueden vivir sin la lluvia que viene de las vacas del Dios Indra en

el cielo. Y de esta manera, una vaca vale tanto como un hombre”.

El rey le agradeció al ermitaño y se dio prisa para regresar al palacio. Halló a los pescadores y al Brahmin y les dijo: “Les daré una vaca por usted”. El ermitaño sonrió. “Es el precio justo” -dijo él- y bendijo al rey y regresó al bosque.

*El Sol es todo.
En su salida es la forma de Brahma,
la fuerza creadora de la vida.
Al mediodía es la forma de Mahadev,
la forma del sosiego y de la paz.
En el ocaso es la forma de Vishnu,
la fuerza que mantiene la vida.
Te adoro, oh Sol, en tus tres formas.*

(India)

LA BÚSQUEDA DE LA VERJA DEL CIELO

Después de la terrible batalla en las llanuras de Kurukshetra, Yudishtira llegó a ser rey y gobernante. Él y sus 4 hermanos gobernaron el país con gran sabiduría y justicia por 35 años. Para entonces, los cinco hermanos y la Reina Draupadi (esposa del menor de ellos llamado Arjuna) ya no eran jóvenes. Era duro el trabajo para el rey de un gran país, y Yudishtira pensó que era el momento de que un hombre más joven se hiciera del poder. Así que hizo que uno de los hijos de Draupadi y de Arjuna sea el rey.

Ahora que los hermanos y Draupadi habían dejado el poder y las responsabilidades, podían disfrutar de una placentera vida sin más trabajo. Pero ellos querían algo más, algo que pudieran hallar sólo si dejaban atrás todos los tesoros, sirvientes y comodidades, y subían a las Montañas del Himalaya. Se decía que, en alguna parte de estas montañas, había un lugar donde existía una verja que era la entrada al cielo. Pero también se decía que sólo aquellos que nunca habían sido falsos, presumidos, ni malos, podían hallar esa verja y así entrar al cielo.

Así los cinco hermanos y la Reina Draupadi salieron de sus espléndidos palacios y jardines, dejando atrás muchos sirvientes para buscar la Verja del Cielo. Ellos viajaron y viajaron, sin equipaje ni posesiones. Sólo Yudishtira había llevado a su perro consigo, pues él había sido su compañero por muchos años y no quería irse dejándolo en el palacio.

Grandes fueron las penalidades que sufrieron por el frío en las rocosas Montañas del Himalaya. El tiempo pasó y ellos buscaban sin parar; pero todavía no habían hallado el lugar secreto de la Verja del Cielo. Las penalidades fueron demasiadas para la Reina Draupadi. Ella no pudo ir más allá, se acostó y murió.

La muerte de Draupadi puso a los hermanos muy tristes, pero ellos siguieron con su jornada. El más triste de todos era Arjuna, su esposo, y su dolor lo fue debilitando. Llegó un día en el que sus piernas no podían seguir más allá, y cuando se sentó, su valiente corazón paró de latir. Entonces Natiala y Sahadeva, los hermanos gemelos, que siempre habían hecho cosas juntos y nunca se habían separado, llegaron a estar demasiado débiles para seguir y pronto murieron.

Ahora sólo quedaba el fuerte Bishma, Yudishtira y el perro pequeño. Pero Bishma, al igual que los otros, no era suficientemente fuerte como para soportar las terribles heladas de las rocosas Montañas del Himalaya, y una mañana Yudishtira lo halló muerto. Yudishtira se preguntaba cómo él, -que no era el más fuerte de los hermanos-, podía seguir aún cuando todos los otros habían muerto antes que él.

Al día siguiente, Yudishtira y su perro continuaron su viaje; de pronto la verja parecía salir de la luz del sol frente a él. Parado en la verja estaba el Dios Indra, el Dios del Trueno, que le gritaba: “¡Yudishtira, bienvenido!. Tú eres el único de los hermanos que está sin falta, por eso sólo a tí se te ha permitido hallar la verja. ¡Ven y entra a la Ciudad Celestial de los Dioses!”. Pero Yudishtira le contestó: “Yo no entraré por esa

verja sin mis hermanos y sin Draupadi. Toda la gloria del cielo significa nada para mí sin ellos.” Entonces Indra sonrió y le dijo: “Ven, Yudishtira, y reúnete con tus hermanos y Draupadi en la Ciudad Celestial, pues ellos ya han llegado antes que tú.”

Pero cuando Yudishtira se acercó a la verja con su pequeño perro, Indra le dijo: “¡Ciertamente no pensarás traer a ese perro contigo!. No le está permitido entrar al perro”. Yudishtira se volteó y le contestó: “Este perro ha sido fiel a mí por muchos años, y yo seré fiel a él. No iré sin él; y si no puede venir conmigo, no entraré a la Ciudad Santa de los Dioses.”

Cuando él terminó de decir estas palabras, el perro cambió frente a sus ojos y se convirtió en un dios brillante con gran luz; este Dios le dijo: “Soy el Dios de la Justicia y la Pureza, aunque tenía la apariencia de un perro. Tú has sido fiel a mí, por eso tendrás el más grande honor en la Ciudad Celestial.”

Pero los dioses decidieron hacer una prueba más a Yudishtira. Cuando él entró a la Ciudad Celestial -donde los dioses moraban en su gloria- no pudo ver a sus hermanos ni a Draupadi. Él gritó con fuerza: “¿Dónde están ellos?”. De pronto, él se halló lejos de la Ciudad de la Luz, en un lugar de oscuridad donde las voces humanas se quejaban de dolor. Entre las voces, Yudishtira reconoció la de sus hermanos y la de Draupadi, y gritó: “¡Si ustedes dioses han hecho esa mala acción y condenaron a mis hermanos a quedarse en la oscuridad, entonces no quiero estar en la Ciudad Celestial! ¡Me quedaré con mis hermanos!”

Cuando dijo esto, la oscuridad se fue. Él se halló, nuevamente, en la Ciudad de la Luz con sus hermanos y

Draupadi, y los grandes dioses: Brahma, Vishnu y Shiva, lo alabaron como el alma humana más fiel y noble de todas las que habían en la Ciudad Santa de los Dioses.

*Condúcenos del no saber al saber,
de la oscuridad a la luz,
de lo pasajero de la muerte,
a la inmortalidad
y a la eternidad.*

(India)

EL ERMITAÑO Y EL ELEFANTE

Un día, un ermitaño salió del bosque y se sentó en cuclillas en el camino que iba al pueblo. Él tenía apariencia extraña pues estaba sentado en la tierra. Tenía una barba larga negra, el cabello le llegaba hasta el hombro y se vestía sólo con un pedazo de tela áspera que rodeaba sus caderas.

En muchos momentos, sus ojos se cerraban y él no notaba lo que estaba pasando a su alrededor. Los lugareños, campesinos hindúes, lo trataban con gran reverencia. Ellos caminaban cuidadosamente alrededor del santo varón y, de vez en cuando, ponían un cuenco de leche o un cuenco con un poco arroz al lado de él. Así, este ermitaño permanecía sentado en cuclillas en el camino y no hablaba a nadie por muchos días.

Los animales salvajes que viven en los bosques de la India -tigres, elefantes, serpientes y monos- usualmente se mantienen lejos de los pueblos donde las personas viven, porque a ellos no les gusta el olor a seres humanos. Pero hay excepciones. Tú sabes que los elefantes viven en manadas como las vacas, y el elefante que pertenece a una manada ayuda a otro de su misma manada cuando hay algún peligro.

Sucedió una vez que había un elefante que se portaba mal. Este travieso comenzó a dar de puntapiés y a herir a los otros elefantes con sus colmillos, y a empujarlos cuando iban a beber al río.

Pasado algún tiempo, los otros elefantes decidieron que ya habían tenido bastante con él, y la manada ente-

ra se volvió en su contra. Atacaron al elefante malo, lo tumbaron y lo pisotearon hasta que éste huyó. Pero este elefante nunca pudo volver a la manada y fue llamado "el pícaro travieso".

Una vez, este elefante pícaro, que sabía que no podía volver a la manada, andaba enojado y furioso, corría a través del bosque trompeteando ferozmente y pisoteando todo lo que hallaba en su camino, hasta los tigres huían de tal elefante pícaro y enojado.

Una mañana, las personas de la villa habían dejado sus cabañas para ir a trabajar al campo. Cuando los niños habían salido a jugar en el camino, escucharon el fuerte y terrible trompetear del elefante enojado. Entonces el enorme elefante, con sus pequeños ojos rojos llenos de furia, salió del bosque y se dirigió al camino. Las personas corrieron preocupadas, y se esparcieron en todas las direcciones para llegar al camino. Las madres levantaron a sus niños para ponerlos a salvo, pero un pequeñuelo había quedado en el camino y el elefante se dirigía hacia allá.

Por la excitación, nadie había puesto atención al ermitaño, pero ahora él se paró, caminó serenamente por medio del camino y se detuvo allí, justo delante del niño. El elefante mantenía su ruta, pero de pronto se detuvo a tres pies del ermitaño. El santo varón no se movió para nada, él solamente miró al elefante.

Por unos momentos, a los campesinos se les detuvo la respiración mientras el elefante y el santo varón se miraban uno al otro. Luego el elefante se alejó. Toda la bravura había salido de él, y caminó callado y mansamente de regreso al bosque. El ermitaño se sentó en el camino de nuevo como si nada hubiera pasado.

KRISHNA, UN DIOS DISFRAZADO

La historia de Krishna empieza mucho antes de que él haya nacido. Comienza con otro rey llamado Kamsa, quien era muy poderoso. Tenía grandes ejércitos y tesoros maravillosos, pero todo eso lo había hecho muy orgulloso y presumido. Él no tenía corazón y era muy cruel, las personas a las que gobernaba estaban muy asustadas de él. Si, por ejemplo, el rey estaba de un humor malo, quemaba la choza de algún campesino sin importarle lo que pasara.

Pero así como Kamsa era orgulloso y cruel, su hija Ashra era humilde, gentil y con clase. Ella iba a casarse con un príncipe, y una gran boda se iba a festejar. Sucedió que cuando el Rey Kamsa estaba camino a la boda, vio a un ermitaño sentado a orillas del camino. El ermitaño le dijo: “Grande sea Usted, Rey Kamsa, pero el octavo niño que nacerá de su hija será más grande que usted, y lo destruirá”.

Cuando Kamsa oyó esto, se apresuró hacia el gran salón donde todo estaba listo para la boda, gritó a su hija y a su novio que no habría ninguna boda, porque uno de sus niños futuros lo mataría. La hija y el príncipe le suplicaron. Ellos prometieron que le traerían a cada niño en cuanto naciera, y él, el Rey Kamsa, podría decidir si el niño debía vivir o morir. Y con esto el rey estuvo de acuerdo.

El primer niño nació, como era una niña, Kamsa no pensó que sería peligroso para él y le permitió vivir. El próximo niño era un muchacho. No parecía un bebé fuerte, así que a él también le permitió vivir. Así siete

niños nacieron a Ashra y a cada uno se le permitió vivir.

Pero Kamsa no había olvidado la profecía. Un día, sus espías fueron donde él y le dijeron que su hija esperaba otro bebé, el octavo. Entonces determinó, que la princesa y su marido no le jugarían ningún truco, así que mandó apresarlos y colocó a sus soldados de guardia afuera.

La princesa y su marido eran muy infelices, pues veían que no había esperanza para que el niño viva por más de unas horas después de haber llegado al mundo. Así que ambos oraban a los dioses, porque ahora sólo ellos podían ayudarlos.

Una noche, el príncipe -el padre- vió en un sueño al Dios del Trueno, Indra. El Dios le habló y le dijo: “El niño que les nacerá no será un hombre ordinario. Uno de los dioses, Vishnu, nacerá como un ser humano en este niño. Por eso no teman. Cuando el niño nazca, salgan de la prisión y bajen al río donde un hombre pobre y su esposa viven. Ella tendrá un bebé al mismo tiempo. Tú debes dejar a tu niño con las personas pobres y retornar a la prisión con el de ellos”. Cuando el príncipe despertó, deseó saber cómo sería posible lograr todo lo que el Dios Indra había dicho. Ambos, él y su esposa, se sintieron más felices porque sabían que los dioses los estaban ayudando.

La siguiente noche hubo una gran tormenta y, mientras los vientos aullaban afuera, la princesa dió a luz a un varón. El viento era tan fuerte que los soldados no pudieron oír el menor grito, pero lo más extraño aún era que los soldados que estaban de guardia, estaban tan cansados que no podían mantenerse despiertos y, uno por uno, fueron cayendo dormidos sobre la tierra.

Entonces, ante los ojos asombrados del príncipe y su esposa, la puerta de la prisión se abrió. Ellos pudieron haber huído, pero sabían que los soldados del Rey Kamsa los cogerían fácilmente con el niño al día siguiente, y obedecieron las órdenes de Indra.

La princesa se quedó en la prisión mientras que el príncipe llevó al niño a la choza del hombre pobre cerca al río. El hombre y su esposa estaban ambos dormidos, pero al lado de la mujer estaba su niño recién nacido. El príncipe, rápidamente, puso a su hijo en su lugar y tomó al otro niño y se dio prisa para regresar a la prisión. Tan pronto como él estuvo de vuelta, se cerraron detrás de él las puertas.

A la mañana siguiente, los guardias se despertaron y vieron al niño recién nacido, y le llevaron la noticia al Rey Kamsa. El rey malo caminó hacia la prisión y con su propia espada golpeó al niño y lo mató. Después de ello, permitió que la princesa y el príncipe salgan libres. Ahora el Rey Kamsa estaba seguro, porque él pensaba que había matado al octavo niño de su hija.

El infante Krishna había escapado de la espada de su abuelo el malvado Rey Kamsa, pero existían otras amenazas por venir. Conforme los meses pasaban, muchos demonios y malos espíritus empezaban a ver que él era un niño con gran poder, pues había sido enviado por los dioses, así que decidieron destruirlo mientras fuera aún pequeño.

Un día, un demonio -disfrazado de una mujer campesina- llegó a la choza de los padres de Krishna (que realmente eran los padres adoptivos) y le dijo a la madre: "He oído de la ternura del pequeño niño que has tenido. ¡Oh, qué niño tan dulce! ¿Por qué no lo cuido

mientras usted continúa con su trabajo?”. La mujer pobre estaba muy agradecida por tal ofrecimiento y salió; la visitante se quedó con el niño dentro de la choza. En cuanto la mujer demonio estaba sola con el bebé, puso sus dedos rodeando la garganta del niño para estrangularlo, pero un fuego salió del niño y la mató. Cuando la madre adoptiva retornó, vio un monstruo medio quemado y muerto que tenía la cabeza de una cabra y el cuerpo de un pájaro, y que yacía al lado de la cuna del bebé.

Cuando Krishna creció y se hizo mayor, él solía ir con los otros muchachos a mirar encima de las colinas a las manadas de vacas pastando. Allí de nuevo los demonios trataron de matarlo. Uno esperó, transformado en serpiente venenosa, oculto en el césped. Cuando el muchacho iba llegando cada vez más cerca y más cerca a la serpiente, ésta se alistó para tumbarlo y morderlo. Repentinamente, Krishna saltó y cayó con su talón derecho sobre la cabeza de la serpiente y la aplastó.

Otra vez, un demonio se había convertido en un ternero. El joven Krishna, que era aficionado a los terneros, solía ir a jugar con ellos y se subía sobre sus espaldas. Un día, vio un ternero negro entre los otros y subió sobre él, pero entonces el ternero negro galopó lejos hacia un precipicio con el fin de tirar a Krishna y matarlo. En el último momento, Krishna saltó hábilmente de la espalda del ternero y le dio un puntapié que lo envió hacia abajo estrellándose en las rocas. Después de eso, los demonios se dieron cuenta de que no tenían poder para destruir a aquel niño.

Cuando Krishna era mayor, llegó a ser un gran vaquero; y en esa parte de la India, todos los vaqueros tocaban una flauta de bambú. Krishna también apren-

dió a tocarla; pero nadie tocaba la flauta como él podía hacerlo. Las personas venían de lejos para escucharlo, y los animales también amaban su música. No era sólo eso, las vacas paraban de rumiarse y se colocaban alrededor de él, también lo hacían los zorros, lobos, tigres y ciervos, y podían estar pacíficamente, lado a lado, escuchándolo silenciosamente. Los monos paraban de charlar, y los pájaros bajaban de los árboles para oír a Krishna tocar la flauta.

Las personas, por supuesto, hablaban acerca del extraño joven vaquero, así que el malvado Rey Kamsa llegó a oír de él. Él sintió un miedo extraño y gran asombro por este joven. ¿Quizás, después de todo, el octavo hijo de su hija estaba todavía vivo?. Así que el rey decidió ir en busca del ermitaño que una vez había hablado con él en la orilla del camino.

Cuando encontró al viejo ermitaño le dijo: “Eres un santo varón y no puedes decir una mentira, así es que dime, ¿está el octavo hijo de mi hija todavía vivo?”. El ermitaño tuvo que contestar: “Sí”, pero él también sabía que la voluntad de los dioses era que Kamsa llegara a saberlo. Entonces Kamsa preguntó: “¿Es el extraño joven vaquero del que hablan?”. De nuevo el ermitaño dijo: “Sí”.

Ahora el Rey Kamsa sabía la verdad, su malvado corazón estaba lleno de enojo y furia. Pensó un largo rato antes de decidir qué hacer, entonces envió un mensaje al hombre pobre y a su mujer invitándolos, a ellos y a su hijo, para asistir a un gran torneo que sería llevado a cabo en la corte real. El mensajero del Rey Kamsa, era una persona amable y había mirado la cara del Rey cuando le dio la orden de invitar a Krishna y a sus padres, y

sabía que había mala intención en ella. Cuando encontró la choza, el mensajero le dijo a Krishna: “Debo obedecer la orden del rey de invitarlo, pero le advierto, no vaya.”. Krishna le sonrió y dijo: “No tema por mí, iré, pero sólo mis enemigos sufrirán.”. Y así los padres adoptivos y Krishna salieron para el torneo en la corte real.

Aunque había sido advertido, Krishna había aceptado la invitación del malvado Rey Kamsa para el torneo. Había gran muchedumbre esperando mirar el espectáculo, pero cuando Krishna llegó, todos ellos lo miraron fijamente. Ninguno había visto a un joven tan guapo, alto y fuerte; y todos ellos podían sentir que él tenía una clase de poder que nunca se había visto en ningún ser humano común. Todos ellos susurraron: “Él es como un rey, aunque se vista como un vaquero”.

Dentro de la muchedumbre, estaba una mujer vieja, fea y jorobada que había conocido poco la felicidad en su vida. Cuando esta mujer vieja y deformada apareció ante Krishna, con temor y maravillada, suspiró y pensó para sí misma: “Los dioses deben amar a este joven para haberlo hecho tan guapo. Quizás ellos no me amen y es por eso que me hicieron tan fea.”.

Justo cuando Krishna pasaba cerca de ella, él le sonrió y le dijo -como si él pudiera leerle sus pensamientos-: “Pero no eres fea, y los dioses te aman.”. Luego él se agachó y la besó en la frente. En ese momento ella cambió: su joroba desapareció, las arrugas por la edad desaparecieron, sus rasgos feos llegaron a ser bellos, y se transformó en una joven hermosa y amable. Todas las personas de los alrededores vieron lo que pasó y abrieron la boca con asombro, pero Krishna continuó cami-

nando y fue al gran campo donde el torneo estaba casi por empezar.

Primero iría a realizarse una lucha, y los hombres más fuertes que existían en el reino estaban dispuestos a competir por el premio: una taza dorada que el Rey Kamsa entregaría al ganador. Pero los hombres más fuertes no podían compararse con Krishna. Uno después de otro, Krishna los fue derrotando. Ganó el concurso y subió donde estaba el Rey Kamsa para recibir el premio.

El Rey, por supuesto, sabía bien quién era este joven; él podía ver en sus rasgos el parecido con su hija. No había ninguna duda de que éste era el octavo niño que él había pensado que estaba muerto. El malvado rey estaba seguro que podría acabar con él, y sosteniendo la taza dorada en su mano dijo: “He llenado la taza con mi mejor vino para refrescarte después del trabajo duro del concurso. ¡Ven y bebe, mi amigo!”. El Rey Kamsa había puesto un veneno terrible en el vino, una gota de ese veneno era suficiente para matar a un hombre. Krishna miró la taza que se le ofreció y dijo: “Bebe de él tú primero, Gran Rey.”. El rey tembló, la taza cayó de sus manos y se fue corriendo a su palacio.

Krishna lo siguió porque sabía que era su tarea matar a Kamsa. Cuando el rey vio que Krishna iba en dirección al palacio, envió a sus guardias y soldados para luchar con él, pero Krishna los atacó con su espada, y se rindieron ante él como si él solo fuera un ejército poderoso. Entonces el Rey Kamsa envió a su manada de elefantes guerreros para atacar a Krishna, pero él sacó su flauta y comenzó a tocarla, y las grandes bestias se arrodillaron ante él y le permitieron pasar.

Así fue que Krishna entró al palacio. Todos habían

huido, excepto el Rey Kamsa, pues sabía que no tenía ninguna escapatoria, y que la profecía del ermitaño llegaría a ser verdad. Entonces Krishna le preguntó: “¿Qué he hecho para que Usted trate de envenenarme?”. Kamsa dijo: “Eres el octavo hijo de mi hija, y se predijo que tú me matarías. Así es que traté de matarte cuando eras todavía un bebé”. Y Krishna dijo: “¿Cómo fue que fui salvado?”. Kamsa respondió: “Debo haber matado a otro niño en tu lugar pensando que eras tú”. Con una voz parecida al trueno, Krishna contestó: “Has matado a un niño desvalido, y has ofendido a los dioses por el mal que has hecho”. En su desesperación, Kamsa desenvainó su espada, pero Krishna ya estaba listo; con su espada le dió un golpe en la parte de abajo y Kamsa murió.

Las personas de aquella tierra se regocijaron de que el malvado rey hubiera muerto; entonces Krishna llegó a ser rey. Sus verdaderos padres vinieron a vivir con él, y sus padres adoptivos fueron bien premiados. Por muchos años, Krishna gobernó su reino con sabiduría y poder. Él luchó contra el mal dondequiera que se hallara. Y cuando Krishna murió, su alma se juntó a los dioses como si fuera uno de ellos.

*Que mis manos y pies se llenen de fuerza.
Mi hablar,
mi respirar,
mis ojos,
mis oídos,
que se llenen de fuerza.
Que todos mis sentidos adquieran fuerza.*

(India)

PARÁBOLA

*Cierta vez en mi jardín
entre el temblor de unos lirios
una humilde gota de agua
soñaba con ser un río.*

*Luego soñando y soñando
la gota labró un camino.
Sin saber que caminaba
la gota comenzó a andar
y andando, piedra tras piedra,
la gota llegó a la mar.*

*Desde la mar llegó al cielo.
Del cielo volvió a bajar
y otra vez entró en la tierra
para hacerse manantial.*

BUDA, EL ILUMINADO

Los guerreros de la India antigua eran valientes en la guerra y fuertes en la batalla; y, aunque los reyes gobernaban a su gente con sabiduría y con justicia, había algo que se había perdido. Ese algo era la compasión y la misericordia. Por ejemplo, cuando un guerrero veía a un enemigo herido en el campo de batalla, él mataba al hombre herido en lugar de perdonarle la vida. Y si un hombre estaba con hambre o sediento, nadie le ayudaba ni le daba comida. Las personas eran valientes o pusilánimes, verdaderas o falsas, justas o injustas, pero no eran amables ni gentiles. No tenían piedad cuando veían el sufrimiento del otro.

A la Ciudad Celestial -donde los dioses moran- un alma llegó ante los Dioses: Brahma, Vishnu y Shiva y les dijo: “Yo quiero enseñar al hombre a tener piedad y compasión, pues ellos son crueles y de duro corazón, y no saben que aún podrían ser más crueles.” Brahma le contestó: “Sólo un alma muy especial puede llegar a ser un Maestro de Bondad y Piedad. Sólo cuando hayas vivido, no sólo una vez, sino muchas veces; solamente cuando hayas sufrido el dolor y hayas conocido el dolor de las otras personas, sólo entonces puedes llegar a ser tal maestro. El nombre para tal maestro es Buda. Te tomará muchas vidas en la tierra expuesto a penalidades, dolor y sufrimiento para llegar a ser un Buda, un Maestro de la Compasión y de la Misericordia. ¿Estás dispuesto a tomarlo para tí?”. Y el alma contestó: “Sí quiero.”

En el momento adecuado, este alma -que quería llegar a ser un Buda- nació en la tierra. Llegó a ser un rey, y aunque su tierra fue tomada por un enemigo, el rey no sintió ningún odio por éste. No quería ninguna venganza. Murió en gran pobreza, pero pronto él nació otra vez como un campesino, se casó y tuvo muchos niños a los que amó con todo su corazón. Pero hubo guerra y soldados extranjeros tomaron a los niños y los vendieron como esclavos. El campesino nunca volvió a verlos de nuevo; él no dejó que el odio por los soldados entrara en su corazón, a pesar de que habían tomado a sus niños. Y así él murió.

Otra vez regresó a la tierra, esta vez como un niño de padres pobres. Cuando él era todavía muy joven, sus padres murieron por una epidemia, pero nadie quería cuidar de él ni darle comida a un huérfano pequeño. El niño vivió en los graneros que las personas habían dejado en los campos, pero nunca dejó entrar el odio por aquellas personas a las que rogó por comida.

Así en la tierra -aquel alma que quería ser un Buda- vivió vida tras vida. Él nació de nuevo y de nuevo, y en cada vida él tuvo que sufrir, pero nunca dejó infiltrar el odio ni el deseo de venganza por esos que le habían causado sufrimiento.

Cuando este alma dejó la tierra y apareció frente a Brahma, el Dios le habló y le dijo: "Todo lo que tenías que aprender para llegar a ser un Buda, un Maestro de la Misericordia y la Compasión, ya lo hiciste. En tu próxima vida en la tierra serás un Buda, y cuando regreses al cielo serás tan reconocido como los dioses; igual que lo hacen frente a nosotros, también se inclinarán frente al Buda."

En la India, en aquel tiempo, gobernaba un rey cuyo nombre era Suddhodana; su esposa, la reina, se llamaba Maya, y una noche ella tuvo un sueño. Ella se vio rodeada por una muchedumbre de personas que se inclinaban ante ella. Cuando le contó el sueño al Rey Suddhodana, éste llamó a los hombres más sabios de su reino para que le dijeran qué significaba. Los hombres sabios tuvieron un concilio, y cuando habían hablado entre ellos, el más viejo de ellos dijo: “Regocíjese, Reina Maya, tendrá un hijo que será el más grande entre los hombres.”

El hombre sabio continuó: “Pero su hijo tendrá la opción entre dos clases de grandeza. Si él se queda aquí, en la corte del Rey Suddhodana, llegará a ser un gobernante poderoso; sus conquistas alcanzarán las esquinas de las más lejanas tierras, y muchas naciones lo llamarán Su Señor y Amo. Pero él puede hacer también otra cosa, puede abandonar su trono; podría renunciar a la gloria, fama y tesoros y llegar a ser un humilde mendigo. Si él hace esto, llegará a ser un gran maestro, llegará a ser un Buda, que significa: “Aquel cuya mente se llena con la luz de la más alta sabiduría”, o “El Iluminado”.

Cuando el rey oyó esto, estuvo complacido de lo que su futuro hijo haría; en todo caso sería un gran y famoso hombre. Pero Suddhodana había decidido que haría todo lo posible para asegurar que él fuera un poderoso gobernante, en lugar de un mendigo sin casa ni hogar.

La Reina dio a luz, y aunque ella no lo sabía, en aquel niño estaba el alma que había ido de sufrimiento en sufrimiento en sus otras vidas antes de llegar a ser un Buda. El muchacho fue llamado Sidharthà, y a él se le enseñá-

ron muchas cosas que el hijo del rey tenía que aprender: cómo manejar un carro, cómo usar un arco y flecha, y otras cosas más.

Sidhartha no se comportaba como los otros príncipes lo hacían. Algunas veces en su carro de carrera, o cuando con sus caballos estaba bien delante de los otros oponentes, el príncipe se detenía deliberadamente y permitía que otro ganara. Él hallaba poco placentero las carreras de caballos cuando veía que los animales eran esforzados más de la cuenta.

Las flechas de Sidhartha nunca perdían un blanco cuando el objetivo era un pedazo de madera, pero el príncipe se negaba a ir de caza y a probar su habilidad con los animales vivos. Los otros hombres jóvenes de noble nacimiento, a menudo se reían del futuro rey que no cazaba a los animales del bosque, pero Sidhartha no prestaba atención a las risas.

Uno de estos hombres jóvenes de la corte de Suddhodana era el primo del Príncipe Sidhartha, cuyo nombre era Devadatta. Él estaba muy orgulloso de su habilidad con el arco y la flecha, y estaba listo siempre a practicar con cualquier animal que veía.

Un día, Devadatta estaba en los jardines del palacio, cuando una bandada de cisnes salvajes voló sobre su cabeza. Pensando que los pájaros blancos sobre el cielo azul hacían un blanco maravilloso, rápidamente sacó su arco y flecha, lanzó su flecha en dirección a los pájaros y ésta cogió el ala de un cisne. El pájaro voló lentamente, y aleteando llegó a otra parte de los jardines cayendo cerca al Príncipe Sidhartha.

La sangre fluía del ala cuando el príncipe lo levantó. Al principio, el pequeño cisne parecía asustado, pero

un solo toque de la mano de Sidhartha tranquilizó al pájaro. El príncipe sacó el pedazo de la flecha y le puso unos ungüentos en la herida. Entonces un sirviente llegó y dijo: “Mi amo, el Príncipe Devadatta, disparó a un cisne y él vio que cayó en alguna parte de los jardines. ¿Lo ha visto, Príncipe Sidhartha?”. Sidhartha replicó: “Sí, éste es el cisne, pero voy a preservarle la vida, y Devadatta no puede tenerlo.” Cuando el sirviente entregó este mensaje, Devadatta se enojó muchísimo; fue a donde Sidhartha estaba y demandó que le regrese su cisne, pero Sidhartha se negó a permitir que lo tenga.

Al final, ambos príncipes estuvieron de acuerdo que su riña debía ser solucionada por los hombres sabios de la corte. Cuando los hombres sabios habían escuchado la historia completa, dijeron: “Ciertamente, el que salva la vida de un ser viviente tiene más derecho que aquel que sólo quiere matarlo.” Así, Sidhartha cuidó del cisne hasta que estuvo lo suficientemente bien como para volar lejos. Pero Devadatta desde aquel momento lo odió.

El Rey Suddhodana, el padre del gentil y amable Príncipe Sidhartha, no deseaba que su hijo llegara a ser otra cosa más que un gran guerrero que conquistara muchas naciones. Ciertamente no quería que su hijo llegara a ser un Buda, ni que viviera como un mendigo sin casa ni hogar, así que preguntó a los hombres sabios de su corte: “¿Qué puedo hacer para estar seguro de que mi hijo llegará a ser un gran rey en lugar de un maestro que vivirá en pobreza?”. Los hombres sabios le dijeron: “El príncipe es muy joven, toda su vida hasta ahora ha vivido en un palacio bello con jardines espléndidos; no ha visto la pobreza, no ha

visto a ninguna persona vieja ni enferma, no ha visto la muerte de ninguna persona, ni siquiera un cuerpo muerto. Si quiere que sea un gran guerrero, debe seguir así; no debe ver vejez, sufrimiento, enfermedad ni muerte; si ve cualquiera de estas cosas ciertamente se irá del reino.”

Ahora el Rey Suddhodana hacía todo lo que estaba en su poder para que su hijo no viera cualquier cosa triste ni a nadie que sufriera. Se veían sólo personas jóvenes, saludables y bellas en la corte. Alrededor del palacio, el rey mandó construir, no una, sino tres paredes altas para que el príncipe, ni por casualidad, coja un resplandor fugaz de muerte y enfermedad entre las personas de afuera.

Dentro de las paredes del palacio y en el jardín, habían todos los entretenimientos posibles y placeres para el príncipe: juegos, competencias, música y deportes; pero a nadie se le permitía mencionar enfermedad, muerte ni dolor en su presencia.

Sidhartha parecía muy contento con esta vida agradable. Cuando llegó a ser mayor, se casó con una princesa bella. Él era tan feliz que su padre pensó que ya no más necesitaría preocuparse por su hijo.

Un día, el príncipe anunció que quería montar en su carro más allá de las paredes del palacio y atravesar la ciudad. Cuando el Rey Suddhodana oyó esto, inmediatamente envió a sus heraldos a la ciudad para decir que cuando el Príncipe Sidhartha atravesase las calles, nadie que sea viejo o que esté enfermo deberá estar visible. El rey también había ordenado que no haya ningún entierro, y que las personas se pongan sus mejores ropas y decoren cada casa con flores.

El día llegó. El carro del Príncipe Sidhartha atravesó la ciudad. Al lado del príncipe estaba Channa -su conductor- quien manejaba los caballos. Dondequiera que ellos pasaban, había una muchedumbre de personas jóvenes y saludables que estaban de pie en las calles. Pero así que el carro dio la vuelta en una esquina, un hombre viejo, de repente, atravesó la calle. Nadie sabía cómo él llegó a estar allí, y las personas más tarde decían que se trataba de uno de los dioses que había tomado forma humana. Pero quienquiera que haya sido, era un hombre viejo e inclinado por los años, con el cabello blanco, la piel arrugada y los ojos que reflejaban una gran profundidad.

Entonces Sidhartha preguntó: “¿Qué le pasó a este hombre que está tan diferente a los otros?”. El chofer del carro podía sólo decir la verdad: “Ese es un hombre viejo. Todos los seres humanos se ponen así cuando han vivido por mucho tiempo.” Cuando el príncipe oyó esto, mandó al conductor que regresara al palacio.

Él no podía disfrutar más de los jardines, de los entretenimientos y de los placeres. Por muchos días estuvo en profundo pensamiento, pero después -cuando él olvidó al viejo hombre- vivió como antes lo había hecho.

Después de un tiempo, Sidhartha salió del palacio y fue nuevamente a la ciudad en su carro con Channa al lado de él. La muchedumbre en las calles era toda joven y saludable. De nuevo, los heraldos del rey habían decretado que ninguna persona vieja ni enferma saliera ese día. Cuando pasaron por la ciudad, el Príncipe Sidhartha vio sólo hombres y mujeres que eran jóvenes y fuertes como él. Pero de nuevo, algo pasó contra la orden del rey; justo cuando el carro pasaba, un hombre

apareció en su camino. Su cara era pálida, su piel estaba cubierta con un salpullido, sus manos temblaban y apenas podía andar con ayuda de un palo. Nadie sabía quién era, ni de dónde había venido y nadie supo a dónde fue después.

Cuando el Príncipe Sidhartha vio la figura lastimosa, preguntó al conductor: “¿Qué sucede con este hombre?”. Y el conductor contestó: “Debe estar enfermo, él padece de alguna enfermedad.” Y Sidhartha dijo: “¿Enfermo, enfermedad? ¿Qué significa?, nunca he oído de eso”. El conductor le explicó que cualquier persona podía, en cualquier momento, caer enferma; y que nadie está seguro de no enfermarse. Cuando el príncipe oyó esto, le dijo al conductor que maneje de regreso al palacio. Él estaba triste. Él ya no podía disfrutar de los jardines ni de los placeres cuando pensaba en cómo las personas padecían toda clase de enfermedades. Después de aquello, él puso todo eso fuera de su mente. Olvidó al hombre enfermo, así como había olvidado al hombre viejo.

A menudo, el Príncipe Sidhartha quería salir del bello palacio y de la agradable compañía que le era provista por la corte real. Había tanto para mantenerlo entretenido y ocupado, que no existía ni una razón para que él quisiera ir fuera del palacio. (Pero aún la vida más agradable puede ponerse aburrida si no hay nada a cambio). Así es que, una y otra vez, hizo saber que quería ir a dar una vuelta por la ciudad.

Tan pronto como su padre oyó esto, los heraldos salieron y advirtieron a las personas que ningún viejo ni enfermo estuviera en las calles ese día, sino serían castigados severamente.

Pero así que el príncipe y su conductor se dirigían a través de la ciudad, una procesión extraña apareció. Una fila de hombres y mujeres caminaba en medio de la calle; lo hacía tan lento que el carruaje de Sidhartha tuvo que detenerse. Los hombres al frente de la procesión llevaban en sus hombros una camilla en la cual yacía una figura humana toda envuelta. Detrás le seguían hombres y mujeres que lloraban y sollozaban, y nadie sabía quiénes eran ni de dónde habían venido.

El príncipe miró este extraño espectáculo y preguntó al conductor: “Dime, ¿qué es esto? ¿Porqué estás personas lloran? ¿Y porqué nos hacen detener?”. El conductor contestó: “Mi señor, lo que Usted ve, es un entierro.” “¿Un entierro?” -le dijo Sidhartha- “¿Qué significa eso?” Y el conductor contestó: “Esa figura en la camilla, es el cuerpo de un hombre que ha muerto. La familia del hombre muerto está llevando su cuerpo a un lugar donde será enterrado”. Y el príncipe preguntó: “¿Un hombre que ha muerto? ¿De qué estás hablando? ¿Qué le ha pasado a ese hombre?”. El conductor le explicó que ningún ser humano puede vivir para siempre. “Todo el mundo debe morir en algún momento: de vejez o de enfermedad, en accidente o en guerra. Todo ser del mundo debe morir algún día.”

El Príncipe Sidhartha nunca había oído acerca de la muerte. Ahora él se dio cuenta que no sólo las personas en la ciudad morirían en algún momento, sino que también sus amigos, padres, hermanos, hermanas y él mismo. Él se sintió tan triste que dio la orden de regresar al palacio.

Cuando Channa manejaba el carruaje de regreso al palacio, el príncipe recordaba al hombre viejo y al hom-

bre enfermo que había visto antes; pero lo peor de todo era que él no podía olvidar al hombre muerto. Desde ese día en adelante, el Príncipe Sidhartha sintió que nunca sería nuevamente feliz.

Cuando llegó al palacio, un sirviente vino a decirle que su esposa le había dado un hijo. Sidhartha fue a verlos y todo lo que pudo decir fue: “Esto lo hace aún más difícil”; pero su esposa no entendió lo que esto significaba.

Esa noche, se dio una gran fiesta en el palacio para celebrar el nacimiento. Había música y mucha alegría, pero el príncipe observó la celebración calladamente. Muy tarde, por la noche, la fiesta terminó; todas las personas se acostaron y pronto el palacio entero estuvo tranquilo.

Cuando todos estaban dormidos, el Príncipe Sidhartha salió de su cuarto; suavemente caminó al cuarto donde su esposa e hijo estaban durmiendo. Una penumbrosa lámpara desprendía algo de luz en el cuarto, y aunque él ansiaba tocar a su hijo, no quería despertar al bebé ni a la madre. Después de observarlos largamente, se volvió y salió.

Entonces llamó a su fiel conductor, y le dijo que ensillara al mejor caballo. Su conductor se sorprendió de que él quisiera ir a cabalgar en medio de la noche, pero el Príncipe Sidhartha le dijo: “Daré mi último paseo. Esta noche salgo de mi hogar y de mi familia.”

Cuando el caballo estuvo listo, Sidhartha lo montó de manera cuidadosa; y lentamente se alejó para que el sonido de los cascos no perturbara a nadie.

Por el poder de los dioses, los soldados de guardia en la verja del palacio, se quedaron dormidos y se des-

pertaron cuando todo había pasado. El fiel conductor Channa acompañó al príncipe y cabalaron lejos del palacio y fuera de la ciudad.

Había avanzado una gran distancia, cuando el príncipe se detuvo, desmontó y cambió sus túnicas reales por otras de tela áspera usadas por los ermitaños. Dio sus túnicas y el caballo al conductor, y le dijo que se las llevara de regreso al palacio y que contara a su familia que él había salido por un buen tiempo. Y así empezó una nueva vida para Sidhartha.

LA MESA DE LA PAZ

*Por el fresco camino
del agua en libertad
hacia donde el ave se ha ido
y se la oye cantar,
hacia la verde planicie
del lirio natural,
hacia donde reclama la paloma,
esta la mesa de la paz.*

*Sencilla y blanca, enteramente blanca,
hacha de pino albar,
con un arca debajo de la tabla,
llena de pan igual,
y tantos platos como tantos hombres,
está la mesa de la paz.*

*No está hacia el lado de la voz airada,
no puede estar,
ni en la mano abierta frente al barco
que echa el trigo en el mar,
ni del sótano obscuro de la ciencia
tras de la fórmula infernal.
No está, no ha estado nunca,
ni nunca estará.*

*Hacia el lado del día hay que buscarla,
donde la flor se da,
hacia donde se ha ido la paloma,
ahí, no más.*

*La mesa del amor está a la vuelta,
la mesa de la paz,
a la vuelta del día con su pájaro,
ahí, no más.*

(José Pedroni)

EL PREMIO DEL CAMPESINO

En la India, vivió un rey que era muy aficionado al paseo a caballo; todas las mañanas tomaba uno de sus caballos de los establos y salía solo de paseo por varias horas. Sucedió un día, que el caballo que montó era muy bravo; cuando pasaron por un campo, un pájaro -de pronto- le rozó el lomo y el caballo se sobresaltó y simplemente huyó. Galopó ferozmente, y el rey no pudo hacer nada para detenerlo ni con las espuelas, ni con el látigo, ni con las riendas. En cualquier momento el caballo salvaje lo tumbaría.

Un campesino que estaba trabajando en el campo, al ver a un hombre en un caballo descarriado, salió corriendo dejando sus quehaceres y así atravesó el campo. Cuando él se acercó, trató de agarrar las riendas, y como era un hombre fuerte, jaló al caballo y lo hizo parar.

El Rey estaba muy agradecido con el campesino y le dijo: “Buen hombre, has salvado la vida de tu Rey, y tendrás un premio real por ello. ¡Ven mañana al palacio y cobrarás tu premio!”

El campesino estaba muy entusiasmado al oír que le darían un premio; así que él y su esposa hicieron grandes planes de cómo usar el dinero que le darían. Temprano, a la mañana siguiente, estaba en el portón del palacio.

En el portón un soldado estaba de guardia: “¿Qué es lo que quiere en el palacio real?” preguntó. El campesino le explicó la razón por la que había ido. “Pues -dijo el soldado- sabe que no puede entrar al palacio a menos

que yo se lo permita; y a menos que se lo permita, no puede obtener su premio. Y, como soy un soldado pobre que puede hacerse de algún dinero extra, sólo te lo permitiré si me prometes por lo menos una porción de tu premio.”

“Está bien”, dijo el campesino, “No me opongo; te permitiré tener unos pedazos del oro”. “¡Oh no!”, dijo el soldado, “Quiero por lo menos un sexto de todo lo que obtengas”. El pobre campesino no podía negarse y estuvo de acuerdo en darle al soldado un sexto de su premio.

Él atravesó el portón y entró al palacio, y entonces vio al General del Rey en un espléndido uniforme. “¿Qué quiere un campesino en el palacio?”, preguntó el General. De nuevo, el campesino explicó el motivo por el cual había venido. “Pues”, le dijo el General, “No puede ver al Rey a menos que usted primero vea al Secretario del Rey, que tiene que preguntar al Rey si está listo para verlo. Sólo yo puedo llevarlo al Secretario. Pero no lo llevaré a menos que tenga una porción de su premio.”

“¡Cielos!”, dijo el campesino, “Parece que todo el mundo aquí quiere una porción de mi premio”. “¿Cuánto quiere?” “Un tercio”, dijo el General, “Un tercio, lo toma o lo deja. Si no me promete un tercio, no lo llevaré al Secretario, y no verá al Rey, y no reclamará el premio en absoluto.”. El campesino no podía hacer nada más que prometerle que le daría al General un tercio del premio.

El General lo llevó al Secretario del Rey y le dijo por qué el campesino había venido. En cuanto el General salió, el Secretario dijo: “Mi buen hombre, usted se da cuenta que sin mí no puede ver al Rey en absoluto. Si no voy

donde el Rey y le pregunto si es de su placer real el verlo, simplemente no se le permitirá verlo; y por hacerle este gran servicio, quiero la mitad de su premio”.

El campesino pensó por un momento. “Está bien”, dijo con una sonrisa a medias. “Le prometo que tendrá la mitad de mi premio y espero que lo disfrute.”.

El Secretario fue al gran salón donde el Rey estaba con sus cortesanos, y le dijo que un campesino había llegado y que reclamaba un premio. “Tráelo”, gritó el Rey, “Tráelo. Este hombre me ha salvado de romperme una pierna o el cuello, y ningún premio es suficiente para él”.

Por fin el campesino estuvo de pie ante el Rey. “Pues mi amigo”, le dijo el Rey, “Eres bienvenido aquí, y me da gran placer premiarlo por un hecho que es, para ambos, generoso y valiente. ¡Nombre cualquier premio que usted quiera, y será suyo!”

“Muchas gracias por su bondad”, le dijo el campesino, “pero me gustaría que el Soldado, su General, y su Secretario estén presentes cuando reciba el premio.”

“Ciertamente”, dijo el rey, un poco confundido. Y a su orden, el Soldado, el General, y el Secretario fueron traídos.

“Ahora, nombre su premio,” le dijo el rey.

“Pues”, dijo el campesino, “Tengo un deseo bastante raro.”.

“No importa”, le dijo el rey, “Le prometo cualquier cosa. Si está en mi absoluto poder, lo tendrá.”

“Gracias, Su Majestad.”, le dijo el campesino. “Ahora, lo que deseo es 60 golpes con un bastón.”.

“¿Está usted loco?”, exclamó el Rey.

“Usted prometió, Su Majestad, darme lo que quería”,

le dijo el campesino. “Ciertamente con su poder permítame tener 60 golpes con un bastón.”

El rey se lo había prometido pero estaba muy confundido. A pesar de ello, llamó al hombre cuyo trabajo era castigar a los esclavos perezosos, y vino un negro alto y fornido con un largo bastón.

“Muy bien”, dijo el Rey, “Este hombre que está aquí quiere que le den 60 golpes enseguida.”

Justo en ese momento, el campesino exclamó: “He prometido compartir mi premio: el Soldado gana un sexto, el General gana un tercio, y el Secretario gana una mitad.”

El rey se rió fuertemente cuando oyó esto, y el Soldado, el Secretario, y el General consiguieron su porción. ¿Cuántos consiguieron ellos? ¿Había quedado algo para el campesino?

Entonces el rey envió al hogar del campesino una bolsa de monedas de oro.

EL TIGRE Y EL MONO

Vivía una vez un Brahmin que había pasado muchos años como un ermitaño en el bosque. Aunque él no tenía ningún poder sobre los animales, podía entender su idioma. Él podía hablarle a los animales y ellos, en correspondencia, podían hablarle a él.

Un día el Brahmin caminaba por un pueblo; era temprano en la mañana y los campesinos estaban aún dormidos. Al lado del camino había una gran jaula de hierro, y dentro de la jaula estaba un tigre. Y el tigre le dijo: “Estoy muriendo de sed. Estas personas me cogieron ayer, y no me han dado nada de agua. ¡Oh, buen Brahmin!, permíteme salir para que pueda ir al río y calmar mi sed. Le prometo que cuando haya bebido algo, volveré a la jaula, y usted podrá cerrarme con llave de nuevo.”

El Brahmin era de muy buen corazón, y como el tigre había prometido regresar a la jaula, sacó el seguro de la puerta de la jaula y la abrió. El tigre salió, y ambos -el tigre y el Brahmin- caminaron en el bosque y bajaron al río donde el tigre calmó su sed. Pero entonces el tigre dijo: “Y ahora, a usted hombre tonto, lo mataré y lo comeré.”

“¿Qué hay acerca de su promesa?”, exclamó el Brahmin.

“Muy necio es usted por confiar en la promesa de un tigre”, contestó el tigre. “Merece morir por ser tan estúpido como para creer que yo mantendría mi promesa”.

“Haz por lo menos una cosa”, le dijo el Brahmin.

“Permíteme preguntar a otro animal si realmente es correcto que debas matarme.”.

“No me importa”, le dijo el tigre. “Pregunta a tantos animales como quieras. Todos ellos te dirán que debo comerte.”.

El primer animal que hallaron era una vaca. Cuando la vaca había oído la historia dijo: “No me gustan los seres humanos. Me hacen trabajar para ellos jalando arados y sacan la leche que debería ir a mi ternero. Y además, si el tigre no come al Brahmin, él vendrá y me comerá. ¡Adelante tigre, come al Brahmin!”.

“Permíteme probar con otro animal”, exclamó el Brahmin.

“ No me importa”, dijo el tigre.

El próximo animal que hallaron era un águila. Cuando el águila había oído la historia dijo: “ A mí no me gustan los seres humanos. Ellos me disparan con sus flechas y hacen un gran alboroto cuando cojo uno de sus corderos. Tienes razón tigre, ¡ve y come a ese hombre!”.

El Brahmin estaba desesperado, parecía que todos los animales estaban en su contra. “Permíteme probar una vez más”, suplicó.

“Bien”, dijo el tigre, “estoy bastante hambriento, pero te daré una oportunidad más”.

Sólo entonces un mono vino balanceándose por las ramas de un árbol, y el Brahmin se volvió a él y le contó la historia. Ahora el mono era más amistoso con los seres humanos, y éste era un mono muy astuto. Él dijo: “Pues, no puedo decir verdaderamente si el tigre tiene razón o no, a menos que pueda ver exactamente cómo

comenzó todo. Permítanme que vuelva a la jaula. Quiero ver la jaula primero.” Así el Brahmin, el tigre y el mono fueron a la gran jaula de hierro.

“Humm”, dijo el mono, “así es que ésta era la jaula.”

“Sí”, dijo el tigre, “pero apúrate, tengo hambre.”

“Oh”, dijo el mono, “no puedo tomar una decisión hasta que sepa exactamente qué pasó. Muéstrame tigre, ¿dónde estabas cuando el Brahmin vino?”

“¡Qué pérdida de tiempo!”, dijo el tigre. Saltó dentro de la jaula y dijo: “estaba aquí, donde estoy parado ahora.”

“Bueno”, dijo el mono. “Y ahora, tú Brahmin dime, ¿estaba la puerta de la jaula cerrada y tenía puesto el cerrojo?”

“Sí”, dijo el Brahmin.

“Entonces ciérrala y échale cerrojo”, le dijo el mono. El Brahmin lo hizo así.

“Bien”, dijo el mono, “ahora puedo decirles mi decisión. El tigre ya está de vuelta donde estaba y si tú Brahmin, quieres abrir la puerta de nuevo y le permites salir, entonces tendría razón realmente para matarte y comerte.”

“No soñaría con eso”, exclamó el Brahmin.

“Espero que no seas tan tonto como él.”, dijo el mono señalando al tigre y corrió hacia el bosque.

Y así el tigre estaba de vuelta donde merecía estar -en la jaula- y allí se quedó.

*¡Oh Agni, fuego sagrado!
¡Fuego que purifica!
Tú, que duermes en los montes
Y en llamas fulgurantes
Te elevas del altar,
Tú eres el corazón del sacrificio,
La virtud sustentadora del orar,
La recóndita chispa divina
En todo cuánto existe,
Y el alma glorioso del Sol.*

(India)

¿CÓMO SURGIERON LAS CONSTELACIONES?

¿Cómo surgieron las Constelaciones del Carruaje y de la Serpiente?

Cuando los hindúes de los tiempos remotos, observaban de noche el cielo estrellado y veían las Constelaciones del Carruaje y de la Serpiente, se acordaban de una leyenda que hablaba de cómo se formaron esas constelaciones.

En tiempos antiquísimos, cuando el pez aún no había llegado hasta Manu, surgió una pelea notable entre los dioses de las alturas y los poderes de la profundidad. Como consecuencia de esa pelea la tierra comenzó a temblar. En aquel momento, los Dioses Superiores, Indra y sus hermanos, casi fueron vencidos por Vritra y sus huestes. Valor y fuerza fueron cediendo en los dioses, de modo que al último sólo pudieron recurrir a una propuesta de paz. “Quizás más adelante nos llegue alguna ayuda”, reflexionaban los hijos de los dioses. “Ahora sólo vale ganar tiempo”.

Los siete Santos, Maestros de la Sabiduría, los Rischis, fueron enviados donde Vritra para que lo convencieran, con palabras juiciosas, de que aceptara la oferta de los dioses. Cuando éste hubo escuchado las palabras de los Rischis dijo: “Sabios Santos, ¿Cómo creen ustedes que un pacto entre Indra y yo pueda ser duradero? ¿Cómo dos seres tan opuestos podrían reinar de común acuerdo?”.

Pero los Rischis alabaron a Vritra y le hablaron con palabras bien elegidas, sobre la credibilidad de Indra.

Finalmente, Vritra se dignó a aceptar el Tratado de Paz y dijo: “Siempre que se prometa que ni Indra ni otro dios me atacará con algo seco, con algo mojado, con piedras y/o con madera, ni con armas ni arrojando nada, ni de día ni de noche, entonces estoy dispuesto a firmar un tratado eterno con Indra y los suyos”.

“Así sea”, dijeron los Rischis y se celebró el Tratado de Paz.

Durante algún tiempo, los dos seres reinaron conjuntamente. Pero Indra, teniendo en mente el futuro, pensó en cómo poder obtener él solo el reinado en beneficio del mundo. Al caer la tarde, en cierta ocasión, los dos se encontraban frente al mar. Delante de ellos las olas habían levantado una gran barrera de espuma. Cuando Indra la vio, se dijo: “El atardecer no es ni día ni noche. La espuma no está seca ni mojada, no es ni piedra ni madera, no es ni arma ni se puede arrojar. Con ella podré destruir a Vritra, mi enemigo. Con esta reflexión, Indra empujó a Vitra dentro de la espuma, de modo que éste murió asfixiado.

Cuando desapareció Vritra, se aclaró el cielo; el sol, la luna y las estrellas observaron con alegría a la tierra; una brisa fresca se sintió en la tierra y aparecieron los dioses y sus amigos para alabar a su Señor Indra.

Pero Indra, alabado por todos los Seres del Mundo Superior, fue vencido por el sentimiento de culpabilidad y perdió toda fuerza y poder. Huyó hasta el confín del mundo, donde se ocultó en el tallo de una flor de loto que flotaba sobre el agua. Nadie conocía el sitio de su escondite.

Cuando Indra, el Rey Divino y Señor de los Aires había desaparecido, calmaron todos los vientos, de

modo que las nubes ya no cruzaban la Tierra; y en consecuencia, las lluvias ya no caían sobre los bosques y campos. Arroyos y ríos se secaron, pastos y árboles se marchitaron, de nuevo pena y miseria se esparcieron por doquier.

Los dioses e hijos de los dioses se reunieron entonces con los Rischis, para consultar con ellos cómo se podría revertir esa miseria. Deliberaron durante tres días, hasta que resolvieron elegir un nuevo rey al que todo el mundo debía obedecer. “Para que entre nosotros no surja ninguna envidia”, dijeron, “elegiremos un humano como rey”.

En aquel tiempo, reinaba en la tierra el tan noble Rey Nahuscha, cuyos actos y bondades eran alabados en todo lugar. A él se dirigieron los Rischis y lo invitaron, en nombre de los dioses, a hacerse cargo del gobierno de todo el mundo. Primero, Nahuscha se negó, puesto que opinó que un hombre era demasiado débil para hacerse cargo de ese cúmulo de obligaciones y poderes. Los Rischis le aseguraron su ayuda mediante la fuerza de sus severos ejercicios de penitencia. Así Nahuscha accedió, y el hombre fue elevado a Regente del Mundo.

Pero en cuanto estuvo sentado en el trono del cielo, se deshicieron todas sus virtudes, tal como la nieve se derrite al calor del sol. Disfrutó de todos los placeres y olvidó sus obligaciones, y con el juego perdió el tiempo. Siempre se lo veía rodeado por un conjunto de encantadoras niñas del cielo y de juglares con patas de cabra. Le parecía suficiente descansar en almohadones blandos, rodeado por dulces perfumes y escuchar relatos ficticios.

Un día, llegó a ver a Satschi, la hermosa esposa de Indra. Entonces Nahuscha exclamó: "Ahora yo soy Indra, Señor de los Dioses y de los Poderes. ¡Ven, Satschi, a servirme!". Cuando la diosa escuchó este llamado, se atemorizó y huyó donde los santos Rischis para hallar allí protección. Por esta causa, Nahuscha se irritó sobremanera, de modo que el mundo comenzó a temblar. Los dioses del cielo le dijeron: "Rey del Mundo, termina con este terrible enojo, que Satschi no te corresponde, pues es la esposa de Indra; no la sigas pretendiendo y no pienses más en adulterio.". Pero Nahuscha no se acalló, y comenzó a blasfemar contra Indra diciendo que aquel también había perseguido alguna vez una mujer ajena. "¿Por qué no intervinieron aquella vez, ustedes protectores del mundo?", les increpó.

Los dioses quedaron consternados y con palabras temerosas se dirigieron a los Rischis: "Un señor mucho más poderoso de lo que ha sido Indra es este Nahuscha. Para preservar la paz, la hermosa Reina Celestial Satschi deberá cumplir con sus deseos".

Pero los Rischis respondieron: "Tengan paciencia, Supremos Dioses; y también tú, Satschi, no temas. Por su propia avidez el malhechor Nahuscha se arruinará él mismo. Entonces Indra, el destructor de Vritra, volverá a ser el Rey de los Dioses."

Esto lo dijeron pues habían resuelto cómo se debía proceder: La reina celestial debía simular que pasaría a la casa de Nahuscha. Pero para ello debía exigir que el mismo Nahuscha viniera para llevarla allí. Debía decirle que Indra la había llevado en un coche tirado por corceles. Debía decir: "Tú, Nahuscha, haz tirar el

carruaje con los siete Rischis, para que yo constate que eres más poderoso que Indra.”.

Así quedó arreglado. Cuando Nahuscha escuchó el deseo de la Reina Celestial, exclamó pleno de felicidad y placer: “Viajar como aún nadie viajó, eso sí que me place. Realmente será un Gran Señor el que haga tirar su carruaje con los Santos Rischis en lugar de bestias.”.

Inmediatamente, hizo buscar a los siete Rischis y los colocó frente al carruaje, dos a cada costado y tres al medio. Los siete Santos Rischis habían previsto todo y le habían ofrecido un sacrificio al Dios Agni. Cuando el Dios se manifestó a través de la llamarada del altar, el mayor de los Rischis le pidió al Dios del Fuego que buscara a Indra. Agni atravesó enseguida todo el mundo. No lo halló ni en la tierra firme, ni en el aire celeste y no se atrevió a sumergirse en el agua.

Los Rischis lo alentaron con fuertes palabras mágicas, para que se introdujera en el elemento temido, y allí encontró a Indra en el tallo de la flor de loto. Rápidamente llamó a todos los dioses, para que ayudaran a devolver fuerza y poder a Indra.

Cuando, a través de un tiempo prolongado, habían alabado sus actos valientes y su poderío, el dios -debilitado por el remordimiento- volvió a cobrar valor.

Le dijeron: “Abandonados por tí, Señor del Cielo, nos hemos equivocado y hemos elegido a Nahuscha, un humano, como Señor del Mundo. Ahora exige que tu fiel Satschi se convierta en su compañera. Por ello, levántate y vence al malhechor.”.

Pero Indra contestó: “¿Cómo podría vencer a Nahuscha, yo que por la carga de mis pecados llegué a

ser pequeño y falto de fuerza?”. Nahuscha ya había ascendido al coche para ir a buscar a la pretendida Satschi. Los siete Rischis no tiraron con suficiente rapidez del carruaje, y el Señor, prepotente e impaciente, les gritó: “Haraganes, no tarden tanto y no se arrastren”. Con un puntapié impulsó al mayor de los Rischis.

Este puntapié colmó sus maldades. Los siete Rischis se detuvieron y exclamaron. “Conviértete en serpiente, y arrástrate tú ahora.”. Por esta maldición Nahuscha cayó del carruaje, y quedó adherido al cielo y aún hoy se lo halla allí como Constelación de la Serpiente. También el carruaje dejó su recuerdo en el cielo.

Los santos Rischis corrieron donde los dioses y les informaron de la caída de Nahuscha. Para calmar la culpa de Indra se celebró un gran sacrificio de expiación. Las montañas cargaron con un tercio y se volvieron grises y agrietadas. El segundo tercio fue distribuido a los árboles, que desde entonces presentan troncos resacos y ramas marchitas. El último tercio lo sobrellevan las mujeres en su siempre reiterada debilidad.

Pero Indra quedó puro y ascendió con Satschi por encima de las nubes a la Sala de los Dioses. Allí está en su trono para la salvación del mundo.

NAL Y DAMAJANTI

Reinaba un rey poderoso de nombre Bima. Su reino se hallaba en el valle de Widarbaland, rodeado de suaves colinas.

Por la bendición de los dioses, le nació una hija celestialmente hermosa. Le dieron el nombre de Damajanti, y creció rodeada por todas las bellezas del mundo. Cientos de servidores y servidoras continuamente trataron de cumplir con todos sus deseos antes de que los formulara. De esta manera, la vida de la princesa transcurrió como en un sueño.

Una noche, Damajanti tuvo un sueño. Se vio caminando por el gran jardín del palacio, entonces por los aires se acercó una bandada de pájaros de alas doradas que se posaron en el césped verde. Ella fue corriendo para atrapar a uno de los pájaros hermosos; cuando estuvo muy cerca del pájaro, éste comenzó a hablar con voz humana: “!Damajanti!, el Rey Nal es como el rayo que surge de entre las nubes. Tú eres la perla entre las mujeres. Y si tú fueras la esposa de este hombre, tu nacimiento no hubiera ocurrido en vano, porque nosotros, que volamos a través de los mundos de los dioses, semidioses, hadas y espíritus, no hemos visto a nadie igual. La mejor ha de reunirse en la felicidad con el mejor, la única con el único”.

Estas fueron las palabras del pájaro de alas doradas. A continuación levantó vuelo y desapareció.

Desde ese sueño, la hermosa Damajanti ya no pudo pensar en otra cosa que en el incomparable Rey Nal.

Ella, que antes había sido la más alegre entre los alegres, ahora comía poco, suspiraba mucho y silenciosa miraba hacia la lejanía. Cuando se le informó al padre de este hecho, él dijo: “Ha llegado el momento de buscar un esposo para mi querida hija.”

El Rey Bima preparó una gran fiesta. Envió mensajeros a los reyes jóvenes para que vinieran y pretendieran a su hija. Los señores y príncipes no se hicieron esperar. Llegaron a la corte del Rey Bima en carruajes fastuosos tirados por caballos veloces, o en elefantes adornados profusamente.

Hasta algunos de los Dioses Supremos estaban deseosos de pretender a la hermosa Damajanti, pues debido a su alma pura, la habían elegido para ser la sacerdotisa de un templo. Estos eran: Agni, el Dios del Fuego; Indra, el poderoso Dios de la Guerra; Varuna, el Dios del Agua y Jama, el Juez del Reino bajo Tierra. Estos cuatro dioses buscaron entre los hombres un mensajero que pudiera hacer llegar a la princesa su deseo.

Vieron llegar por el camino al Rey Nal, que acudía a la fiesta pleno de alegría en su carruaje dorado. Su apariencia era hermosa, semejaba al Dios del Amor. Cuando los dioses lo vieron, decidieron escogerlo para que fuese su intermediario. “Nal, Hijo de Reyes, que eres fiel y digno de confianza, ponte ahora a nuestro servicio”, le dijeron. “Necesitamos un servidor”. Nal respondió: “Lo seré. Pero díganme cómo se llama el hombre al que serviré.”. Indra contestó: “Aquí estamos el Dios del Fuego, Agni; allí está Varuna; aquel es Jama y yo soy Indra. Deberás ir donde la Princesa Damajanti y le dirás que se le acercan los Custodios del Universo”.

Frente a estas palabras se asustó Nal y dijo: “Dioses Supremos, no me enviéis a mí, ya que yo mismo me encuentro en viaje para pretender a la princesa. En consecuencia ¿Cómo podría hallar las palabras adecuadas para interceder por ustedes?”. Pero los dioses le respondieron: “Tú has dicho que serías nuestro mensajero y ¿ahora no deseas serlo?. Así no se puede tratar con los dioses. Anda, no dudes.”

El Rey Nal sufrió mucho y no sabía cómo solucionar esa circunstancia. Luego se armó de valor y, ya el día anterior a la fiesta, logró encontrar un camino secreto para llegar al salón de Damajanti. Cuando se encontró en presencia de la hermosa princesa, le faltó palabras para hablar de sí mismo o del deseo de los dioses.

Al contemplar al tan ansiado héroe, el rostro de la princesa se sonrojó cual el cielo matutino ante la aurora. Le sonrió plena de confianza, y cuando Nal miró a los ojos de la joven sonriente, nació en él el poder del amor. Como deseaba ser un mensajero de los dioses, retuvo las ansias de su corazón.

Damajanti le ayudó a superar esa ambigüedad diciéndole: “Amigo mío, háblame con confianza. ¿Por qué has venido?. ¿No será para rechazar aquello que ya es tuyo?. El pájaro del destino me señaló que el rey Nal ha de ser mi esposo. Desde ese anuncio, yo y todo lo que es mío pertenecemos a él.”.

Nal se dominó y exclamó: “Damajanti, antes debes saber que podrás elegir entre los dioses. Los inmortales, con los cuales de ninguna manera puedo medirme, me envían para que interceda por ellos. Por ello dedícales tu atención.”.

Pero Damajanti le respondió: “Todo mi tiempo y mi veneración sin fin los dedico a los dioses, pero a tí, Nal, te elijo para ser mi esposo.”. Nal le explicó que él había venido como mensajero de los dioses y que, en consecuencia, no podía hablar por sí mismo. Además que tuviera en cuenta que aquel que se opusiera a los dioses, iba camino a su perdición. Damajanti contestó: “Yo conozco la solución. Todos los señores que concurrirán a la fiesta no elegirán sino que yo elegiré entre ellos. Si entonces yo te elijo, no tendrás culpa alguna.”.

De esta manera ambos cobraron nueva esperanza. Pero los dioses ocultos habían escuchado su conversación e idearon una treta astuta. Cuando al día siguiente, debía producirse la elección del esposo y todos los Grandes Señores habían tomado asiento en el salón refulgente, de repente allí se encontraban cinco hombres de idéntico aspecto. A cualquiera de los cinco que observara Damajanti, podía tomarlo por el rey Nal. Los cuatro dioses se habían hecho presentes en un cuerpo que en nada se diferenciaba del de Nal

Se contrajo el corazón de la hermosa Damajanti, pero después de reflexionar brevemente, decidió recurrir a la ayuda del pájaro de alas doradas. “A él obedeció mi corazón cuando elegí al Rey Nal por esposo. ¿Ahora he de serle infiel?. Inmortales, muéstrense en sus verdaderas formas, para que yo sea capaz de diferenciarlos.”

Compadecidos por el insistente ruego, los dioses se apiadaron de Damajanti. Ahora ella pudo observar que cuatro de aquellos seres no proyectaban sombras, que sus ojos permanecían inamovibles y que, sin sufrir la gravedad de la tierra y sin que sus pies tocaran el suelo, permanecían allí. Pisando fuertemente la tierra, proyec-

tando su sombra y con ojos atentos, Nal se encontraba frente a ella.

Agradecida, Damajanti miró hacia los dioses, luego se acercó a Nal y le colocó en su cabeza la corona del vencedor. Mientras el gran salón resonaba por el aplauso, sin envidia de los grandes señores allí reunidos, Nal y Damajanti se inclinaron ante los dioses y les pidieron su protección. Bondadosamente les prometieron felicidad y ayuda, y luego los dioses ya no fueron visibles.

Las bodas que siguieron fueron alegres, y cuando los señores y huéspedes se despidieron, tuvieron mucho para comentar.

Durante el regreso de la elección de marido, los Supremos Dioses se encontraron con dos espíritus malignos, Kali y su compañero Dwapara. Indra le preguntó a Kali a dónde iban los dos. Kali exclamó: “No nos detengas, queremos ir rápidamente a la elección del esposo de Damajanti, a mí me deberá elegir”. Indra respondió: “Vuelve atrás, la elección está concluida, la hermosa princesa ha elegido al Rey Nal.”.

“Eso tendrá que pagarlo esa tonta, que en vez de un dios haya elegido un ser humano”, exclamó Kali, y con premura partieron los dos.

Nal y Damajanti vivieron durante siete años una gran felicidad y amor. Dos hermosos niños les fueron concedidos. En el país y en la ciudad reinaban trabajo y paz, y todo emprendimiento del rey se veía coronado por el éxito.

El maligno Kali acechaba todo el tiempo, y esperaba la oportunidad para adentrarse, ocultamente, en el alma del Rey Nal para llevarlo, a él y a su amada, a la perdi-

ción. Pero hasta allí permanecían aún bajo la protección de los dioses, y el maligno había acechado inútilmente.

Sucedió que una vez el rey regresó agotado de la guerra y cansado como estaba, obvió la purificación establecida. Ello le abrió las puertas al maligno Kali para penetrar en el alma de Nal, pues allí donde el hombre no se preocupa de los poderes protectores, ellos tampoco logran ayudar.

Ya al día siguiente apareció frente a Nal su semihermano Puschkara, que poseía un reino más pequeño. Traía dados e invitó a Nal a jugar con él. Ahora Nal no podía resistir esa tentación, pero en los dados de Puschkara se había introducido el compañero maligno de Kali.

Comenzó el juego fatal. Los dados continuamente le otorgaban la ventaja al semihermano. Pero con cada tirada de los dados, aumentaba la pasión de Nal, aprisionado por el juego. Perdió en el juego su oro, sus vestimentas, corceles, carruajes, armas y todo.

En vano sus amigos trataron de hablarle, pues no los escuchó, y cuanto más perdía, más impetuoso proseguía con el juego. Damajanti se acercó llorando e implorando, pero Nal, posesionado por la locura del juego, no quiso acabarlo. Para salvar, al menos lo máspreciado, Damajanti se dirigió al conductor del carruaje de su marido y le ordenó llevar, inmediatamente, a sus dos hijos donde su padre, el Rey Bima. Mientras tanto el Rey Nal había perdido todo su país y sus bienes. Entonces el malicioso semihermano exclamó: "Ahora tiremos los dados para ganar a la hermosa Damajanti."

Frente a estas palabras, Nal se asustó. Volvió su conciencia y apenado se levantó y tomó la mano de su amada. Ya no poseían otra cosa que los vestidos que llevaban puestos. Sin pronunciar palabra alguna, los dos -abandonados por la suerte- dejaron el palacio.

Tres días y tres noches deambularon, ninguno de sus anteriores súbditos podía auxiliarlos pues el semihermano lo había prohibido bajo pena de muerte. Los frutos del campo eran sus únicos alimentos. De repente, Nal divisó dos pájaros y dijo que el cielo se los había enviado para su alimentación. Rápidamente se quitó su atuendo y lo tiró sobre las aves cual una red, pero los pájaros levantaron vuelo junto con la vestimenta, pues en realidad eran mensajeros del brujo Kali, que querían privar al pobre Nal hasta de su último bien.

En silencio, Damajanti cubrió a Nal con una parte de su vestido y de esa manera siguieron caminando cubiertos por un único vestido. A Nal su conciencia le pesaba siempre más, y cuando llegaron a un cruce del camino, le dijo a Damajanti: “Oh hermosa, tú no compartirás la suerte de un hombre que ha destruido su propia felicidad y que es perseguido por los espíritus malignos. Mira, aquí se separan los caminos. Yo iré al bosque, quizás ermitaños piadosos me concedan un refugio. Tú dirígete a tu patria, donde tu noble padre y tu buena madre te recibirán”. A ello respondió Damajanti: “Para mí no existe separación alguna. Prefiero acompañarte en el camino penoso a disfrutar de la vida en el hogar de mis padres. Pero si tú quieres refugiarte junto a mi padre, sería la solución para nosotros dos”. Nal no quiso escuchar esa propuesta. “Prefiero caminar per-

dido por las soledades, que llegar desnudo y desprovisto de todo a la ciudad de tu padre, donde yo había llegado tan rico y poderoso”.

Cuando cayó la noche, la tierra pelada fue su lecho. Nal no podía descansar, despertó y se dijo: “Es cruel de mi parte que conduzca a mi amada a la miseria. Si yo la abandonara ahora, se vería obligada a regresar a su patria que aún no está tan alejada”. Su decisión estaba tomada. Con tristeza contempló a Damajanti y abandonó a su amada, que no sospechaba nada.

A la mañana siguiente, Damajanti no podía creer que había sido abandonada. Clamó por el bosque, pero nadie le respondió y tampoco vio a persona alguna. Finalmente tomó conciencia de su desgracia, pero no se lamentó de su propia suerte, sino de la de su marido. Su propio ser superior había sido envuelto por un espíritu turbio. A pesar de todo, Damajanti no perdió la fé de que aquel encanto maligno se disolviera alguna vez.

Durante un tiempo prolongado se perdió en caminos enredados, buscando siempre a su esposo, pero sin resultado. Finalmente llegó al país y a la ciudad de sus padres. Fue recibida con gran alegría en la Casa Real, y allí encontró también a sus dos hijos.

Mientras tanto, Nal había llegado a bosques faltos de todo sendero, donde apenas existía alguna huella del ser humano. Más que la pérdida de todos sus bienes, le mortificaba la idea de que había abandonado a su fiel esposa. Su desesperación era tan grande, que cada vez que veía reflejada su imagen en el espejo de una vertiente exclamaba: “Si los dioses me quitaran esta forma para que nadie pueda reconocerme.”.

Desesperado, llegó a un paraje del bosque donde parecía arder un fuego enorme. Cuando se acercó, oyó desde esas mismas llamas una voz suave que lo llamaba por su nombre: “¡Ay, Nal, acércate y sálvame!”. Sorprendido miró a su alrededor y escuchó por segunda vez la voz: “Nal, héroe vigoroso, no temas y apaga las llamas.”. Nal no se tomó el tiempo para averiguar quien lo llamaba por su nombre. “Ya no tengo nada que perder”, exclamó y se introdujo en el fuego. Las llamas ardían alrededor de él, pero no lograron tocarlo. Pues, en el mismo momento en que saltó dentro del fuego, lo abandonó el espíritu maligno Kali; y el Dios del Fuego, Agni, lo pudo proteger de las llamas. En el centro del fuego se enrollaba una gran serpiente. La cabeza de la misma estaba adornada con una corona, pues era el Rey de las Serpientes, Karhotaka (parte hombre, parte serpiente).

Le dijo: “Héroe, escucha. He engañado al gran Rischí Narda, por ello me maldijo: “Queda inmóvil en el fuego hasta que el Rey Nal se apiade de tí”, fueron sus palabras. Sácame de este fuego y te lo agradeceré eternamente”.

Nal no titubeó, levantó a la serpiente y la sacó del fuego. Ella lo picó, y en consecuencia su forma y rostro cambiaron completamente. El Rey de las Serpientes lo consoló: “Tal como tú lo has deseado, he cambiado tu apariencia para que fueras irreconocible. En cuanto quieras volver a tu apariencia anterior, basta que pienses en mí y te pongas esta camisa que aquí te doy. Anda ahora hasta el Rey Rituparna, que conoce los números, y que posee los dados que tú necesitas. Ofrécete como conductor de carruajes. Como tal, alguna vez le prestarás

un gran servicio, y tu recompensa será entonces los dados". Así le dijo la serpiente Karhotaka, le alcanzó una camisa común y desapareció entre los matorrales del bosque.

Cuando el Rey Nal abandonó el bosque y llegó nuevamente a lugares habitados por los hombres, nadie pudo reconocerlo. Su figura estaba cambiada y las facciones de su rostro irreconocibles. Adoptó un nombre nuevo y, oculto de esta manera, emprendió el largo camino para llegar al Rey Rituparna para ofrecerle sus servicios, pues en el arte de manejar caballos en forma rápida y segura era un verdadero maestro, al que nadie podía igualar. Por dicha razón, el Rey Rituparna, conocedor de los números, quedó muy satisfecho de poseer un conductor de carruajes como lo era ese desconocido. Nal lo llevaba con suma rapidez a través de su país.

Mientras tanto en Widarbaland reinaba una gran alegría por el regreso de la hija del rey. Damajanti, igualmente, se sentía muy feliz por volver a encontrarse con sus hijos. Pero su felicidad se hallaba empañada mientras no tenía noticias de su esposo. El primer pedido que le hizo a su real padre fue: "Indica que tus mensajeros recorran las comarcas para buscar al Rey Nal. Para reconocerlo han de pronunciar estas palabras en todos los lugares a los que lleguen:

"Jugador ¿A dónde te has dirigido en tu dolor, cubierto sólo por media vestimenta?"

El Rey Bima le concedió inmediatamente este pedido. Los mensajeros partieron enseguida y recorrieron ciudades y pueblos, bosques y ermitas. Pero en los lugares a los que llegaban, nadie escuchaba aquellas palabras.

Un mensajero llegó a la corte del Rey Rituparna. El Rey, poseedor de los dados, tampoco entendió las palabras, así como no las comprendieron los de su séquito. El mensajero decepcionado quiso emprender el regreso, pero le siguió el conductor de carruajes que quería escuchar esas palabras, y cuando llegaron a sus oídos, suspiró y dijo: “¿Le podía perdonar alguna vez al que se dejó engañar y la abandonó sola en el bosque?”.

Estas palabras las transmitió, fielmente, el mensajero a la princesa Damajanti. Ella exclamó: “Ese sólo puede ser Nal, aunque su disfraz lo oculte.”

¿Qué debía hacer para que Nal regrese al país de su padre?. Damajanti ideó entonces una treta. Se acercó a su madre y simuló tener interés en buscar un nuevo esposo, y en esa búsqueda le interesaría en especial ver al Rey Rituparna. La madre se extrañó sobremanera, pero Damajanti le confió su plan: un mensajero debía ser despachado a la corte del Rey Rituparna y comunicarle, como por casualidad, que al día siguiente tendría lugar una gran fiesta en Widarbaland, pues la princesa Damajanti pensaba elegir un nuevo esposo.

Partió el mensajero y pronunció las palabras así como se lo habían indicado. El rey se sintió halagado y llamó de inmediato al conductor de carruajes al que dijo: “Ahora demuéstreme tu arte, pues mañana debo encontrarme en Widarbaland. Se trata de la elección del nuevo esposo de la Princesa Damajanti.”.

Frente a estas palabras, Nal se angustió y en su corazón se preguntó si Damajanti le había sido infiel. En voz alta dijo: “¿Qué recompensa piensa darle a su conductor?”.

“Dos dados, que siempre caerán según tus deseos, si tú conoces el arte oculto de los números”, le contestó el rey.

Nal fue a buscar los caballos, que no eran de aspecto agradable, pues eran flacos, pero sí tenían resistencia y vigor. Rituparna, que ignoraba cómo se diferencian los caballos buenos de los malos, le gritó con furia: “¿Quieres burlarte de mí, piensas utilizar estos caballos tan débiles?”. Nal le respondió: “Un remolino de pelos en la frente, dos en las mejillas, en cada costado dos, dos en el pecho y uno en el lomo. Usted Rey, que domina el arte de los números, deberá saber descifrar estas señales”. El rey contestó: “Si tú me otorgas tu ciencia acerca de los caballos, yo te daré mi arte de los números; pero ahora nos apura el tiempo y debemos partir”.

Ascendieron al carruaje y partieron como el viento. Las ráfagas le quitaron al rey su manto, pero en vano le insistió al conductor que se detuviera, pues mientras hablaba ya habían recorrido tres millas. El sol aún no se había puesto cuando, haciendo retumbar el aire, ingresaron por los pórticos del Castillo de Widarbaland.

Naturalmente, se sorprendió Rituparna cuando no alcanzó a ver preparativo alguno para una fiesta, pero no lo hizo notar. Mientras era recibido con gran cordialidad, el conductor del carruaje llevó a los caballos al establo, los limpió y alimentó debidamente. A continuación, cuando pensó que nadie lo observaba, vistió la camisa milagrosa del Rey de las Serpientes y se sentó a esperar en el coche.

Damajanti había mandado a su doncella al establo para que mirara al conductor del coche. Cuando en lugar del conductor, vio al Rey Nal en su hermosa apa-

riencia, fue corriendo en busca de Damajanti y exclamó: “¡Oh princesa, es él!, no queda duda alguna”. En su alegría, Damajanti lanzó un grito, se cubrió con el vestido que había llevado en el bosque e hizo comunicarle al que esperaba en el establo, que subiera para la elección del marido. A los oídos de Nal en ese momento, llegó desde los aires, una voz que le decía: “Damajanti te ha sido fiel, no existe culpa, ella es pura”.

La hermosa Damajanti temblaba, pero también a Nal su corazón le palpitaba más que aquella vez cuando a través del fuego llegó al Rey de las Serpientes. Se serenó y dijo: “Tu marido perdió su reino en el juego y te abandonó en el bosque debido a una treta del maligno Kali. Ese maligno espíritu de la oscuridad ahora ya no lo domina”. Cuando aún hablaba, una lluvia de flores comenzó a caer sobre los dos que habían padecido tan duras pruebas. Asombrados, todos observaron esto, y todos entendieron cuál sería el esposo que la princesa ahora elegiría. Mientras la alegría invadía el palacio, el Rey Nal abrazaba fuertemente a su esposa y a sus dos hijos. El buen Rey Rituparna se alegró con ellos, y opinó que no había realizado en vano el largo camino hacia allí. Dijo que, gustosamente, le cedía al noble Rey Nal sus dados.

Después de cuatro semanas, partió Nal para reconquistar su reino. Cuando se enfrentó con su semihermano le dijo: “Los dioses nuevamente me han otorgado riquezas. ¿Quieres que volvamos a tirar los dados?”. Puschkara se alegró por esta propuesta, pues estaba convencido de su buena suerte. Soberbio se sentó a jugar, pero esta vez los dados sólo favorecieron a Nal, hasta que Puschkara fue vencido completamente. Nal no quería retribuir el mal con otro mal, y le devolvió a su

semihermano su antigua propiedad. “No fuiste tú el que me quitó mi reino, sino el malvado espíritu Kali.”

Convencido de su nobleza, Puschkara se arrodilló ante Nal y con voz conmovida le dijo: “Tu fama y renombre sean eterno y bendita tu casa. A ti y a tu esposa les juro fidelidad por todos los tiempos.”

Mantuvo su palabra y los dioses cumplieron con sus buenos deseos.

*Ondea de nuevo en el aire
la bandera azul primaveral.
Fragancias dulces y evocadoras
invaden, insinuantes, a los campos.*

*Ya sueñan las violetas
dispuestas a despertar.*

*De súbito, un lejano y leve son de arpa
¡Primavera! ¡Eres tú!
He decifrado cómo advienes.*

(Eduard Mörike)

LA COMPASIÓN DE USINARA

El poderoso Rey Usinara, cierto día ofrecía un sacrificio a los dioses a orillas del Río Yamuna. Cuando ya ardía el fuego, apareció una paloma perseguida por un ave rapaz, que buscó refugio en el pecho del rey.

El ave rapaz dijo: “Gran Rey, por doquier se te elogia por tu cumplimiento del deber ¿Por qué entonces haces algo contrario a tu deber?. A mí me aflige el hambre, pero tú me privas del alimento que yo necesito.”.

El rey le respondió: “Pájaro orgulloso, esta bonita paloma vino a mí para salvarse de tus crueles garras. ¿Cómo puedes suponer que es mi obligación entregar a mi protegida, a la inocente paloma, a su enemigo mortal?. Has olvidado que aquel que ha matado una vaca sagrada, o asesinado a un Brahmin, o entregado a su protegido, ha cometido el mismo grave pecado?”.

El ave respondió: “Todos los seres vivientes dependen de la alimentación, pues de los víveres se alimenta todo aquello que respira. Si por tu negativa me privas de mi alimento, entonces el aliento de mi vida debe pasar al reino de la muerte. Pero si yo muero, mi esposa y mi cría hambrienta pronto me seguirán. Si tú quieres salvar a una sola paloma, nos entregas a todos nosotros a la muerte. ¿Para tí podrá significar un deber aquello que se halla en oposición con otros deberes?. Y allí donde luchan deber contra deber ¿no deberá atenderse al mayor?”.

Usinara respondió: “Tú hablas con sabiduría y conoces la ciencia del deber ¿Quizás tú eres el Rey de las

Aves que sabe todo? ¿Pero qué razones puedes dar, para que se entregue a un protegido?. Eso no lo impone ningún deber. Pero, pájaro sabio, gustosamente te entregaré algo de las existencias de mi casa. Toma cuanto quieras de la carne del toro, del cerdo o del ciervo o lo que te plazca. Señálalo, y te será traído.”.

El ave respondió: “Ni toros ni cerdos ni ciervos son mis alimentos. El creador de todos los seres me ha destinado la paloma, y eternamente yo no requeriré otra alimentación. Es así Rey. No tardes más y entrégame aquello que me corresponde.”.

A ello contestó el rey: “Te dejaré todo mi país con todos los tesoros y cuanto tú desees. Sólo mi protegida, la paloma, no la entregaré nunca.”.

Entonces dijo el ave: “Pues bien, si la paloma te significa tanto, dame de tu propia carne, cuanto pese la paloma.”.

Usinara no lo pensó mucho y dijo: “Me parece valedero lo que pides. En esta balanza te pesaré mi carne.”

De su propio cuerpo el rey cortó la carne, la colocó en un platillo de la balanza y en el otro colocó a la paloma. Pero la paloma era más pesada que la carne del rey. Nuevamente, el rey se cortó otro pedazo y se lo agregó al primero, pero la paloma seguía siendo más pesada. El rey no desistió, cortó parte tras parte, pero el platillo de la paloma no ascendía. Finalmente, el rey, que ya se había despojado de toda la carne, saltó él mismo sobre el platillo, y recién allí superó a la paloma. En ese momento desaparecieron, tanto el ave rapaz como la paloma, y en su lugar aparecieron dos dioses ante rey.

Indra, que había sido el ave rapaz dijo: “Yo soy Indra, Señor de los Aires, y la paloma era Agni, Dios del Fue-

go. Hemos descendido para poner a prueba tu virtud, rey piadoso, y tú has aprobado magníficamente dicha prueba. El elogio eterno de todo el mundo corresponderá al hecho de que hayas cortado la carne de tu propio cuerpo. Por todo el tiempo en el que haya seres humanos en el mundo que relaten tu hazaña, tú estarás en el cielo con los dioses, y no volverás a descender a la tierra para un nuevo nacimiento.”

Cuando los poderosos dioses se elevaron a su morada celestial, Usinara los siguió pleno de resplandor.

*¡Oh hombre!
¡Porta el sol sobre la tierra!
Tú que entre la luz y la oscuridad estás colocado,
Ama la tierra,
Ten una brillante y preciosa piedra,
Transforma las plantas,
Transforma los animales,
Transfórmate a tí mismo.*

(Persia)

EL BEBÉ QUE SE RIÓ AL NACER

Cuando el Dios de la Luz, Ahura Mazdao, vio cómo el mal se había extendido, decidió que un hombre debería nacer en la tierra y que este hombre llegaría a ser un gran jefe. Este jefe enseñaría a las personas el camino verdadero y bueno de la vida, y así rompería el poder de Ahriman, Dios de la Oscuridad.

Él escogió como padres de este niño a unos campesinos simples, el nombre del padre era Pourushaspa y el de la madre Daghdú.

Ahriman sabía que el niño lucharía contra él, así que, cuando Daghdú estaba embarazada, el Señor de la Oscuridad envió un ejército de espíritus malos. Ellos llegaron como una nube negra que cubrió el cielo entero, y esa nube estaba formada por miles y miles de criaturas horribles: tigres con alas de murciélago, buitres con patas de tigre y serpientes con cabeza de lobo.

Pero antes de que la nube de monstruos se posara sobre Daghdú, un gran ejército de ángeles apareció llevando espadas hechas de rayos de luz. Estos ángeles de Ahura Mazdao tumbaron a los monstruos. Ellos gritaron y chillaron, y luego huyeron en todas las direcciones.

De nuevo el sol brilló claro y luminoso en el cielo, y Daghdú cayó sobre sus rodillas para alabar a Ahura Mazdao que la había salvado. Ahriman planeaba matar a la madre pero había fallado.

Daghdú dio a luz un pequeño niño. Todos los bebés lloran cuando nacen, pero este bebé era diferente, se rió

con un sonido claro, era la risa de un bebé diminuto. Esta risa, que pudo oírse en todas partes de la tierra, duró sólo unos momentos.

Aquella risa, hacía que todas las personas buenas y espíritus buenos en el mundo, por un instante, cayeran en una gran felicidad al escucharla. Era como si una gran alegría hubiera llegado a ellos. Pero todas las personas malas y espíritus malos, todos esos que estaban bajo el hechizo de Ahriman, cayeron en un gran miedo. Ellos sintieron terror por el sonido de la risa, y se escondieron en las esquinas oscuras y agujeros hasta que el sonido terrible se detuvo.

Todas las personas sobre la tierra oyeron esta risa; y dio alegría a todos los que eran buenos, golpeando de terror a todos los que eran malos. Los padres del bebé que se rió, llamaron a su pequeño hijo “Estrella Dorada”, que en el lenguaje persa es Zarathustra.

El pequeño Zarathustra se rió cuando vino al mundo, y el sonido de su risa también alcanzó a Ahriman, quien tembló cuando la oyó, pues era como el tintineo de campanillas color de plata.

Cuando el sonido de la risa del niño cesó, había rabia y furia en el corazón de hielo de Ahriman. Él, el Señor de la Oscuridad, Príncipe de los Espíritus Negros y Rey de las Mentiras, había sido remecido por el sonido producido por un pequeño niño. Él sabía quién era aquel bebé, sabía de dónde esa risa odiosa había venido, y juró venganza.

La tierra donde Pourushaspa y Daghdú vivían era gobernada por el Rey Duransarún, que era un hombre malo; de buena gana abrió su corazón y mente a los pensamientos negros que venían de Ahriman. Los espíritus

de la oscuridad le susurraron: “El niño recién nacido de Pourushaspa y Daghdú es un peligro para Usted, y no se le debe permitir crecer. Será mucho más fácil matarlo ahora, en lugar de esperar que él sea un hombre adulto y que desafíe su poder”.

Al día siguiente, el Rey Duransarún salió en dirección a la choza pobre y pequeña de Pourushaspa y Daghdú. Cuando el Rey llegó, la madre y el padre estaban afuera en los campos trabajando, y habían dejado al bebé dormido en una pequeña cuna. Abrió la puerta de la choza, entró y se halló solo con el niño Zarathustra.

El Rey miró al bebé con una sonrisa malvada y pensó: “Nunca más volverán los padres a oír la voz de este niño; este niño no crecerá para desafiar el poder del mal en el mundo”.

Rápidamente, el Rey Duransarún sacó una daga afilada que había traído con él, y alzó su mano para clavarla en el pecho del niño. Pero en esos momentos, el bebé abrió sus ojos y miró la mano que sostenía la daga; al instante, la mano del Rey se entorpeció, su brazo derecho perdió su fuerza del todo y se paralizó, y llegó a ser como un palo seco.

La daga cayó al suelo. Estupefacto de terror, el Rey miró su brazo y mano muertos, retrocedió y huyó de la casa. Corrió como loco para alejarse del niño, cuya mirada había hecho que su brazo derecho y su mano se inutilizaran por el resto de su vida.

Ahora el Rey Duransarún odiaba a Zarathustra más que antes. No se acercaría al bebé de nuevo, pero como era un rey, podía enviar a sus sirvientes. De este modo, llamó a dos de sus hombres y les dijo: “Les ordeno tomar al niño del campesino Pourushaspa y tirarlo al fue-

go. No regresen hasta que hayan hecho tal acción o los quemaré a ambos vivos”.

Los dos hombres se fueron, y se escondieron cerca de la choza hasta que vieron salir a Pourushaspa y a Daghdú en dirección a los campos para trabajar. Cuando estaban seguros de que los padres estaban bien lejos, los sirvientes del Rey Duransarún, rápidamente, entraron, tomaron al bebé de su cuna y se fueron lejos.

Para su sorpresa, el niño no emitió sonido alguno, no lloró ni pareció entender. Uno de ellos llevaba al niño, mientras el otro hombre llevaba una carga de madera seca. Caminaron por mucho tiempo hasta que alcanzaron el desierto, allí hicieron una gran hoguera y cuando las llamas estaban ardiendo, tomaron al niño y lo tiraron en ella. Luego se fueron riendo, pues había sido tan fácil cumplir la orden del rey.

Volvieron donde el Rey Duransarún y le dijeron que no necesitaba tener más preocupaciones por el bebé, puesto que su vida había acabado en un gran fuego en el desierto.

Entretanto, los padres de Zarathustra regresaron de su trabajo y hallaron la cuna vacía. La pobre madre estaba desesperada. Salió de casa y empezó a buscar a su hijo. Ella pensaba: “Quizás un lobo ha venido y lo ha arrastrado lejos, o quizás el bebé se ha caído de la cuna y ha gateado lejos”. Ella no podía saber qué es lo que había pasado, pero no iba a descansar hasta encontrarlo.

Cuando estaba oscureciendo, Daghdú vio una luz afuera, en el desierto. Con gran miedo en su corazón, se apresuró hacia allá, pero cuando se acercó vio algo muy extraño. El fuego estaba por apagarse, y en medio de

las pequeñas llamas que quedaban, se hallaba sentado Zarathustra, sonriente y jugando con las pequeñas lenguas de fuego como si fueran sus juguetes. Lo más sorprendente de todo era que estaba ileso.

El Rey Duransarún había fallado dos veces en sus intentos de destruir a Zarathustra, pero estaba del todo decidido a causar la muerte del niño. Sabía que el muchacho no podía ser muerto por las armas, pues había perdido el uso del brazo derecho cuando había tratado de apuñalarlo; ni tampoco el niño podía ser muerto por el fuego. Pero había aún otras maneras. Llamó a los dos mismos sirvientes y les dijo: "La última vez ustedes fallaron en matar al niño, no fallen esta vez. Quiero que el niño sea tirado a las bestias salvajes. Vayan y cuiden de hacerlo bien".

Ahora los padres de Zarathustra tenían miedo de dejar al niño solo, por las cosas extrañas que habían pasado. Pero eran campesinos pobres, y si no realizaban ambos el trabajo en el campo no tendrían lo suficiente para comer. Podían sólo confiar en que Ahura Mazdao, que había protegido de las llamas al niño, continuara vigi-lándolo.

De nuevo, los dos sirvientes del Rey Duransarún esperaron hasta que el niño estuviera solo. De nuevo tomaron a Zarathustra y lo llevaron lejos; pero esta vez ellos fueron al bosque y buscaron hasta que encontraron la guarida de los lobos. Cuando se acercaron a la cueva, la cabeza de un lobo grande gris apareció afuera. La bestia gruñó y mostró sus colmillos, pero no tenían el deseo de luchar contra el lobo salvaje. Rápidamente, uno de ellos tomó al bebé y lo tiró a la cueva. Entonces ambos corrieron para salvar sus vidas. Volvieron ante

la presencia del rey y le dijeron: “Hemos arrojado al niño a los lobos más feroces en el bosque, y seguramente es el fin del niño”.

Cuando los padres de Zarathustra volvieron, una vez más hallaron la cuna vacía. Buscaron, desesperadamente al niño, hasta que al final llegaron a la cueva de los lobos en el bosque. Dentro de esta cueva, Pourushaspa y Daghdú podían oír gruñir y aullar a los lobos. Temerosamente la madre se acercó. Allí estaba su niño Zarathustra jugando con dos cachorros de lobos. Él jalaba de sus colas y ellos lamían sus manos con sus pequeñas lenguas rojas. Dos lobos enormes viejos, el lobo y la loba, estaban sentados allí felices como si el muchacho fuera un miembro más de su familia.

Daghdú caminó dentro temblando, esperando en cualquier momento ser atacada por las bestias grandes. Pero ellas se sentaron tranquilamente, y cuando Daghdú tomó al niño y caminó hacia afuera, ellos no se movieron. Una vez más, Zarathustra fue devuelto a sus padres seguro y sano.

De nuevo las noticias de que Zarathustra estaba ileso llegó a oídos del Rey Duransarún. Él miró su mano derecha seca, que todavía no había sido vengada, y con su rostro adusto llamó a sus dos sirvientes. El malvado rey les dijo: ¡Han fallado de nuevo!. Hay un bebé desvalido, y ustedes dos no pueden deshacerse de él. Me enfureceré mucho con ustedes si no destruyen a este niño. Como bestias salvajes lo han adorado, quizás animales domados no sean tan piadosos. Vayan y vean que el niño sea pisoteado por alguna manada hasta morir”.

Los dos sirvientes se fueron, y una vez más tomaron al niño y lo llevaron lejos cuando sus padres esta-

ban afuera en los campos trabajando. Esta vez llevaron a Zarathustra a una senda estrecha donde cada tarde, una manada grande de ganado pasaba para beber de un río cercano. Los toros y vacas estaban acostumbrados a que ningún pastor fuera con ellos. Los hombres colocaron al niño en medio del sendero. Entonces volvieron donde el Rey Duransarún y le dijeron que nada en el mundo podría salvar al infante de las pisadas de las bestias.

Había sido un día caluroso. La manada había estado pastando fuera bajo el sol ardiente, y estaba muy sedienta. Ésta corría hacia abajo por la senda y el sonido de sus cascos parecía un trueno. Galopando delante del resto estaba un toro negro enorme -el más viejo y más fuerte de la manada-; pero cuando este enorme toro negro vio al pequeño bulto -el bebé que estaba en su camino- él se detuvo. El animal enorme dio un paso hacia delante y quedó de pie sobre el niño, así los otros toros y vacas tenían que abrirse paso a la derecha y a la izquierda.

El viejo toro estuvo de pie como una roca en un río, y el resto de la manada fluyó como olas, a un lado y al otro lado de él. Mientras los otros animales bebieron en el río, el toro se quedó y estuvo de pie en guardia sobre el bebé.

Los campesinos querían saber porqué el toro no estaba junto a la manada, y cuando fueron a ver, hallaron al bebé descansando, seguro y sano, entre las cuatro patas del animal. Sólo cuando el niño fue llevado lejos, el viejo toro bajó al río a beber.

Los padres de Zarathustra se dieron cuenta de que era el Rey Duransarún quien había tratado, una y otra vez, de matar a su niño. Así es que decidieron huir. En

secreto, una noche, ellos salieron de su hogar y viajaron fuera del país donde Duransarún, el sirviente de Ahriman, no tenía poder. Llegaron así a otra parte de Persia donde el Rey Vishtaspa gobernaba. Este rey no era malo; y allí nadie sabía ninguna cosa sobre el niño Zarathustra.

*La poderosa portadora de promesas,
La real aura etérea del sol,
Creada por Dios,
Veneramos en nuestro orar,
El aura que ha de pasarse
Al más victorioso de los salvadores
Y a los otros, sus apóstoles;
Ella que hace progresar el mundo,
Que le permite sobreponerse a vejez y muerte,
A descomposición y putrefacción,
Que ayuda a alcanzar vida eterna,
Eterna evolución, dominio en la volición,
Cuando resucitan los muertos,
Cuando viene el viviente vencedor de la muerte,
Y por virtud de la voluntad
El mundo es llevado adelante.*

EL HIJO DEL DIOS SOL

En la Ciudad de Uruk, los sacerdotes se encargaban de leer las estrellas y así podían saber qué es lo que iba a suceder. Un día los sacerdotes le dijeron al gobernante de la Ciudad de Uruk que su hija tendría un niño, y que este niño, en su momento, tomaría su reino y su vida. Pero el Rey era un hombre cruel, y decidió que había una manera fácil de prevenir todo esto. Si su hija nunca llegara a casarse, no tendría ni un niño y su trono estaría seguro.

Así es que ordenó que la pobre princesa sea encerrada en prisión en la cima de una torre alta. Por mucho tiempo la princesa se quedó sola en su prisión. Pero llegó un día, en que el Dios Sol bajó desde su trono en el cielo y vio a la doncella bella por una ventana de la torre, él se enamoró de la princesa y, en el momento que la luz del sol brilló dentro de la prisión, el Dios Sol cambió su forma en la de un joven guapo. Llegó a ser su marido, pero después de seis meses, el Dios Sol tenía que volver a su trono dorado en el cielo. La princesa estaba sola de nuevo, pero no estaba triste porque esperaba un bebé.

Llegado el momento, un niño nació de ella. La princesa era muy feliz y llamó a su hijo Gílgamesch. Pero el Rey de Uruk que quería saber cómo estaba su hija, subió las escaleras hasta llegar a la torre, abrió la puerta con la llave y entró. Cuando vio a su hija sosteniendo a un niño, su cara se enrojeció de furia y de odio. Él arrebató al niño de los brazos de su madre y lo tiró fuera por la ventana.

En ese momento, un gran águila se precipitó desde el cielo, cogió al niño y voló lejos. Un gran miedo comenzó a sentir el Rey de Uruk, pues ahora sabía que la profecía de los sacerdotes llegaría a ser verdadera.

El águila que había rescatado al niño, voló lejos de la Ciudad de Uruk. Por fin el gran pájaro aterrizó en un jardín, puso al bebé, suavemente, en el suelo y luego voló lejos. El campesino, dueño del jardín, encontró al pequeño muchacho y, como él y su esposa no tenían niños, estuvieron muy felices y cuidaron al niño como si fuese el suyo.

Pero la pareja pronto supo quién era el muchacho. El Rey de Uruk envió a sus soldados para hallar al niño que había tirado fuera por la ventana. Investigaron por el campo y preguntaron a todo el mundo si habían visto al bebé de la princesa. El campesino y su esposa pretendieron que el niño era el suyo propio, así el pequeño estuvo seguro.

Cuando Gílgamesch era lo bastante mayor, sus padres adoptivos le dijeron que no era su hijo y que tenía sangre real. Y cuando ellos le dijeron, cómo su cruel abuelo guardó a su madre encarcelada en una torre, el joven Gílgamesch juró que un día la pondría en libertad.

Él era alto y fuerte, más fuerte que cualquier otro hombre, y las personas podían percibir cuando lo veían, que él era más que un ser humano ordinario. Era el hijo del Dios Sol y tenía un cierto poder y majestad que hacía que la gente lo admirara. Así, cuando llamó a sus amigos campesinos y les dijo que iba a luchar contra el Rey de Uruk, ellos, voluntariamente, levantaron las armas y lo siguieron en su lucha.

Gílgamesch llevó a su ejército a la Ciudad de Uruk. Rodearon la ciudad y derribaron la entrada. Por tres años, la Ciudad de Uruk no cedió, y el rey y sus soldados luchaban contra el ejército de Gílgamesch. Pero al final, como no había nada de comida, los soldados se debilitaron y, en las calles de Uruk, hombres y mujeres lloraban de hambre. Entonces Gílgamesch y sus hombres rompieron la entrada de las murallas de la ciudad y la atacaron. El rey malo fue muerto por una flecha del arco de Gílgamesch, y sus soldados abandonaron sus armas y aclamaron a Gílgamesch como el nuevo Rey de Uruk. Con gran alegría, Gílgamesch subió los pasos de la torre a la prisión de su madre y la liberó.

Pero Gílgamesch no era un buen rey para la Ciudad de Uruk. Quería ser famoso como un gran constructor. Quería levantar paredes y torres tan poderosas para que la gente al mirarlas, por cientos de años, con temor digan: "Esto fue construido por el Gran Gílgamesch".

Para ello mandó a todos los hombres fornidos de Uruk a abandonar su trabajo, y a cambio tenían que hacer ladrillos y construir grandes paredes y torres elevadas. Inspectores con látigos caminaban entre los hombres y los azotaban cruelmente, sin que ellos mostraran cualquier señal de flojera. Grande era el dolor y la infelicidad en Uruk bajo el duro gobierno de Gílgamesch; y las personas oraban a los dioses por su ayuda.

Un día, un hombre, que había venido de las montañas, empezó a vivir fuera de las murallas de la ciudad. A tal hombre nadie lo había visto antes, era de gran altura, su cuerpo estaba cubierto con pelo como un animal, y su barba se alargaba hasta la cintura. Pero, extrañamente, los animales venían a este hombre salvaje sin

miedo, los pájaros volaban a su mano si él los llamaba. Los leones venían a él como si fuesen mansos perros y le obedecían; y aún el ciervo salvaje se acostaba a su lado. Por un buen tiempo, este hombre salvaje, que se llamaba Enkidú, vagaba por el campo fuera de la Ciudad de Uruk.

Gílgamesch, el Rey, nunca había encontrado a nadie que fuera igual en fuerza que él, y cuando oyó acerca del enorme Enkidú quiso encontrarlo. Con gran curiosidad se apartó de las verjas de la ciudad y halló al hombre salvaje. Lo desafió diciéndole: “Permíteme ver quién es el más fuerte. Si tú ganas, podrás ser el Rey de Uruk”. Enkidú aceptó el desafío, y los dos hombres fuertes empezaron a luchar con esfuerzo. Forzaron cada músculo, se movieron con esfuerzo y jalaban con toda su fuerza, y por un día entero y una noche entera, ellos forcejearon el uno contra el otro.

Cuando la mañana llegó, estaban ambos exhaustos y se dieron cuenta que ninguno de ellos podía ganar. Entonces Gílgamesch dijo: “Ahora he hallado a un hombre que es tan fuerte como yo lo soy, sé mi amigo y disfruta conmigo el poder que tengo como Rey de Uruk”. Desde ese día, Gílgamesch y Enkidú llegaron a ser como hermanos. Gobernaron la Ciudad de Uruk juntos. Enkidú, que parecía salvaje y era tan manso que los animales venían a él como amigos, cambió muchas cosas. Gracias a él, Gílgamesch llegó a ser gentil y generoso, y cesó de hacer trabajar como esclavos a los ciudadanos de Uruk.

En la tierra que Gílgamesch y Enkidú gobernaban, había un gran bosque donde un terrible monstruo llamado Khumbaba vivía. Nadie había ido nunca al bos-

que por miedo a encontrarse con este monstruo que tenía la cabeza de un cocodrilo y el cuerpo de una gran serpiente, y que también tenía garras como las de el león y su respiración quemaba como el fuego.

Los dos amigos decidieron que si iban juntos serían lo bastante fuertes como para derrotar a Khumbaba. Así Gílgamesch y Enkidú se enrumbaron hacia el gran bosque oscuro, donde ningún pájaro cantaba y donde ningún animal podía ser escuchado ni visto. Entonces vieron una cueva de la cual salía un hocico largo. Sobre el hocico, dos ojos ceñudos los miraban atentamente. Luego, el gran monstruo apareció por completo y se dirigió, apresuradamente, hacia ellos con las mandíbulas abiertas.

Como el monstruo alzó su pata para golpear a Gílgamesch, Enkidú le dio un terrible golpe con su palo. Khumbaba dio un grito horrible y se volvió sobre Enkidú, pero Gílgamesch le pegó duro en la cabeza también con su palo. Salvaje y con furia, Khumbaba volvió a atacar a Gílgamesch. Ahora Enkidú le golpeó de nuevo y le rompió la espina de la espalda. Cuando las mandíbulas de Khumbaba chasquearon salvajemente, Enkidú, rápidamente, saltó hacia un lado y Gílgamesch estrelló su palo con tal fuerza que aplastó la cabeza del monstruo.

Y así, los dos amigos hicieron juntos lo que un hombre solo no podía haber hecho. Ellos mataron al monstruo Khumbaba.

GÍLGAMESCH

*Él que vio todo hasta los confines de la Tierra,
Él que todo escuchó, que todo aprendió,
El hombre triste-alegre, Gílgamesch:
Él caminó lejos,
Con fatigas y angustias.
Dos terceras partes dios,
Una tercera parte hombre,
Nadie le iguala en su estatura,
El Dios del Sol a su mano el cetro confió.*

*Gílgamesch llora inconsolable, por su amigo,
Enkidú, pantera de la estepa.
“¿No he de morir yo también al igual que Enkidú?
El lamento ha entrado en mi corazón,
Me ha venido temor a la muerte;
Por esto recorro la estepa
Buscando los caminos del Sol”.*

(de una canción sobre Gílgamesch)

EL HECHIZO MÁGICO DE LA MÚSICA

Al principio, en el Antiguo Egipto, las personas todavía vivían en tribus pequeñas e iban de un lugar a otro, cazando animales salvajes. Existían a menudo desacuerdos entre las tribus, que llevaban a la guerra y al derramamiento de sangre.

Pero el Dios Ra, Dios del Sol, había pedido al Dios Osiris y a su esposa Isis, que tomaran forma humana y vivieran en la tierra. Un día, dos viajeros, un hombre y una mujer, ambos altos y majestuosos, llegaron donde estas personas de las tribus. Ellos hacían algo que nadie había visto u oído antes, el hombre jugaba con un pedazo de bambú con agujeros, y la mujer cantaba.

Por primera vez en el mundo, existía el sonido de la música. Era una música maravillosa hecha por dos seres divinos, por Osiris e Isis, y las personas primitivas escucharon con temor y maravilladas.

Osiris no llevaba armas, y nadie habría alzado la mano contra los extraños, porque con la música estaban como en un hechizo mágico. Osiris e Isis le hablaban a las personas, ellas escuchaban ávidamente a los extraños que parecían saber tanto. Ambos hablaban con tal sabiduría que la gente de las tribus se percató que ellos no eran seres humanos ordinarios.

En un determinado momento, una y luego otra tribu, solicitaron a Osiris y a Isis que sean su rey y su reina.

Así sucedió que Osiris e Isis gobernaron todas estas tribus. No hacía mucho tiempo que habían estado en gue-

rra el uno contra el otro, y ahora una nueva forma de vida empezaba. Las personas construían casas con ladrillos de barro, pero las construían encima de pequeñas colinas o de montones de tierra, para que no se inundara el pueblo cuando el río Nilo subía.

Osiris les mostró, no sólo cómo sembrar semillas de trigo y cebada para sus comidas, sino también cómo sembrar lino; y en su momento, Isis enseñaba a las personas cómo hilar y tejer el lino para hacer ropa. Así los hombres vestían una falda plisada en lino blanco y las mujeres llevaban un traje ajustado y largo, también hecho de lino blanco.

Pero la tierra no sólo era rica y fecunda por el Nilo, sino que Osiris les enseñaba a las personas a usarla; también les mostraba cómo hacer canales para regar sus campos, y así cuando el diluvio se había ido, y el Río Nilo fluía de nuevo en su cauce, el agua llegaba a través de los canales a los campos. De esta forma, la gente podía regar las plantas que habrían muerto por el fuerte calor del sol.

No sólo fue lo referente a las comidas y a la ropa que los Egipcios aprendieron del Rey Osiris. En la tierra pantanosa que existía en las ramas del Río Nilo, crecían unas plantas que se llamaban cañas o papiro. Estas cañas eran inútiles, hasta que el sabio Rey Osiris mostró a las personas qué se podía hacer si se cortaban los tallos. Primero se las despojaba de la capa exterior, en el interior se encontraba una capa fina que debía ser retirada cuidadosamente en tiras.

Estas tiras eran colocadas en una tabla de madera, una capa horizontalmente y la siguiente verticalmente. Luego, se vertía agua encima y entonces las capas

se pegaban y, al ser retiradas del bastidor de madera, quedaba una piel blanca y delgada. Cuando la piel se secaba, quedaba como una tosca hoja de papel. Este papel, hecho con pedazos de papiro, fue uno de los primeros papeles en el mundo.

Luego que el Rey Osiris había enseñado a su gente cómo hacer papel, les enseñó cómo escribir en él. Hizo tinta de hollín, mezclada con un poco de cola, que fue llamada "cola arábiga", y que se pegaba al papel. Luego, él escribió con una caña puntiaguda, pero la escritura que Osiris les enseñó a los Egipcios era una escritura pictórica, llamada jeroglíficos.

La vida primitiva de la gente de las tribus cambió después que oyeron la música que los dioses tocaron. Aprendieron a usar la tierra fecunda del Nilo para hacer crecer sus alimentos, y también aprendieron a tejer tela de lino blanca. Construyeron pueblos sobre montañas de tierra y excavaron canales para regar sus cosechas. También hicieron el papel y escribieron en él con una escritura sagrada y pictórica, llamada jeroglíficos.

Sucedió que Osiris tenía un hermano malo llamado Set, que también era un dios. Set envidiaba a Osiris por su sabiduría, lo odiaba por su bondad. Él sólo deseaba dañar a Osiris, así que asumió la forma de un ser humano para tratar de destruir el buen trabajo que hacía su hermano. Él llegó a ser un rey y gobernó sobre las tribus negras africanas.

Pero Set hizo a su pueblo salvaje y cruel, y muchas veces, el malvado hermano, llevaba a sus fieros guerreros contra Egipto, y ellos quemaban las cosechas y mataban pueblos enteros; pero cada vez el ejército de Osiris atacaba y echaba fuera a los invasores. Set se dió cuenta

que él era muy pequeño en fuerza, y pensó en una manera de vencer a Osiris por la astucia.

Un día, envió a un mensajero donde Osiris para decirle: "¿No somos hermanos?. Vivamos en paz y amistad de ahora en adelante. Preparemos un gran banquete y comamos y bebamos juntos para celebrar el fin de toda la batalla".

Osiris, por supuesto, creyó a su hermano y le invitó al palacio para la gran fiesta que marcaría el fin de la guerra. Y así Set llegó, acompañado de 72 de sus negros guerreros, y Osiris los recibió con agrado.

Isis, la reina, no confiaba en Set y le dijo a Osiris: "Tu hermano tiene un propósito por detrás. Por favor, no tomes parte de ese banquete". Pero Osiris le contestó: "Puede ser que mi hermano haya aprendido por fin que la paz es mejor que la guerra. Estoy muy feliz que él haya cambiado. Ciertamente sería un error de mi parte no celebrar en esta ocasión con él".

Cuando se iba haciendo más tarde, y el banquete había empezado en el gran salón del palacio, la Reina Isis fue a su cuarto a descansar. Ella no tomaría parte de una fiesta en la que estaba invitado el malvado Set. Pero ella no podía dormir, pues en su corazón sentía un gran peso, ya que estaba ansiosa y con miedo por su marido.

Entretanto, ya se había servido el banquete. Platos y más platos de comida selecta pasaban, y las bellas doncellas llenaban las copas de los de la corte y de los guerreros con vinos burbujeantes.

Juntos estaban Osiris y Set, pues se habían sentado próximos el uno al otro. Hacia el final de la fiesta, Set dijo: "Los artesanos de Egipto son famosos por su habi-

lidad, pero yo he traído algo de tierras lejanas que ningún artesano Egipcio puede igualar”. Fue a la esquina del salón, donde sus hombres habían colocado algo grande que estaba cubierto con una tela, la jaló y todo el mundo quedó sorprendido. Vieron que era un cajón de madera bellamente tallado, incrustado con dibujos extraños en oro y joyas brillantes.

La gran caja relucía como una vela encendida. Cuando todas las personas en el salón habían admirado el cajón, Set dijo: “Como ustedes pueden ver, el cajón es tan grande que un hombre puede acostarse fácilmente en él. Ahora, para celebrar esta fiesta de amistad y paz entre mi hermano Osiris y yo, daré este cajón bello como regalo a la persona que quepa en él mejor”. La corte entera se alegró cuando oyó que, un hombre después de otro subiría y se acostaría en él para ver quién cabía mejor en el cajón.

Pero muchos de ellos eran demasiado pequeños, así sus pies no tocaban el final; y los hombres que eran lo suficientemente largos, eran demasiado delgados. Todos habían probado excepto Osiris. “Ahora es tu turno, estimado hermano”, dijo Set con una sonrisa burlona. Osiris subió y se acostó en el cajón. Él quepó perfectamente como si se hubiera hecho bajo su medida. Pero en cuanto Osiris estuvo en el cajón, Set dio un grito feroz de triunfo y cerró de golpe la tapa. Cogió las amarras que ataban la tapa, y algunos de sus seguidores llegaron con martillos y clavos para asegurarse de que Osiris no escapara.

Entretanto, los guerreros de Set sacaron las armas que tenían escondidas debajo de sus ropas y cayeron encima de los palaciegos del Rey Osiris. Ellos fueron

tomados completamente de sorpresa, y en pocos momentos fueron muertos. Entonces Set gritó: "Al río con el cajón". Sus hombres, rápidamente, alzaron el cajón y lo llevaron al Nilo y lo arrojaron en él. En ese momento, una gran llama de luz salió del cajón. Esta duró sólo un momento y desapareció. El cajón fue llevado por las aguas del río hacia abajo.

La Reina Isis había caído en un sueño profundo, y tuvo sueños terribles. Estremecida se despertó, pero no pudo oír ningún ruido en el salón donde se realizaba el banquete. Entonces escuchó voces afuera, las voces venían del río. Ella corrió a la ventana, justo en ese momento, vio que el gran cajón era arrojado al Nilo por Set y sus hombres.

Cuando la reina vio la llama de luz, supo que el espíritu divino de Osiris había salido de su cuerpo. Isis se dio cuenta que el cajón era un ataúd con el cuerpo muerto de su marido Osiris. Ella supo entonces que en cualquier momento, Set y sus hombres vendrían por ella. Rápidamente, Isis habló unas palabras extrañas de un hechizo. Estaba diciendo todavía el hechizo, cuando Set y sus guerreros salvajes volvieron del río y atacaron el palacio. Pero cuando entraron a su cuarto, no vieron a ninguna reina. Ellos encontraron sólo una golondrina que levantó sus alas y voló fuera por la ventana abierta y desapareció en la oscuridad.

Esa misma noche, los guerreros negros de Set se diseminaron por todos lados de Egipto. Sin un rey ni una reina para conducirlos, los Egipcios no tenían corazón para resistir esta traición, y el malvado Set llegó a ser Amo y Rey de Egipto. Isis, la pobre Isis, fue en busca del cuerpo de su marido.

El Río Nilo había llevado el cajón lejos; y la Reina Isis, que había escapado de Set y de sus guerreros, comenzó a buscar el cuerpo de su marido. Por muchas semanas el ataúd flotó en las aguas del Río Nilo, pero el cuerpo dentro del ataúd no se había deteriorado como otros cuerpos humanos lo hacen; estaba como había estado a la hora de su muerte.

La Reina Isis tuvo que buscar el ataúd de su marido por mucho tiempo. Larga y cansada era la búsqueda, pues la corriente del Nilo había llevado el ataúd de su marido hasta el mar.

Por fin, en un país lejano llamado Fenicia, cerca de la Ciudad de Byblos, fue arrojado el ataúd. Era una noche tenebrosa cuando esto sucedió, y las olas eran tan altas como casas y chocaban en la orilla. Una ola grande arrojó el ataúd entre las ramas de un árbol que estaba flotando cerca del mar a orillas de Byblos. Por unos días, descansó entre esas ramas, pero por ser una caja pesada, resbaló hacia un tronco hueco.

Días más tarde, el Rey de la Ciudad de Byblos que caminaba a lo largo de la orilla, le dijo a los hombres que estaban con él: "Requiero un pilar nuevo de madera para elevar el tejado de mi palacio. Aquel tronco que es derecho servirá, ¡córtenlo y llévenlo al palacio!". Los hombres hicieron lo que les indicó el rey, pero nadie se dio cuenta de que había algo dentro del tronco pesado y hueco.

Y así, el tronco con el ataúd dentro de él, llegó a ser un pilar que ayudó a elevar el tejado del palacio del Rey de Byblos, en Fenicia. Poco después, la Reina Isis llegó cansada y exhausta a la Ciudad de Byblos. Una noche, soñó con el pilar de madera y vio que dentro de éste,

estaba el ataúd conteniendo el cuerpo de su marido Osiris. A la mañana próxima, ella pasó por el palacio del rey y vio el mismo pilar que había visto en sus sueños.

De cualquier modo, Isis no sabía realmente cómo conseguir el tronco del árbol ya que éste estaba siendo usado como apoyo del tejado del palacio. Pero sucedió que en ese momento, el pequeño hijo del Rey de Byblos cayó enfermo, y ninguno de los doctores podía curarlo. Día tras día pasaba, y sus padres, el rey y la reina, estaban desesperados.

Cuando Isis oyó que las personas en las calles hablaban de la enfermedad del niño, ella supo qué tenía que hacer. Fue al palacio, llegó ante el rey y ofreció curar a su hijo. El Rey de Byblos dijo: "Si puede curar a mi hijo, podrá tener todo el oro de mi tesorería, así como mi corona dorada, o cualquier cosa que usted desee."

Entonces Isis caminó al cuarto donde estaba recostado el pequeño muchacho. Su rostro estaba rojo por la fiebre, y sus ojos estaban cerrados. Cuando la diosa colocó su mano en la cabeza del niño, su cara tomó un color saludable y el muchacho abrió sus ojos y le sonrió. Al día siguiente, estaba corriendo con sus compañeros de juegos como si nunca hubiera estado enfermo. El rey estaba contento, pero se sorprendió mucho cuando Isis pidió como premio el pilar de madera en lugar de tesoros.

Entonces, la Reina Isis le dijo al Rey de Byblos quién estaba dentro y porqué quería el pilar. Cuando oyó su historia, el Rey dió órdenes de bajar el pilar y poner otro en su lugar. El ataúd, que estaba aún dentro del pilar, fue entregado a Isis. Y el pilar de madera fue colocado dentro de un templo, y fue tratado como algo sagrado por las personas de Byblos por cientos de años.

HIMNO AL NILO

*Veneración a tí, ¡Oh río, que brotas de la tierra!
y vienes para alimentar a Egipto,
tú que das de beber al desierto, donde no hay agua.*

*Es rocío tuyo que cae del cielo.
Eres tú quien dona los frutos
y quien es rico en alimento.*

*¡Oh Nilo que fluyes!
A tí te sacrificamos,
y para tí festejamos el sacrificio.
Tú das verdor, tú das verdor, ¡Oh Nilo!*

CÁNTICO AL SOL

*¡Oh Sol! Cuando surges resplandeciente al borde del cielo
Colmas en tu belleza país tras país.
Hermoso eres y majestuoso, exaltado sobre la Tierra.
Tu rastro es el día y la Verdad.
Tus rayos abrazan todo lo por tí creado
Y tu amor ha capturado todo cuanto existe.
¡Alabanza a tí, tú que surges del horizonte!
¡Oh alma -alma privada de vista- úrmate
Con la lumbre de la iniciación!
En medio de la noche en la Tierra vas a encontrar
Tu alma celeste, tu guía espiritual.
Sigue sus huellas, que él sea tu genio
Y quien guarda la llave oculta
De tus vidas pasadas, de tus vidas futuras.*

EL MÚSICO MARAVILLOSO

En el Norte de Grecia, donde las montañas se elevan desnudas y solitarias hasta las mismas nubes, y los leones y los tigres caminan en los claros más salvajes, un gran río baja hasta el mar canturreando en su camino.

En un valle de las montañas que atraviesa el río, había una extraña urna de mármol en lo alto de un pedestal de piedra, y los pastores del valle solían detenerse para mirarla admirados y contar a sus amigos de la ciudad la historia de aquel monumento.

Se decía que en la urna descansaban los huesos de Orfeo, el primer poeta y el músico más grande de todos los tiempos. Todavía cantaban los pastores algunas de sus canciones, aunque no lo hacían con mucha habilidad, y noche tras noche señalaban su arpa o lira que ahora luce entre las estrellas del firmamento.

“¿Pero es cierto que sus huesos están en la urna?”, preguntaban con cierta duda los habitantes de la ciudad.

“Así dicen – respondían los pastores – pero nunca nos atrevimos a mirar. Pues existe una profecía que dice que si el sol brilla sobre los huesos de Orfeo, un jabalí destruirá nuestra ciudad.”

Los de la ciudad rieron de esas palabras.

“Un jabalí no podría hacernos daño -dijeron- son feroces, pero no lo bastante grandes o fuertes para destruir nuestras murallas y casas de piedra.”

Y así se burlaban de los pastores y de la extraña urna de piedra.

“¡Orfeo!” –exclamaban- “No creemos que sus huesos estén en la urna, y en cuanto al poder mágico de sus canciones... bueno, esa es otra historia”.

Pero un día se les demostró que estaban equivocados y que eran muy necios, y lo comprobaron de un modo extraño y maravilloso.

Un joven pastor, fatigado de seguir a sus rebaños por las laderas de la montaña una calurosa mañana de verano, al mediodía, se acostó a dormir a la sombra del pedestal, con la cabeza apoyada en su base.

Durmió unos minutos serenamente, sin moverse. Pero al poco rato, aunque seguía dormido, comenzó a murmurar palabras y melodías. Los otros pastores se acercaron a él, sin saber si debían despertarlo o no, y también se acercaron algunas personas de la ciudad que estaban de visita en el Valle de Orfeo, murmurando entre sí, mientras se burlaban de los pastores y de su urna.

De pronto, el pastor dormido comenzó a cantar, y todos los que estaban a su alrededor guardaron silencio de inmediato y lo escucharon boquiabiertos, presos de un extraño sentimiento de asombro.

En su canto relató la extraña historia de Orfeo, el Músico Maravilloso. Cantó cómo había nacido Orfeo en los montes altos, sin que nadie supiera quiénes eran sus padres, ni quién le enseñó a tocar la lira de siete cuerdas ni quién le enseñó a cantar las primeras canciones y poemas de todos los tiempos; cómo Orfeo recorrió el mundo adquiriendo conocimientos y viendo cosas maravillosas, cómo viajó a una isla distante donde una gran serpiente montaba guardia junto a un árbol enorme del que colgaba el Vello de Oro que nadie podía robar... hasta que Orfeo la hizo dormir con su melodía más dulce.

Entonces Orfeo regresó a Grecia y recorrió los montes y los valles, consolando a los hombres en sus penas y en sus temores. Y su música era tan dulce y tan hermosa que los leones y los tigres salían de los bosques para seguirlo, los lobos se acurrucaban junto a él como perros y le lamían los pies; los jabalíes se sentaban y lo escuchaban hechizados, y los pájaros guardaban silencio asombrados cuando escuchaban sus canciones. Hasta las rocas frías de las laderas de la montaña se movían hechizadas por su música, y los árboles movían sus raíces y se reunían a su alrededor, mientras las flores crecían y se amontonaban para escucharle cantar, y los arroyos se detenían y olvidaban seguir su camino hasta el mar distante.

Todos los que conocían a Orfeo lo amaban, pero él no respondió al amor de nadie, hasta que encontró a la encantadora Eurídice y cantó para ella el primer Himno de Bodas cuando los pastores y las pastoras de Grecia se reunieron en la fiesta de casamiento, mientras las hadas del bosque y las montañas se acercaban para atender su canto.

Orfeo y Eurídice vivieron muy felices un tiempo en aquel mundo dorado del verano, donde la música y las hermosas canciones del Músico Maravilloso parecían disipar todas las preocupaciones.

Pero un día, Eurídice recorría sola el valle fértil recogiendo flores, cuando de pronto se encontró con un pastor extraño y salvaje, que había llegado de la distante Isla de Sicilia para enseñar al pueblo de Grecia a hacer queso, y para aprender a cambio cómo hacer vino. Aquella mañana, después de haber probado la noche anterior su primera copa de vino -y había probado de-

masiado- vagaba tambaleándose por el valle, y Eurídice pensó que debía ser un sátiro o un ladrón.

Entonces se volvió lanzando un grito de terror, y se echó a correr ladera abajo hasta donde Orfeo estaba tocando la lira mientras componía una nueva canción. En su carrera, Eurídice tuvo la desgracia de pisar la cola de una serpiente que dormía en el pasto, la que despertó de pronto y la picó con su colmillo venenoso en el tobillo.

Sollozando de dolor, Eurídice cayó junto a Orfeo y un momento después murió. Con el corazón destrozado por la muerte de su esposa, Orfeo se quedó sólo para cantar una melodía Himno Funerario en el entierro de Eurídice, y después recorrió toda Grecia. Los árboles inclinaban sus ramas y lloraban cuando él pasaba tocando tristemente la lira.

Sin embargo, no viajó sin rumbo; sabía muy bien a donde se dirigía y al fin llegó a una oscura caverna abierta en una grieta negra y solitaria, en las rocas que ningún pájaro sobrevolaba. Era la misma caverna por la cual pasó Psiquis en su viaje hasta la Tierra de los Muertos, y esa era la idea que se le había ocurrido a Orfeo para recobrar a su esposa. Y si no regresaba de la Tierra de los Muertos, eso no tenía importancia para él, pues no valía la pena vivir sin Eurídice.

Bajó Orfeo a las sombras, tocando la lira y cantando como sólo él sabía hacerlo, y los murciélagos que colgaban en el techo de la cueva lo siguieron en una procesión interminable.

A veces caminaba en la oscuridad, a veces una luz verdosa parecía emanar de las rocas para mostrarle el

camino retorcido, el laberinto de pasajes y las grandes grietas del suelo irregular.

Al cabo llegó a la penumbra triste y gris del Averno, y al poco rato se acercó al Río de la Muerte donde el Gris Barquero de los Muertos aguardaba para cruzar los espíritus de quienes habían recibido adecuada sepultura con la moneda de cobre bajo la lengua.

“¡Nadie pasa por aquí a menos que pague el pasaje!”, exclamó de mal modo. “¡Y los vivos que vienen por aquí lo hacen con riesgo de muerte!”

Orfeo no le respondió una palabra; echó la cabeza hacia atrás y cantó con mucha dulzura, mientras sus dedos se deslizaban por las cuerdas de la lira.

El Barquero Gris nunca había oído música antes, y lo escuchó como en un trance. Entonces, cuando Orfeo avanzó, sin dejar de cantar acompañándose con la lira, le hizo un lugar en la Barca de los Muertos y lo cruzó sin cobrarle pasaje.

En la orilla opuesta, Orfeo siguió su camino sin volverse a ningún lado, y sin detenerse ante nada ni ante nadie. Siempre tocaba la lira y cantaba las canciones que ninguna voz humana pudo jamás igualar.

Así llegó al Palacio de la Muerte, y al llegar a la entrada el gran perro de tres cabezas que guarda a los muertos se precipitó gruñendo contra él, mientras las víboras de su melena silbaban muy fuerte y goteaba el veneno de sus colmillos repletos.

Orfeo se detuvo y deslizó los dedos por las cuerdas de la lira, mientras su canción cambiaba a una melodía aguda y penetrante. Entonces el perro de tres cabezas se sentó, echó hacia atrás éstas y aulló deleitado, mientras Orfeo pasaba a su lado sin el menor inconveniente.

Entró en el Palacio de la Muerte hasta llegar al trono negro del Rey y la Reina de los Muertos.

El Músico Maravilloso cantó entonces su melodía más dulce, y tocó la lira hasta que los más perversos abandonaron un momento sus castigos interminables para escucharlo. El cruel rey Sísifo dejó de empujar la roca hasta lo alto del monte, el sediento Tántalo olvidó inclinarse hasta el agua que siempre se alejaba cuando acercaba los labios y muchos olvidaron sus penas y descansaron un momento de sus tareas inacabables, mientras Orfeo cantaba y tocaba la lira.

La Reina de los Muertos apoyó la cabeza en la mano y lloró. Y cuando al fin Orfeo dejó la lira y se arrodilló ante ellos, el Rey de las Sombras le dijo con voz fría y lenta:

-Músico Maravilloso, nunca se habían oído estos sonos en esta tierra sin alegría, ni volverán a oírse. Pero por tu osadía y tu gran amor, y también por la gran dulzura de tu música, te concederé un pedido: aunque nunca se permitió antes que el alma de un mortal regresara a la tierra a pedido de un hombre mortal, vuélvete y regresa por el mismo camino que viniste, tocando y cantando para ganarte el permiso de salir de mi reino. Eurídice te seguirá hasta el mundo de la vida. Pero no debes mirar atrás para ver si te sigue; no debes detenerte en el camino hasta que llegues otra vez a posarte donde brilla el sol, pues si lo haces, perderás a Eurídice para siempre.

Entonces Orfeo se puso de pie, agradeció al Señor de la Muerte y a su pálida reina, y emprendió el regreso. Pero al volverse vio una sombra gris que avanzaba lentamente como para seguirlo.

Salió del palacio y su música volvió a dominar al perro de tres cabezas, y el Barquero Gris lo llevó otra vez hasta la orilla del Río de la Muerte sin pedirle el pasaje. Entonces comenzó a subir por el túnel largo y retorcido que daba vueltas y más vueltas, siempre en la oscuridad o iluminado apenas por la pálida luz verdosa, junto a las piedras agudas, subiendo la pendiente, hasta que se sintió casi agotado.

Al cabo vio un pálido resplandor de verdadera luz, y con un grito de alivio se esforzó por subir.

Al poco rato, alcanzó a ver la boca de la caverna y las hojas verdes y las ramas de los árboles que brillaban con los rayos del sol. Pero el camino había sido largo y difícil. ¿Y si Eurídice no hubiera podido seguirlo? ¿O hubiera caído en algún precipicio entre las rocas? ¿Si no hubiera pasado siquiera el Río de la Muerte?.

Preso de pánico, Orfeo se volvió y miró a sus espaldas. Y allí vio a Eurídice, pálida y hermosa, y le extendió los brazos con un grito de alegría. Pero al hacerlo, advirtió que manos invisibles le arrebataban a Eurídice y la hundían en la caverna donde pareció disolverse en una sombra fantasmagórica; después desapareció. Y su voz murmuró en la oscuridad, como un suspiro del viento: ¡Adiós! ¡Adiós!.

Fuera de sí de dolor, maldiciéndose por su ansiedad al olvidar la condición del Rey de los Muertos, Orfeo corrió a tropezones en la oscuridad tras su perdida Eurídice, hasta que llegó nuevamente al Río de la Muerte.

Pero el Barquero Gris no quiso cruzarlo a pesar de las dulcísimas canciones que entonó, y más allá del río estaba el perro de tres cabezas, que ladraba y gruñía con todos sus colmillos dispuesto a morderlo.

Desesperado, Orfeo se volvió por fin y se abrió camino hasta la luz del día. Pero tenía el corazón destrozado y desde entonces erró por los bosques y por las montañas solitarias. Y cuando se detenía para tocar, las bestias y los pájaros se amontonaban a su alrededor para escucharlo, y hasta los árboles y las piedras se movían de sus lugares para escuchar las melodías tristes y dulces del Músico Maravilloso.

Así cantó el pastor durmiente la vida de Orfeo, mientras descansaba con la cabeza apoyada en la base del pedestal que sostenía la urna donde estaban los huesos del Músico Maravilloso; y los pastores y la gente de la ciudad se acercaron cada vez más para escuchar el prodigio.

Y el pastor siguió cantando en sueños, para decir que Orfeo erró por esos mismos bosques, sin amar a ninguna de las mujeres que poblaba los montes en aquella época, pues seguía enamorado de Eurídice y sólo a ella le era fiel.

En su canto dijo que, al final las mujeres enloquecieron de celos y mataron a Orfeo con sus propias manos, destrozaron su cuerpo y arrojaron la cabeza al mismo río que canturreaba junto a ellos en su camino hasta el mar.

Dijo que las mujeres se arrepintieron de lo que habían hecho cuando era demasiado tarde, dijo que huyeron por las montañas hasta el valle vecino, y trataron de lavar la sangre en el río que corría allí. Pero el río, que también había amado a Orfeo se alejó horrorizado de sus manos manchadas de sangre y se hundió bajo la tierra allí mismo, para surgir sólo cuatro millas más allá como podía verse hasta ese día.

También contó que las mujeres se quedaron inmóviles de vergüenza y horror, echaron raíces y crecieron, pues se convirtieron en árboles; dijo que la cabeza de Orfeo flotó río abajo hasta el mar, sin dejar de cantar en su camino, y después fue arrastrada hasta una isla famosa en épocas posteriores por sus poetas y cantantes; y dijo que los huesos habían sido colocados en aquella misma urna donde descansaba su cabeza.

Mientras el pastor dormido terminaba su canto de Orfeo, los hombres y las mujeres de la ciudad se acercaron más a él, y en su afán derribaron el pedestal, de modo que la urna cayó al suelo y se rompió.

Después, cuando el pastor despertó y se puso de pie para ver qué ocurría –pues no recordaba nada de lo que había cantado en sueños– uno de los pastores más viejos exclamó:

“¡Miren! ¡La urna se ha roto y los huesos de Orfeo están desparramados en el suelo!”

“¡Sí!” agregó otro pastor- “¡y el sol brilla sobre ellos!”

Al poco rato, los de la ciudad regresaron a sus casas, murmurando que era una tontería suponer que un jabalí sería capaz de destruir su pueblo; pero así mismo sentían cierto temor.

Y aquella noche se produjo una terrible tormenta de truenos en lo alto de la montaña, cayó un fuerte chaparrón y las aguas del pequeño río llamado Jabalí salieron de su cauce y bajaron en torrente desde las montañas y barrieron aquella ciudad, de modo que a la mañana siguiente no quedaba piedra sobre piedra.

Pero los pastores enterraron los huesos de Orfeo en su valle, y cerca de su tumba los ruiseñores cantaban con más dulzura, que en cualquier otra parte del mundo.

HIMNO A ZEUS

*Zeus era el primero y es el último,
el que domina los relámpagos.
Primero creó la cabeza y el medio,
de él todo es creado.*

*Zeus es el fundamento de tierra y cielo con sus estrellas.
Zeus se hizo hombre en su forma.
Zeus es el aliento de todo.
Él obra en el fuego vivo.
También en la profundidad del mar,
en el rayo solar y en la luz de la luna.*

*Zeus es rey de todo.
Todo lo escondió en sí mismo
para después llevarlo a la luz del sol
de su sagrado pecho,
obrando lo que es digno de pensarlo.*

EL PRÍNCIPE Y EL CABALLO ALADO

Cuando la tierra de Grecia estaba turbada por extraños monstruos y hombres salvajes, vivió un príncipe llamado Belerofonte, quien, aunque era honesto y valeroso, tenía un carácter violento e ingobernable.

Siendo muy joven mató a su propio hermano en un arranque de furia. Y aún cuando no había tenido otra intención que desmayarlo, fue acusado de homicidio y lo desterraron de su país.

Así fue como recorrió toda Grecia, en busca de aventuras como correspondía a un príncipe, hasta que por fin llegó al palacio del Rey de Argos cuyas hijas se habían visto atacadas por la extraña locura de creerse vacas.

El príncipe Belerofonte fue recibido amablemente por el rey y pasó muchos días como huésped en el palacio. Pero, cuando la reina vio a aquel joven tan gallardo, se enamoró profundamente de él.

Un día en que el rey estaba cazando, la reina se acercó a Belerofonte y le dijo: "Noble príncipe, no puedo vivir sin tí, pues te amo más que a nadie en el mundo. Huyamos juntos a cualquier reino distante donde el rey, mi esposo, no pueda encontrarnos y allí podamos casarnos. Huyamos ahora, mientras está de caza, y nos llevaremos todas las riquezas que podamos."

Belerofonte se horrorizó y respondió furioso: "Jamás pensé que una mujer pudiera ser tan perversa, menos aún una reina. Lo que pide es tan vergonzoso que si lo hiciéramos ninguna persona decente querría dirigirnos

la palabra. Aunque te amara, no podría hacer algo tan malo como huir con la esposa del hombre que me recibió como huésped. ¡Pero ahora, creo que te odio!”.

Con estas palabras Belerofonte salió furioso del palacio, y no regresó hasta muy entrada la noche, cuando estaba más sereno.

Pero la reina sintió que su amor se trocaba en odio, pues la invadió el temor de que Belerofonte revelara al rey lo que ella había querido hacer, después de lo cual el rey la castigaría con la muerte.

Por eso aquella noche, cuando su marido regresó de la cacería, la reina lo estaba aguardando con los ojos llenos de lágrimas, oscurecidos por el miedo y el horror. “¡Oh, mi querido esposo!”, sollozó. “¡Ha ocurrido algo espantoso!. Nuestro huésped, el príncipe Belerofonte es un hombre perverso, se acercó a mí mientras estabas cazando, y me rogó que huyera con él y que nos lleváramos todos los tesoros y las joyas. Naturalmente, lo rechacé horrorizada... y entonces él juró que reuniría un grupo de salvajes para raptarme y llevarse además todos tus tesoros. Por eso te suplico que lo mates... mátalos enseguida, antes de que sucedan estos males.”.

Cuando oyó eso, el rey se encolerizó y sintió el impulso de apresar a Belerofonte y hacerlo apedrear hasta morir. Pero después pensó: “No, a pesar de todo lo que trató de hacer, el príncipe es mi huésped, y matar a un huésped es una acción perversa, castigada por los dioses.. Pero otro puede matarlo... Sí, naturalmente, la persona indicada es mi suegro, el Rey de Licia.”.

Al día siguiente, el Príncipe Belerofonte se presentó ante el rey y le dijo: “Señor, te agradezco tu hospitali-

dad. Pero ahora debo seguir mi camino en busca de aventuras, pues no creo que aquí pueda hacer fortuna.”.

El rey respondió: “Tienes razón, aquí no es posible hacer fortuna. Pero si vas a las tierras de mi amigo, el Rey de Licia, estoy seguro de que él podrá ayudarte a ganar lo que mereces. Aquí tienes una carta para él, entrégasela y él te dará la bienvenida.”.

El príncipe partió y recorrió mares y tierras hasta que llegó a Licia. Allí supo que el rey estaba visitando una parte distante de su reino, pero su hija la hermosa princesa, lo recibió amablemente y lo agasajó durante nueve días.

Al décimo día regresó el rey y Belerofonte le entregó la carta. Cuando la abrió, el rey se horrorizó al leer:

“El príncipe que lleva esta carta es un villano. Trató de raptar a mi esposa, tu hija mayor. Por favor, mátalos”

El Rey de Licia sintió la misma turbación que el Rey de Argos, pues el Príncipe Belerofonte había comido su pan y su sal, de modo que ya era un huésped protegido por los ritos sagrados de la hospitalidad.

Pero al cabo le dijo: “Príncipe Belerofonte, mi yerno me dice que eres un príncipe sin legado, y que buscas fortuna. Si demuestras ser digno, te casarás con mi hija y serás Rey de Licia cuando yo muera.”.

Belerofonte se alegró muchísimo ante ese ofrecimiento.

“¡Dime qué debo hacer!”- exclamó lleno de ansiedad- “Ya estoy enamorado de tu hermosa hija, la princesa que me agasajó con tanta amabilidad, ningún trabajo será demasiado pesado, ningún peligro será demasiado grande para ganar ese premio.”.

“Me alegro de oírte hablar así”, dijo el rey sombríamente. “ Porque ni siquiera puedo pensar en tí como yerno hasta que hayas matado a la Quimera.”.

Este era un monstruo terrible con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón. Arrojava llamas por una segunda boca que tenía en medio del vientre, y había destruido ejércitos enteros enviados para matarlo.

Parecía un tarea imposible, y el príncipe Belerofonte se alejó desesperado sin saber a quién dirigirse en busca de ayuda o consejo.

Después de muchos, muchos días, llegó a la isla donde vivía el Adivino Poliduo, y le imploró que le dijera cómo podía vencer a la Quimera.

“Hijo mío”, dijo solemnemente Poliduo. “No hay un solo hombre que camine sobre la tierra que pueda acercarse a la Quimera y conservar la vida, ni tampoco ningún ser de cuatro patas.”.

“Caramba”, exclamó descorazonado Belerofonte. “Entonces sólo las aves pueden acercarse a ella, y no hay ninguna bastante fuerte para que yo la monte”.

“No existe tal ave”, dijo Poliduo. “Pero está el caballo alado, un gran corcel blanco que vive en lo alto de la montaña mágica, donde tienen su morada las nueve hadas cantoras llamadas Las Musas. Únicamente si puedes apresar y montar el caballo alado, que se llama Pegaso, podrás vencer a la Quimera. Y aún así, debes recordar que no existe arma alguna que pueda llegarle al corazón.”.

Así fue como el Príncipe Belerofonte navegó hasta Grecia y a su tiempo llegó a la montaña sagrada, donde encontró a las hadas cantoras sentadas en torno a una fuente en forma de media luna que Pegaso había abierto con un certero golpe de pata.

Recibieron afablemente a Belerofonte; pero cuando el príncipe les dijo cuál era el motivo de su viaje, sacudieron todas la cabeza y lo miraron gravemente.

“Pegaso, el caballo alado, viene a beber en esta fuente”, le dijeron. “Pero ningún mortal puede montarlo, ni conocemos nosotras encantamiento alguno para apresararlo, pues es la criatura más veloz que pisa la tierra y la más rauda de cuantas vuelan en el cielo.”

Belerofonte se sintió desesperado. Pero a pesar de todo, aquella noche se tendió junto a la fuente mágica, escondido entre las hierbas y las flores, decidido a mantenerse despierto para apresar a Pegaso.

Con todo, a pesar de sus esfuerzos, de pronto quedó dormido, y tuvo un sueño. Soñó que despertaba mientras estaba tendido junto a la fuente, y que veía una forma resplandeciente que flotaba sobre él... como si fuera una gran reina con un escudo brillante en el brazo y un casco de oro en la cabeza. En la mano llevaba un freno de oro, que le entregaba con estas palabras:

-¿Duermes?. Tú algún día puedes ser Rey de Licia. Despierta, apróntate y toma esto que te entrego, el hechizo para domar tu corcel, que ningún otro podrá montar.

Entonces Belerofonte despertó de verdad, y al mirar a su alrededor vio algo que brillaba en el pasto junto a su mano: el freno de oro que había visto en sus sueños.

En cuanto lo tomó en sus manos oyó el susurro de alas poderosas que batían el aire, y el gran caballo alado descendió iluminado por la luna hasta quedar cerca del príncipe, relinchando y arqueando el pescuezo. Después, doblando las alas en los flancos, avanzó y hundió la nariz en las aguas plateadas de la fuente.

Con mucha cautela, Belerofonte se arrastró de rodillas hasta quedar bajo el cuello extendido. De pronto deslizó el bocado de oro en la boca abierta y poniendo-

se de pie pasó las riendas sobre las orejas blancas como la nieve, y con un rápido movimiento rodeó el cuello con la cadena de oro y la aseguró en su sitio. Entonces, mientras Pegaso agitaba la cabeza y bufaba, Belerofonte arrojó las riendas sobre la cabeza y saltó a su lomo.

En un momento se alejaron del suelo mientras volaban velozmente en la noche, muy por encima de las montañas negras y los mares profundos. El príncipe Belerofonte gritó de alegría ante ese vuelo magnífico, y Pegaso, su caballo alado, relinchó y agitó la cabeza.

Al amanecer, descendieron en lo alto de otro monte, sobre un istmo entre dos golfos del mar, y allí Pegaso volvió a golpear el suelo con la pata, y surgió otra fuente de la que bebieron él y su jinete. Después Belerofonte le quitó el bocado para que Pegaso pudiera pastar, y el gran caballo alado relinchó amistosamente y frotó la nariz contra el hombro de su jinete.

Ahora que ya tenía su corcel, el Príncipe Belerofonte partió en busca de la Quimera. Por fin la descubrió devastando valles fértiles, devorando las vacas y las ovejas y destruyendo con su aliento feroz todo lo que encontraba a su paso.

Mientras volaba muy alto sobre el monstruo, Belerofonte comenzó a arrojarle lanzas muy afiladas. Pero aunque lograba hierirla, no parecía causarle mayor daño, y sólo la enfurecía y aumentaba su poder de destrucción.

Rugiendo, la Quimera saltaba de aquí para allá, mientras lanzaba lenguas de fuego por la boca de cabra que tenía en el extremo de un cuello largo que surgía en medio de su espalda. Mientras descendía rápidamente mon-

tado en Pegaso, Belerofonte sintió el calor de ese aliento mortal y tuvo una idea.

Se remontó muy alto con Pegaso, y al poco rato regresó volando con la larga lanza asida firmemente en las dos manos, y en la punta del arma un gran trozo de plomo. Volvió a descender sobre la Quimera, y cuando el terrible monstruo abrió la boca de cabra para lanzar una gran lengua de fuego, Belerofonte dejó caer el trozo de plomo que penetró en la garganta de la Quimera.

Entonces el monstruo rugió y se retorció en el suelo, mientras se clavaba las pezuñas de león y de dragón, pues el trozo de plomo se le había derretido en la garganta ardiente, y el metal líquido se deslizó hasta sus entrañas, y allí encontró el camino hasta el corazón.

Entonces la Quimera se revolvió por última vez, y quedó inmóvil, muerta. Belerofonte regresó volando triunfante al Palacio del Rey de Licia, y reclamó su recompensa.

“De ningún modo”, replicó el rey. “Luchaste y venciste a un monstruo, pero ahora debes luchar contra un ejército. Hay una horda de hombres y mujeres salvajes que invadieron una zona distante de mi reino. Vé solo y derrótalo... entonces la princesa será tu esposa”.

Belerofonte fue hasta donde Pegaso lo aguardaba, y pronto voló sobre las montañas para atacar a las hordas salvajes. En el camino se detuvo junto a un río que había disminuído su curso hasta quedar convertido en un hilillo, debido a los fuertes calores. Allí llevó un talego de piedras que colocó delante de sí, sobre el cuello de su corcel, y partió otra vez.

Cuando llegó a sobrevolar el ejército de salvajes invasores, descendió y gritó a los jefes:

Belerofonte se presentó ante el rey y le preguntó muy enojado por qué lo había tratado de una manera tan falsa y vergonzosa. Como respuesta, el rey le entregó la carta del Rey de Argos, y cuando Belerofonte la leyó, comprendió lo que había hecho la reina perversa.

Entonces contó la verdad al Rey de Licia, y éste le pidió perdón; al día siguiente se realizó su boda con la hermosa princesa. Al poco tiempo, el viejo rey renunció al trono y Belerofonte reinó en su lugar.

Y aquí debió terminar con toda felicidad la historia de Belerofonte, pero al cabo de poco tiempo, se sintió tan orgulloso y tan seguro de su poder, que decidió castigar a la Reina de Argos por las mentiras que casi habían provocado su muerte.

“¡Ahora que tengo a Pegaso, puedo hacer cualquier cosa!”, dijo Belerofonte lleno de orgullo. “¡Hasta puedo volar al cielo!”.

Dejando de lado por el momento esa idea impía, se dirigió a Argos, a pesar de las lágrimas y los ruegos de su bellísima esposa. En cuanto llegó, se presentó secretamente a la reina, que en cuanto lo vio se sintió turbada y temerosa; pero también renació todo su amor perverso por aquel joven y gallardo rey.

“Reina mía”, dijo Belerofonte. “¿Me amas todavía?. Porque si es así, he venido a decirte que ahora sí que te amo. . . y que con mi caballo alado podremos huir con toda facilidad”. Entonces la reina se regocijó, y sin pensar ni en su esposo ni en sus hijos, montó en Pegaso, delante de Belerofonte, y partieron. Pero en cuanto estuvieron sobre el mar, Belerofonte gritó: “¡Vil mujer, te detesto y te desprecio, víbora del infierno, este es el castigo que mereces!”.

Y la arrojó de su caballo alado; la reina cayó al mar y se ahogó.

“¡Ahora soy tan poderoso como cualquier dios!”, exclamó Belerofonte lleno de orgullo. “¡Sí, soy un dios y ahora volaré al cielo!”.

Pero palabras tan necias como esas no podían quedar sin castigo, y cuando Belerofonte volaba sobre una montaña desolada, sopló una repentina ráfaga de viento que golpeó a Pegaso, él retrocedió de pronto en el aire, y arrojó a su desventurado jinete.

Pegaso continuó su vuelo triunfante en el cielo, pero Belerofonte cayó en un gran bosque espinoso y quedó ciego.

Entonces vagó por el desierto, solo, lisiado y ciego. Pero, un tiempo después, su hermosa reina, después de buscarlo por tierras y mares, lo encontró y lo curó hasta que recobró la salud. Y así pasó el resto de su vida, sereno y contento, humillado por su caída y sus infortunios, y agradecido por el amor y los cuidados de su esposa.

“¡Salid de este país, o moriréis en mis manos!”

Los salvajes levantaron la mirada; pero cuando vieron solo a un hombre, aunque montaba un caballo alado, lanzaron carcajadas y se burlaron de él, y trataron de atravesarlo con sus flechas.

Entonces Belerofonte habló con Pegaso, y subieron muy alto. Se remontaron cada vez más, hasta que los salvajes del ejército parecieron solo ratas o erizos que corrían allá abajo. Entonces Pegaso detuvo el vuelo, flotó en el aire, y Belerofonte comenzó a arrojar puñados de piedras de su talego. Y estaba tan alto, que hasta la piedrecilla más pequeña caía con tal velocidad cuando llegaba al suelo, que si golpeaba a un hombre, lo atravesaba y lo mataba.

Al poco rato, Belerofonte volvió a descender, y descubrió que muchos de sus enemigos habían muerto, mientras el resto había huido aterrorizado a su propio país.

“¡Y bien!”, exclamó al regresar a Licia, después de informar al rey que sus enemigos habían muerto o huido. “¡Ahora la hermosa princesa es mía!”

“De ningún modo”, respondió el rey. “Todavía tienes que cumplir otro trabajo antes de ganar tu recompensa. Hoy me han dicho que ha sido avistada una flota de buques piratas que navegan hacia aquí para atacar esta isla. Destruye a los piratas y mi hija será tuya”.

Una vez más Belerofonte montó en Pegaso. Pero esta vez llevó consigo la roca más grande que encontró. Después voló sobre el mar hasta que avistó a los buques piratas y arrojó la piedra sobre el primero. Le abrió una brecha enorme por la que entró el agua y el buque se hundió.

Belerofonte regresó a la tierra en busca de otra roca, y después de haber hundido tres buques, el resto viró y huyó para salvarse. “Ahora”, pensó Belerofonte, “mis tareas han terminado y podré reclamar a la princesa”.

Pero el rey temía que Belerofonte fuera verdaderamente el perverso aventurero que había dicho el Rey de Argos, y convocó a su ejército, apresuradamente, y se dispuso a matarlo. Cuando Belerofonte descubrió lo que intentaban hacer, se enfureció. Saltando sobre Pegaso, guió al corcel alado hasta el gran dique o banco de tierra que impedía que el mar invadiera las tierras bajas de Licia.

“¡Golpea, Pegaso, golpea!”, gritó, y el caballo alado resopló ferozmente y golpeó el suelo con sus poderosas patas, hasta que el dique se rompió y la marea creciente comenzó a inundar todo el país.

Belerofonte avanzó entre el agua, y el ejército de Licia se volvió y huyó. El mismo rey rogó al príncipe que salvara su tierra prometiéndole todo lo que quisiera; pero Belerofonte pareció no oírlo.

El rey estaba desesperado, pues creía que él y todo su pueblo perecerían ahogados. Pero la princesa reunió a todas las mujeres, quienes la siguieron para suplicar a Belerofonte que las salvara, junto con su pueblo. Cuando el príncipe las vio avanzar hacia él en el agua, con los vestidos atados a la cintura, y a su hermosa princesa a la cabeza del enorme grupo, Belerofonte se arrepintió de lo que había hecho. De inmediato hizo virar a Pegaso y voló hasta el dique, donde el gran caballo alado reparó el daño con unos cuantos golpes de su patas. Entonces no subió más agua, y la que había inundado las tierras se secó pronto y el país se salvó.

TESEO

*Muchos malvados venció Teseo, camino a Atenas:
A Peripeto el cruel, que mataba a los caminantes
Con su porra de hierro, con ésta misma abatió.
Luego a Sinnis mató, que solía buscar divertirse
Atando a dos pinos doblados sus víctimas desventurados:
En dos mitades partía a los pobres, soltando los pinos.
Dióle Teseo la misma suerte, vengando a todos.
Otro malvado, Skirón, él tenía la fea costumbre,
Viendo venir a una persona, ofrecerle un falso hospedaje:
Quién era chico, estiraba al tamaño de cama grandota
Hasta hacerlo expirar, y cama pequeña, en cambio,
Daba al grande, a quien cortaba lo que no cabía.
Pero Teseo amarró a Skirón a la cama pequeña
Y el perverso gigante pasó por el mismo martirio
Que este a tanto infeliz había hecho sufrir.
Donde llegaba Teseo, salvaba a los inocentes,
Erradicó con valor delitos y perversidades.*

LOS TRES DESEOS

Había una vez dos jóvenes hermanas que vivían en una cabaña junto a las montañas, donde el camino entre dos grandes ciudades pasaba de un valle al otro.

Una de ellas era una viuda con un niño pequeño; era una madre muy ansiosa, que siempre se preocupaba y temía que algo sucediera al niño antes de que llegara a ser hombre. Su hermana era muy distinta, era totalmente egoísta y codiciosa.

-¡Jamás me casaré, ni tendré niños que me llenen de preocupaciones!- decía a menudo- ¡Pero en cambio tendré montones de enamorados que me cubrirán de regalos con la esperanza de ganar mi amor!.

Una noche, mientras las dos hermanas preparaban la cena, se oyó un golpe en la puerta.

La segunda hermana corrió a abrir, pensando que sería uno de sus enamorados con un regalo. Sin embargo, entró un joven al que nunca habían visto.

¡Buenas noches, señoras! -dijo el extraño con una alegre sonrisa-. ¿Podéis brindar algo de comer a un pobre viajero, una copa de vino y un rincón tibio junto al fuego para pasar la noche?.

-Bueno, somos muy pobres... -comenzó a decir la hermana egoísta-.

Pero la otra la interrumpió:

-Naturalmente, podremos darte asilo esta noche, joven caballero, pero, por lo que más quieras, cierra la puerta o mi hijo morirá de frío y jamás llegará a tener barba.

-¡Oh, ya nos ocuparemos de eso!. Dijo el extraño lanzando una carcajada, y se puso a recorrer la casa con la inquietud del azogue.

Y aunque ninguna de las hermanas hizo esfuerzo alguno para servirlo, ni tampoco lo vieron servirse nada, el extraño tuvo una cena mejor que la de ellas, y dejó muy poco vino en el pellejo de las hermanas.

A la mañana siguiente, cuando las dos hermanas se levantaron fueron para ver a su huésped que con toda comodidad terminaba lo que les quedaba del pan de centeno y de miel.

-¡Salud, hermosas anfitrionas!, exclamó haciéndoles un guiño alegre. Y llevándose a los labios el único tazón de leche, lo vació de un trago, a pesar de sus exclamaciones de ira.

-¡Ladrón, pagarás por esto!, gritó la hermana mezquina. Conozco muchos jóvenes que te darán la paliza que mereces.

-¡Cómo puedes ser tan cruel!, gimió la otra hermana.

-¡Mi pobre hijito jamás llegará a tener barba si no bebe su leche todas las mañanas!

-¡Oh no temáis, mis queridas!, rió el extraño.

-¡Os recompensaré bien vuestra hospitalidad!. ¡La generosidad con que habéis tratado a un pobre viajero, dándole lo mejor que tenéis sin pensar en vosotras!

Mientras hablaba se puso a bailar por el cuarto, y su rostro comenzó a brillar de un modo extraño, y se hicieron visibles las alitas que tenía en los pies.

Las dos hermanas cayeron de rodillas, temerosas y emocionadas, al ver quién había sido su huésped. Pero el extraño les sonrió y les hizo un guiño travieso al decirles:

-¡Os concederé ahora mismo tres deseos! ¡Pedid por turno.. . nada es imposible para mí!.

Cuando oyeron eso, las dos hermanas quedaron casi mudas de emoción, y completamente aturcidas por su buena suerte.

-¡Oh, señor, señor!, jadeó la primera hermana, tratando de expresar el único deseo de su vida.

-¡Oh señor, deseo que mi hijo tenga barba!

-¡Concedido mi querida, concedido!- rió el magnífico extraño, e inclinó hacia la cuna la varita que tenía en la mano. Y en ese instante, en la barbilla y en las mejillas de la criatura comenzó a crecer una barba oscura, que se extendió en una masa cálida y le cubrió por completo.

La madre se estrujó las manos, mientras el niño lloraba a todo pulmón.

Pero la segunda hermana lanzó una carcajada y exclamó:

-¡Que tontería desear eso!. Yo pensé en algo verdaderamente sensato.. . que me convertirá en la mujer más rica del mundo!. Deseo que todo lo que toque adquiriera el largo de mis dos brazos extendidos!. ¡Entonces podré convertir una moneda de oro en un lingote, y a un bocado de pan en una gran hogaza!.

El extraño lanzó una alegre carcajada, tomó un puñado de polvo y lo sopló en su dirección diciendo:

-¡Así te lo concedo!

La hermana codiciosa estornudó cuando el polvo le rozó la cara y se frotó violentamente la nariz. Entonces extendió la mano para tomar una migaja de la mesa y comprobar su mágico poder. Pero al estirar la mano, también se le alargó la nariz, y en un momento le llegó a los pies.

La muchacha se sentó y lloró junto a su hermana, pues sabía que con una nariz de cinco pies de largo no se le acercaría ninguno de sus enamorados... aunque no se dieran cuenta de que su deseo fatal podía actuar sobre ellos también.

-Llevaté tus regalos, sollozó la hermana mayor, mientras el niño gritaba incómodo y la hermana codiciosa se sonaba la nariz de cinco pies con un ruido semejante al de una trompeta con sordina.

-¡No, no! -rió el extraño-. ¡Eso no puedo hacerlo! Pero queda un deseo que otorgo al niño... mi tercer anfitrión, ¡ja, ja!

-¡Para que nos sirva! -exclamó con desprecio la segunda hermana-.

Pero el niño lanzó un grito más fuerte que los anteriores, y al hacerlo la barba desapareció de pronto, lo mismo que la nariz de su tía.

-¡Veis! -exclamó el extraño-. El niño es el más inteligente de los tres. Estaba muy contento con las cosas como estaban y su único deseo fue que todo siguiera como antes. ¡Adiós!

Con eso salió corriendo de la casa, y al llegar a la puerta las dos hermanas lo vieron saltar al aire y correr por el cielo como un relámpago.

Pero su alegre risa pareció quedar con ellas; el niño farfulló feliz, y las mujeres olvidaron; una, sus preocupaciones; y la otra, su codicia; y los tres vivieron muy felices en la hermosa tierra encantada de Grecia.

RODOPÍS Y LA ZAPATILLA ROSADA

Había una vez una hermosa chiquilla con mejillas sonrosadas y suaves como una rosa, que fue robada de su hogar, en el Norte de Grecia, cuando era muy pequeña, y vendida como esclava más allá del mar.

Creció junto a muchas otras esclavas en la casa de un hombre muy rico, y cuando llegó a la juventud la llamaron Rodopís o “Rosa de la Chimenea” (tal vez porque floreció como una hermosa rosa en el rincón de la chimenea y entre las cenizas del hogar de su amo).

Cuando Rodopís era ya una hermosa muchacha de catorce o quince años, fue vendida a otro amo, y con pesar se despidió de los esclavos junto a los cuales había crecido. Uno de ellos era un hombrecillo muy feo llamado Esopo, el cual era siempre amable e inventaba cuentos y fábulas para contarle.

El nuevo amo de Rodopís se la llevó en un buque para venderla a buen precio en Egipto -donde siempre había demandas de muchachas griegas-. Pero aparentemente, Rodopís había nacido para ser afortunada, pues bien pronto la vio un rico mercader griego quien pensó que era demasiado hermosa para ser esclava de algún rudo capitán o soldado egipcio.

Así fue como la compró y le dio una hermosa casa, en cuyo centro había un jardín, además de esclavas para atenderla. Pero no se casó con ella, a pesar de que muchos amigos así lo creían, y contaban que el gran mercader había comprado en Egipto una esclava para convertirla en su esposa.

Este rumor llegó a la isla donde vivía la familia del mercader, y su hermana Safo, una poetisa cuyos poemas se hicieron famosos en el mundo entero, sintió celos y escribió muchos versos crueles sobre Rodopís.

Pero la muchacha vivía muy feliz en aquella casa tan grande con el hermosísimo jardín. Mientras Rodopís tomaba un baño, las esclavas le cuidaban su ropa, el cinturón, las zapatillas rosadas y el broche con el que sostenía el manto, de pronto bajó un águila del cielo y se apoderó de una de las zapatillas.

Las esclavas huyeron gritando a ocultarse entre los árboles y las flores, y Rodopís quedó inmóvil, a punto de salir del agua, y lo miró sorprendida.

El águila se elevó en el aire con sus alas poderosas, para desaparecer en la distancia con la zapatilla entre sus garras.

Entonces Rodopís lanzó un grito, pues creyó que ya no volvería a ver su hermosa zapatilla, y le pareció una ingratitud haber perdido algo que le había regalado el buen mercader.

El águila siguió volando por el cielo azul, y después descendió en el gran patio donde el rey estaba juzgando a su pueblo, y dejó caer la zapatilla rosada en su regazo.

La gente gritó sorprendida y el rey también se sintió asombrado. Después, cuando tomó la zapatilla y admiró su acabado y su belleza, pensó que la muchacha para cuyo pie había sido hecha, debía ser una de las más hermosas del mundo.

Con esa idea, envió mensajeros hacia los cuatro puntos cardinales para hallar a la muchacha cuyo pie calzara aquella zapatilla rosada, que él había hallado de un modo tan extraño. Y al cabo encontraron a Rodopís en

la casa del jardín grande, tan hermosa como las rosas que le habían dado nombre.

Rodopís sintió mucho miedo cuando los mensajeros le dijeron porqué habían ido a verla. Pero no pudo desobedecer y fue con ellos a ver al rey. Y él, cuando vio cuán hermosa y dulce era, se enamoró de ella; y pronto descubrió que, además era inteligente y buena.

Se casó con ella y la pequeña griega llamada “Rosa de la Chimenea” fue Reina de Egipto y vivió muy feliz.

LOS SEMEJANTES SE BUSCAN

*Una campana
brotó de la tierra
y temprano en fragancia
esparció por los alrededores.*

*Una abeja hacia ella vino
y libó de su campana.*

*Bien lo vemos
que fueron hechas
una para otra.*

(Göelte)

EL JOVEN QUE SE AMABA A SÍ MISMO

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, había un rey llamado Endimión, que era el más hermoso de todos los hombres. Reinó muchos años sobre su pueblo, tuvo cuatro hijos que crecieron en su palacio, hasta que un día fue de caza a las montañas y jamás volvieron a verlo.

Le sucedió algo muy extraño. Después de cazar todo el día, al llegar la noche, se encontró muy lejos de su palacio, cerca de la cumbre de una montaña solitaria. Como estaba muy cansado, se acostó en una cueva y se quedó dormido.

Mientras estaba allí, la Luna se hundió en el cielo, y al pasar sobre la montaña el Hada de la Luna vio al hermoso Endimión dormido en la cueva y se enamoró de él. Al inclinarse para besarlo, el rey se estremeció en sueños y despertó a medias, gimiendo de frío. Ella se retiró con rapidez, pero cuando Endimión volvió a quedar dormido, ella lo hechizó para que siguiera durmiendo para siempre, perfectamente feliz; y como estaba siempre dormido, se mantuvo siempre joven.

Así, noche tras noche, el Hada de la Luna fue a besar a Endimión preso del sueño mágico, y él permaneció allí tan hermoso como cuando ella lo vio por primera vez, y perfectamente feliz, pues no conoció el dolor ni tuvo ningún mal sueño. Pero sólo cuando la Luna estaba en eclipse, gemía un poco y se estremecía en su sueño.

A pesar de todo, el Hada de la Luna consideraba a Endimión su esposo, y tuvo muchas hermosas hijas pálidas que bailaban con ella al claro de luna.

Pero también tuvieron un hijo cuyo destino fue tan extraño como el de su padre, aunque más triste.

El niño se llamó Narciso y creció en los montes solitarios y en los valles encantados de la montaña donde su padre dormía. Allí lo cuidaron las Hadas de los Árboles y de las Cascadas, de los Prados y de los Valles, y fueron sus compañeras de juegos; y cuando se convirtió en un gallardo mancebo, todas se enamoraron de él y lo quisieron por esposo.

Pero Narciso era tan vanidoso y estaba tan satisfecho de sí mismo, que jamás dedicó un solo pensamiento a otro ser; todas lo atendían, y él se acostumbró tanto a sus atenciones que jamás pensó en agradecerse las.

Tampoco soñó siquiera que pudiera ocurrirle alguna desgracia, aunque una vez preguntó su futuro a un adivino. Pero sólo rió ante la respuesta, que fue muy extraña, pues decía:

-¡Únicamente llegarás a viejo si nunca te ves!.

De todas las que lo amaban, sólo una lo quería más que a nada en el mundo, y se llamaba Eco. Sobre ella había caído una maldición por charlar siempre y revelar secretos, por lo cual sólo podía repetir lo que otros habían dicho; y aún así, no podía recordar más que unas pocas palabras.

Largo tiempo erró Eco en los bosques y entre las rocas, espionando a Narciso; pero demasiado temerosa para dirigirle la palabra. Y él, naturalmente, estaba demasiado lleno de amor por sí mismo para advertir su presencia.

Un día, sin embargo, Narciso se internó en las montañas y Eco lo siguió escondiéndose como de costumbre entre los árboles y las rocas. No deseaba otra cosa que presentarse ante él y hablarle, pronunciar dulces palabras de amor y convencerlo de que fuera amable con ella. . pero sabía que no podía hacerlo, que no podía pronunciar una sola palabra si él no le hablaba primero.

Al poco rato, después de haber seguido a un ciervo hasta lo más profundo del valle, Narciso advirtió que hacía tiempo que no veía a una sola de sus compañeras y se sintió muy solo, pues no había nadie para atenderlo. Eso no le gustó, pues siempre debía haber alguien cerca de él para lisonjearlo.

-¿No hay nadie aquí? –gritó.

-¡Aquí! –respondió Eco al instante, llena de júbilo. Narciso no vio a nadie, y se sorprendió.

-¡Ven! –gritó.

-¡Ven! –respondió Eco.

El joven miró rápidamente hacia atrás, pero no vio a nadie.

-¿Porqué me evitas? – preguntó.

-¡Me evitas! – suspiró Eco.

Irritado, Narciso gritó:

-¡Tenemos que encontrarnos!

-¡Encontrarnos! – exclamó alegremente Eco; y salió corriendo de entre los árboles para arrojarse en sus brazos.

Pero Narciso estaba furioso, y se separó de ella bruscamente.

-¡Prefiero morir antes de que me des un beso! – gritó con desprecio. Se volvió y se alejó corriendo por el valle.

-¡Un beso! -sollozó la pobre Eco. Regresó a las rocas y se fue suspirando al valle solitario.

Allí languideció de amor, adelgazó cada vez más hasta desaparecer y quedó sólo su voz que todavía responde en tonos tristes y vacíos desde las rocas empinadas y las lagunas solitarias.

Así siguió viviendo Narciso, tan vanidoso y egoísta como antes, sin dedicar un solo pensamiento a la pobre Eco ni a nadie. Pero le aguardaba su castigo en aquella montaña mágica y le llegó cuando menos lo esperaba.

Otra vez se fue de caza y se separó de sus compañeros. Era un día muy caluroso, y se fatigó de tanto correr en la montaña detrás de los ciervos veloces. Al poco rato, llegó a un claro silencioso donde el sol rodaba hasta el musgo y el pasto blando, a través de las hojas de los árboles altos. En medio del claro, había una laguna de agua clara, tan pulida y brillante como la plata, que no había sido hallada por los pájaros, ni las ovejas ni las bestias salvajes, y en la cual no había caído jamás ni una hoja ni una flor, ni una ramita.

Cuando penetró en el claro, Narciso se estremeció de pronto, pues, aunque estaba despierto, le pareció caminar en sueños, pues una extraña pesadez cayó sobre él cuando lo rodeó la magia del lugar.

Se arrodilló junto a la laguna encantada, y al inclinarse para beber el agua quieta, vio un rostro hermoso en el agua. Nunca había visto algo tan bello, o así le pareció, y al mirar y mirar se enamoró de lo que veía.

-¡Hermosa criatura! – gritó en su locura- ¡Te amo! ¡Sé mía!

-¡Te amo! ¡Sé mía! – Sollozó la voz de Eco en lo alto de los montes que la rodeaban.

Narciso hundió los brazos en el lago para tomar la forma de su amor; pero al quebrar la quietud del agua, desapareció la hermosa visión. Retrocedió con un grito de desesperación.

-¡Perdido para siempre!

-¡Perdido para siempre! – Sollozó Eco acercándose.

Entonces el joven volvió a inclinarse, y otra vez el hermoso rostro lo miró cuando se agachó sobre el agua.

Muchas veces trató de tocar la esquiva imagen de su amor, y otras tantas tocó el agua, mientras el rostro desaparecía.

-¡Ay de mí! –gritó Narciso. ¿Porqué es el amor tan cruel?

-Amor tan cruel –susurró Eco.

-Soy el más desdichado de todos los amantes – sollozó Narciso. Nadie ha sufrido tanto como yo sufro por amor.

-Sufro por amor –repitió tristemente Eco.

-¿Qué perverso encantamiento nos separa? –continuó el pobre Narciso.

-¡Mi amor desea abrazarme tanto como yo deseo abrazar a mi amor!

-¡Deseo abrazar a mi amor! –gimió Eco.

-Extiendo los brazos, y los brazos de mi amor suben hasta mí. Y estamos tan cerca.

-Estamos tan cerca- se lamentó Eco.

-¡Pero el agua cruel se interpone entre nosotros y nunca puedo llegar a mi amor!

-No puedo llegar a mi amor – sollozó Eco.

Así Narciso permaneció junto a la laguna encantada, enamorado de su propia imagen, sin saber cuál era el

objeto de su amor. Cuando llegó la noche, allí quedó aguardando la mañana para ver nuevamente a su amor; y todo el día se inclinó sobre la laguna, enamorándose cada vez más de lo que veía.

Y así languideció, sin pensar en comer ni en beber, pues su único pensamiento era su pasión fatal. Y por fin murió murmurando:

-¡Adiós, dulce amor!

Y Eco, sollozando entre los árboles y las rocas detrás de él, murmuró:

-¡Adiós, dulce amor!

Pero cuando sus amigos encontraron el claro encantado y se acercaron a la laguna junto a la cual Narciso había muerto, no encontraron el menor rastro de él. En cambio creció en la orilla una nueva flor que nadie había visto antes, una flor blanca con un corazón sangrante que se inclinaba sobre el lago de plata y parecía suspirar cuando murmuraba el viento. Y en recuerdo de su amigo perdido, llamaron a aquella flor, Narciso.

EL HOMBRE QUE CAMINABA SOBRE EL MAR

Había una vez un pobre agricultor que vivía con su esposa junto al mar, cuidando sus abejas de la mañana a la noche, además de cuidar su pequeña granja.

Los dos envejecieron sin tener hijos; pero aunque ansiaban un niño, muy pocas veces estaban solos; porque, a pesar de ser tan pobres, nunca dejaban de atender a cualquier viajero que pasara por allí.

Una noche de invierno, cuando el viento aullaba y el mar golpeaba ferozmente la costa, llegó un viajero a su cabaña y lo recibieron. Era un hombre alto y extraño, con ojos que a veces parecían azules y a veces verdes; y cuando reía, su fuerte tono tenía el sonido del mar.

Aunque algo temerosos de él, hicieron todo lo posible para que el extraño huésped se sintiera cómodo y feliz; mataron el único buey joven que tenían para servir carne en la cena y abrieron el último pellejo de vino.

Esa noche, cedieron al huésped su única cama, y a la mañana siguiente, después de un desayuno de queso de cabra rociado con miel y vino tinto agrio, el viejo agricultor salió con él para acompañarlo parte del camino.

Cuando llegaron junto al mar, el extraño se volvió de pronto y preguntó al viejo:

- Anciano, ¿qué es lo que más deseas en el mundo?

- ¡Ay de mí! Suspiró el anciano. Lo que más deseo jamás podrá ser mío. Si tan sólo tuviéramos un hijo, conoceríamos la felicidad completa.

- Entonces, haz como te digo- contestó el extraño - y lograrás tu deseo. Toma la piel del buey que mataste para mi cena de ayer, cóselas y llénalas con agua del mar del lugar donde yo pose el pie al despedirme de tí. Dáselas a tu esposa y pídele que las coloque entre las cenizas tibias del hogar y que las guarde con todo cuidado. Ábrelas dentro de nueve meses y tendrás lo que tu corazón desea.

El agricultor quedó inmóvil, boquiabierto de sorpresa, pero el extraño se volvió y caminó hacia el mar. Se detuvo un momento en la orilla como si arrojara algo al agua, y después caminó sobre la superficie del mar como si fuera de hielo. A corta distancia de la tierra, surgió de la profundidad, una carroza tirada por caballos blancos; el extraño subió a ella y se volvió para despedirse. Por un momento el agricultor lo vio como a un gran rey, con una corona de oro en la cabellera oscura y un gran tridente del mismo metal en la mano en vez de cetro. Entonces la carroza se hundió en el mar y el agua se cerró suavemente sobre ella, como si allí no hubiera habido absolutamente nada.

Todavía boquiabierto de asombro, el agricultor corrió a su cabaña y contó a su esposa quién había sido su huésped y lo que le había dicho. Entonces se apresuraron a coser la piel del buey y la llevaron al borde del mar. En el lugar donde el extraño se había detenido antes de caminar sobre el agua, había una lagunita cuyas aguas no eran del mismo azul y verde del mar, y de ella sacaron líquido suficiente para llenar la piel. Después cosieron su preciosa carga, la sellaron con cera, y la escondieron entre las cenizas tibias junto a la gran chimenea de piedra.

Cuando se cumplieron los nueve meses, la vieja pareja desenterró ansiosamente la piel, cortó las costuras... y allí encontraron un niño recién nacido, que reía y agitaba las piernecitas. sano y feliz como ninguno.

Pasaron los años, y el niño se convirtió en un mancebo más alto, más fuerte y más gallardo que cualquier otro de las tierras vecinas. Lo llamaron Orión y se convirtió en un gran cazador cuyas flechas parecían no errar jamás el blanco, y cuyas lanzas llegaban al corazón de cualquier león u oso que lo atacara.

Orión era el único hombre en el mundo que tenía un don mágico, y era, el poder caminar sobre el mar como si fuera tierra firme. Cuando llegó a hombre, y murieron el viejo agricultor y su esposa, Orión partió a buscar fortuna.

Se fue por el mar, caminando alegremente entre las olas, como si fueran las depresiones y las salientes de una planicie grande y cubierta de pastos, hasta que por fin llegó a una isla montañosa.

Allí el rey lo recibió con todo afecto y lo agasajó muy bien, pues pensaba que un hombre que podía caminar sobre el mar debía tener sangre de hadas. Pero cuando Orión se enamoró de la hermosa princesa, su hija, cambió la opinión que tenía de su huésped, y comenzó a buscar algún medio de librarse de él.

En aquella época, la isla estaba invadida por bestias salvajes que bajaban de las empinadas montañas centrales y moraban en los valles profundos y solitarios, matando a los habitantes de los pueblos. De modo que, cuando Orión pidió la mano de la princesa, el rey le replicó:

- Como no eres príncipe, debes probarme que eres digno de la mano de mi hija... que es una princesa.

-¡Caramba! - Exclamó Orión- ¡Puedo caminar sobre el mar, y eso es mucho más de lo que cualquier príncipe puede hacer.

- Lo sé -dijo el rey- pero, perdona que te lo diga, ése es un don de las hadas, y no prueba nada de tí... salvo que eres un joven muy extraordinario. Debes probarme por algún acto de habilidad y valor que eres digno de ser mi yerno... Si fueras capaz de librar a la isla de todos esos leones, lobos y jabalíes feroces que se han convertido en una plaga, entonces podrías ganar la mano de mi hija.

-¡Eso es muy fácil!- exclamó Orión- La caza es mi mayor placer, y desde niño he tenido habilidad para manejar la lanza y el arco.

Así fue como día tras días subió a las montañas, y noche tras noche, regresó al palacio con las pieles o las cabezas de los animales que había matado. Y al cabo se presentó al rey y le dijo:

- Ya he limpiado tu isla de animales feroces. No encontrarás otro león, lobo u oso en ella. Ahora déjame casar con la princesa que amo.

Pero el rey no tenía intención de entregar su hija a un aventurero sin fortuna -aunque pudiera caminar sobre el mar- y le respondió:

- Verdaderamente, has demostrado ser un poderoso cazador. Pero, ¿estás seguro de que ningún oso o león se esconde todavía en alguna madriguera de los valles más lejanos?. Debemos aguardar un poco y comprobar que ninguno se ha salvado.

Así fue postergando a Orión día tras día. A veces le decía que había tenido noticias de que se había visto un oso en el otro extremo de la isla, y Orión tenía que par-

tir para buscarlo en vano. Otras veces era un lobo que había asustado a un chiquillo en una villa distante; y después que Orión había pasado días enteros buscándolo, el rey decía suavemente:

- Naturalmente, nunca se puede estar seguro con los niños. ¡Quizás esta vez no era más que un perro salvaje!.

Orión sintió crecer su inquietud y su enojo ante todas esas excusas y esas demoras. A veces, al regresar al palacio, bebía más vino del que le convenía.

Esto dio una idea al rey, y dispuso que algunos de sus compañeros más bebedores trabaran amistad con Orión y lo hicieran beber más cada noche, hasta que estuviera pronto para aceptar cualquier sugestión.

Así lo hicieron, hasta que una noche, en que el vino había sido más fuerte que de costumbre, Orión, ante la sugestión de sus falsos amigos, decidió no esperar más, y raptar a la princesa en ese mismo momento.

Forzó las puertas de su aposento, y estaba a punto de tomarla en sus brazos, cuando el rey y sus guardias -quienes habían sido avisados- irrumpieron en el aposento y lo apresaron.

-¡Así es como agradeces mi hospitalidad! -gritó el rey-. Siempre pensé que no eras mejor que un ladrón, y esto prueba que tenía razón. Hay un solo castigo para seres como tú... Guardias, tomad esas antorchas encendidas y encegueced a este villano. Después arrojadlo a la orilla del mar, donde lo encontramos... ¡Y que por el olfato encuentre su camino en el mar!.

Cuando se cumplió esa cruel sentencia, y los guardias, después de una o dos mofas de despedida, lo abandonaron en la costa; Orión se sentó en la arena

húmeda. Al principio, dolorido y desdichado deseó que el mar lo tragara, o que el rey lo hubiera matado.

Pero mientras estaba allí, el día se volvió tarde una vez más y la serenidad de la noche se cerró a su alrededor; y aunque ya no podía ver, podía oír con más claridad que antes. A través del murmullo del mar, en el silencio nocturno, le llegó un suave y distante retintín, como de acero golpeando contra acero.

Algo en aquel lejano sonido pareció despertar en él una débil esperanza. Por lo menos había un sonido, un sonido especial que llegaba de más allá del mar. ¿Qué sentido hubiera tenido caminar sin rumbo para alejarse de la isla? Pero en ese momento había algo hacia lo cual guiar sus pasos.

Al cabo, se levantó y caminó sobre el agua escuchando siempre aquel sonido distante para ir hasta él. Día y noche siguió su camino - pues el día y la noche eran lo mismo para él- hasta que por fin llegó a una gran isla en cuyo centro había un volcán.

En unas cuevas enormes que habían en la base del volcán, estaban trabajando gigantes con un solo ojo, que hundían y forjaban el hierro y el bronce. Era el ruido de sus martillos contra los yunques lo que Orión había oído y seguido a través del mar.

Los grandes herreros oscuros, que tenían un solo ojo en medio de la frente, recibieron al hombre extraño que podía caminar sobre el mar, lo alimentaron y lo cobijaron durante muchos días.

Al cabo de esos días, el Jefe de los Herreros le dijo:

- Orion, tu ceguera puede ser curada, y yo te ayudaré para que vuelvas a ver. Todo lo que debes hacer es caminar sobre el mar hasta que llegues al mismo amanecer.

cer; y cuando el alba brille clara y fresca en tus ojos, verás nuevamente.

- Pero. ¿Cómo voy a encontrar el camino hasta el Alba? -preguntó Orión-. El sonido de vuestros martillos me guió hasta aquí, pero el sol sale en silencio.

- Te prestaré un muchacho de mi forja para que te guíe -respondió el Jefe de los Herreros- y te conducirá hasta la misma fuente del día.

Una vez más, Orión partió sobre el mar, pero esta vez llevaba sobre los hombros a un chiquillo que le indicaba el camino.

Al principio, Orión tuvo dificultades en seguir las instrucciones de su guía:

- Tus palabras no me dicen nada -decía desesperado- ¡Lo mismo entendería una estaca a una piedra!

- Pero no pasó mucho tiempo hasta que lograron entenderse bastante bien, y Orión siguió caminando sobre el mar hasta que llegaron al lugar misterioso donde el sol sube del océano.

- Allí, Orión aguardó ansiosamente, y cuando el Alba llegó, recibió en los ojos los primeros rayos de la mañana, y pudo abrirlos nuevamente; y la gloria del amanecer lo deslumbró, de modo que el sol ya estaba muy alto cuando se le aclaró la vista.

Cuando pudo ver, Orión regresó por el mar hasta la isla donde trabajaban los gigantes de un solo ojo. Allí dejó al muchacho que lo había guiado y, después de agradecer al Jefe de los Herreros, se dirigió a la otra isla para castigar al rey que lo había cegado.

Pero el rey había mantenido una guardia en la costa desde que descubrió que Orión había abandonado su isla, de modo que cuando le dijeron que un hombre camina-

ba sobre el mar en aquella dirección, supo que debía ser Orión. Entonces se ocultó en un aposento subterráneo que había preparado: y estaba tan bien escondido que Orión no pudo encontrarlo y volvió al mar a buscarlo en otra isla.

Orión tampoco lo halló allí, y después de quedarse un tiempo, continuó sus viajes hasta que llegó a Grecia, donde fue de lugar en lugar cazando animales, con lo cual adquirió gran fama.

Pero al cabo, se enorgulleció tanto de su habilidad que se jactó de que no dejaría una sola bestia salvaje viva, puesto que ninguna podía escapar de sus flechas. En cuanto pronunció esa vana amenaza, salió un escorpión de una grieta del suelo y lo atacó. Orión luchó con él, primero con flechas y después con su espada. . . pero no logró herir al escorpión con ninguna de ellas.

Por fin se vio obligado a huir para salvar la vida, y marchó rápidamente por el mar hasta otra parte de Grecia, en la esperanza de que el escorpión no lo seguiría. Allí estuvo a salvo cierto tiempo, y allí conoció a siete hermosas doncellas del país de las hadas y se enamoró de todas, pues lo hechizaron; y su único pensamiento era seguir las a donde quiera que fuesen.

Las persiguió durante siete años, igual que a las bestias salvajes. Y durante siete años, ellas siempre estuvieron fuera de su alcance. Por fin las persiguió hasta una ensenada arenosa en la costa del mar, donde no parecía haber salida puesto que los acantilados eran muy altos y empinados.

- ¡Ahora os tengo!- gritó triunfante al correr hacia ellas. Pero cuando estaba a punto de apresar a la más cercana, ella y todas sus hermanas se convirtieron en

palomas y echaron a volar.

Orión se detuvo y las miró con desesperación. Y mientras estaba allí inmóvil, el escorpión, que lo había seguido por todas partes, surgió del mar detrás de él, y lo mordió, matándolo.

Pero las siete palomas subieron al cielo y se convirtieron en las siete estrellas llamadas las Pléyades; y Orión todavía las persigue en la noche; y todavía podemos ver al Escorpión que lo sigue.

EL ESTABLO

*Al llegar la medianoche
y al romper en llanto el Niño,
las cien bestias despertaron
y el establo se hizo vivo.*

*Bajó un buey su aliento al rostro
y se lo exhaló sin ruido,
y sus ojos fueron tiernos
como llenos de rocío.*

*Las paredes del establo
se cubrieron sin sentirlo
de faisanes, y de ocas,
y de gallos, y de mirlos.*

*Arreglábanle las pajas;
y el enjambre de los mirlos
era un velo palpitante
sobre el recién nacido...*

*Y José llegaba riendo
y acudir a la sin tino.
Y era como bosque al viento
el establo conmovido...*

*Y se fueron acercando,
y alargaron hasta el Niño
los cien cuellos anhelantes
como un bosque sacudido.*

*Una oveja lo frotaba,
contra su vellón suavísimo,
y las manos le lamían,
en cuclillas dos cabritos...*

*Los faisanes descendieron
y pasaban sobre el Niño
la gran cola de colores;
y las ocas de anchos picos.*

*Y la Virgen entre cuernos
y resuellos blanquecinos,
trastocada iba y venía
sin poder coger al Niño.*

(Gabriela Mistral)

LA HISTORIA DE UNA JARRA DE MIEL

Había una vez en la Isla de Creta, un principito que jugaba a la pelota en el gran palacio de su padre, el Rey. El palacio era tan grande y tenía tantos aposentos, torres, escaleras, sótanos y pasillos llenos de vueltas, que a veces lo llamaban el Laberinto. De modo que no era extraño que cuando el principito perdió la pelota en una escalera oscura y retorcida, y la siguió hasta los sótanos, se perdiera él también. Pero lo extraño fue que cuando se advirtió su ausencia, y todos los guardias y servidores del palacio fueron a buscarlo, ninguno pudiera encontrarlo.

Entonces el rey pidió la ayuda y el consejo de sus sabios más afamados, quienes después de celebrar consulta le dijeron:

- ¡Oh, Rey!, No podemos decirte adónde ha ido el príncipe. Pero se nos ocurrió esta respuesta: "Hoy ha nacido en tu tierra una criatura extraña y mágica; y el hombre que pueda decirte a qué se parece es quien puede encontrar al príncipe y devolvértelo". Ninguno de nosotros es capaz de resolver este acertijo; pero tal vez en la ciudad haya algún adivino que pueda hacerlo.

De inmediato el rey envió a sus heraldos por toda Creta, ofreciendo una gran recompensa a quien pudiera decir qué significaba esa extraña profecía. Nadie pudo hacerlo durante mucho tiempo, hasta que se presentó ante el rey un sabio de Grecia llamado Poliduo, el mismo que había indicado a Belerofonte el medio de encontrar al Caballo Alado.

-Señor Rey –dijo Poliduo- Tu acertijo es fácil de resolver. Hace poco que nació en tu reino un becerro que cambia de color durante el día. Por la mañana es blanco, rojo al mediodía y negro por la noche. Se parece más que nada a la morera: primero la ves blanca, después roja cuando las moras se forman y maduran; y, finalmente, negra, cuando las frutas están demasiado maduras y a punto de caer.

Entonces el rey consultó una vez más con los sabios, y todos estuvieron de acuerdo en afirmar que la extraña criatura era un becerro maravilloso y que nada se parecía tanto a él como la morera.

-Hasta aquí has estado acertado –dijo el rey a Poliduo-. Pero ahora tienes que encontrar al príncipe; pues el hombre que pudo resolver el acertijo del becerro es el único capaz de hacerlo.

Poliduo no pareció muy seguro de eso, pero no había manera de evitarlo. De modo que subió al techo del palacio para ver si los pájaros podían ayudarlo, pues eran sus amigos y a veces lo guiaban con señales, aunque no podía comprender su lenguaje.

Mientras estaba allí, tratando de llamar a los pájaros con la fuerza de su mente, vio que se acercaba una gran águila volando lenta y pesadamente hasta la costa, para posarse en una torre del palacio.

-Ah –dijo Poliduo- seguramente esto significa que el chico está en tierra firme. Si el águila hubiera volado alejándose de la tierra, querría decirme: “Lo que buscas en el mar está muerto”. Pero, puesto que abandona su refugio y el lugar donde encuentra su alimento y viene hasta la tierra, quiere decirme: “Lo que buscas no está en el mar”. Ahora debo registrar el palacio y ver si al-

gún otro pájaro quiere ayudarme.

Poliduo bajó al palacio y lo recorrió cierto tiempo. Pronto encontró una lechuza posada sobre la entrada de una bodega; y cuando la lechuza lo vio, se echó a volar delante de él hasta la bodega misma. Poliduo la siguió, y la encontró posada en el borde de una gran jarra, agitando las alas para alejar a las abejas.

En Creta, las jarras eran grandes como barriles y a veces más altas que un hombre; y ésta era una de las más grandes, y estaba llena hasta el borde de miel líquida.

En lo alto de la miel flotaba una pelota, y entonces Poliduo comprendió lo que había ocurrido. El principito había seguido a su pelota hasta la bodega; el juguete había rebotado y caído en la jarra, el niño había subido a buscarla y había caído dentro, ahogándose en la miel.

Poliduo fue a contar la triste nueva al rey. Sacaron el cuerpo del principito de la miel y lo colocaron en la tumba real, una bóveda cavada en la roca y ricamente decorada con oro.

-Y ahora -dijo el rey- has encontrado el cuerpo de mi hijo que estaba perdido. Pero además debes encontrar su alma, que también está perdida, y devolvérmela.

-¡Pero eso es imposible! -exclamó Poliduo indignado-. Y es ridículo esperar que un ser humano haga tal cosa.

-Imposible o no- respondió el rey con firmeza- Debes hacerlo o morir. Guardias, llevad a este sabio Poliduo a la tumba con mi hijo, y encerradlo allí, con la gran losa de piedra que cierra la entrada. Pero mantened una guardia fuera para dejar a los dos en libertad cuando mi hijo recobre la vida.

Cuando Poliduo fue conducido a la tumba subterránea, colocaron la losa en la entrada. El sabio se sentó junto al cuerpo y se dio a la desesperación.

Hora tras hora quedó sentado sin moverse, hasta que por fin oyó un sonido extraño, como de alguien que se arrastra. Al levantar la mirada, advirtió que sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra y vio que algo se movía lentamente en el suelo hacia el cuerpo del príncipe.

Poliduo siguió observando, y al poco rato comprendió que se trataba de una víbora que se arrastraba por la arena y la piedra hacia el lecho de oro donde reposaba el cuerpo.

Aunqu Poliduo sabía que no tenía salvación, y que era muy posible que muriera lentamente de hambre en la tumba, la vista de la víbora lo llenó de temor. De modo que tomó una piedra y la arrojó al animal con tan buena puntería que un momento después la víbora yacía muerta en el suelo.

Poliduo volvió a sentarse, y otra vez pasó el tiempo en el silencio pavoroso y sin esperanzas, hasta que de pronto volvió a oírse el mismo ruido de alguien que se arrastraba, y apareció otra víbora culebreando lentamente desde el extremo más alejado de la tumba.

Poliduo extendió la mano para tomar otra piedra, pero se contuvo.

-¡No! -pensó-, mejor morir rápidamente por la picadura de una víbora, que demorarse días enteros hasta morir de hambre-

De modo que se quedó inmóvil, aguardando lo que iba a ocurrir. Sin embargo, la segunda víbora no le prestó la menor atención, sino que se acercó directamente al cuerpo de su compañera. Cuando vio que estaba muer-

ta, se volvió y se alejó con rapidez; pero regresó al poco rato con la boca llena de una extraña hierba. La puso en la cara de la víbora muerta y pareció aguardar.

Lentamente volvió la vida al cuerpo de la serpiente muerta; primero movió la cola, después el cuerpo y por fin se volvió, sacudió la cabeza para quitarse la hierba, y se perdió en la oscuridad culebreando con su compañera, tan viva como la primera vez que la vio Poliduo.

Asombrado ante lo que había visto, Poliduo tomó la hierba mágica que había dejado la víbora, y la puso en el rostro del príncipe muerto. Después aguardó ansiosamente para ver qué sucedía; y el príncipe comenzó a respirar suavemente, y despertó como si hubiera estado dormido.

Lleno de alegría y de alivio, Poliduo empezó a gritar a los guardias para que lo dejaran salir de la tumba. Al principio no le prestaron atención, creyendo que Poliduo sólo les pedía clemencia.

-¡Grita tú también! -exclamó Poliduo; y el principito añadió su vocecita aguda a la grave de su compañero, hasta que los guardias enviaron un mensajero al rey, quien de inmediato acudió a la tumba.

-¡Sí! -dijo éste-. ¡Reconozco la voz de mi hijo!. Este es en verdad el hombre más sabio del mundo. Quitad la losa y dejadlos salir.

Todos se regocijaron cuando el principito recobró la vida, y el rey cubrió de regalos a Poliduo para recompensarlo, y mucha gente de Creta también le trajo presentes.

-Os agradezco a todos -dijo Poliduo- pero hay algo que deseo más que todos los tesoros, y es regresar a mi hogar en Grecia.

Sin embargo, el rey no se lo permitió.

-No podemos permitir que tanta sabiduría se vaya de nuestra isla –dijo-. Pero si enseñas todo lo que sabes al príncipe, que ya te debe tanto, entonces te enviaré a tu patria en un buque cargado de tesoros.

Aunque no quería hacerlo, Poliduo vio que no había otro remedio para lograr lo que quería. De modo que, se puso a trabajar y enseñó al príncipe todo lo que sabía y cómo predecir el futuro descifrando el significado del vuelo de los pájaros.

Al cabo, el príncipe fue tan sabio como su maestro, y cuando lo probó, el rey ordenó que alistaran un gran buque, lo cargó de tesoros, y fue al puerto a despedir a Poliduo.

El viento soplaba con fuerza hacia Grecia cuando se pronunciaron las últimas palabras de despedida. El rey y sus acompañantes ya habían bajado del buque cuando Poliduo se volvió para decir adiós al príncipe:

-Señor –dijo de pronto-. Hay algo mágico que no te he enseñado. Puedo mostrártelo, si haces exactamente lo que te digo. Bésame, y al hacerlo, escupe en mi boca. Después cierra la tuya, ve a la costa y no digas una palabra a nadie hasta que mi buque se pierda de vista.

El príncipe hizo lo que su sabio le indicó, y el buque se alejó conduciendo a Poliduo y a su tesoro por las olas danzadoras hasta Grecia, donde pasó una vejez feliz en aquella hermosa tierra.

Pero cuando el buque desapareció y el príncipe abrió la boca para explicar su extraño silencio, descubrió cuál era la última magia... ¡Había olvidado todo lo que le había enseñado Poliduo!.

LA HECHICERA CIRCE

Había una vez un rey que gobernaba en una pequeña ciudad de Grecia, y cuando todo el país fue conquistado, sólo su ciudad desafió al enemigo y jamás pudo ser tomada. Pues el destino del rey era lograr la victoria mientras viviera, y el rey no podía morir mientras en su cabellera dorada creciera un mechón de cabellos rojos.

Muy pocos conocían el hechizo que hacía al rey inmortal e inconquistable; pero su hija, la princesa Ercila, era una de las pocas personas a quien había sido confiado el secreto.

El rey del ejército invasor envió espías a la ciudad, y como éstos fracasaron en su propósito, él mismo se disfrazó de tal. En la ciudad conoció a la princesa, quien se enamoró de él, y cuando descubrió su identidad prometió ayudarlo.

Una noche, la muchacha se deslizó en la habitación de su padre y le cortó el mechón de cabellos rojos; entonces huyó secretamente de la ciudad, que a la mañana siguiente, fue conquistada y destruida.

Pero el rey invasor -a quien la acción de Ercila le había dado la victoria- quedó tan horrorizado por su espantosa perversidad al matar a su padre y traicionar a su propio país, que en lugar de casarse con ella ordenó a sus soldados que la arrojaran al mar desde un acantilado.

El mar, sin embargo, no quiso saber nada con una princesa tan perversa, y ni siquiera la dejó ahogarse. En cambio, la llevó a una isla distante y la arrojó en la costa.

Allí la vio un tritón, que de inmediato se enamoró de ella, y nadie pudo convencerlo de que la princesa era absolutamente cruel.

Pero las sirenas del mar, desesperadas porque no podían salvarlo de Ercila, fueron a una isla no muy distante donde vivía una hechicera, e imploraron su ayuda para castigar a Ercila.

Esta hechicera no era como las viejas arrugadas que se reunían a la luz de la luna y vendían filtros de amor a las muchachas tontas. Era joven y hermosa y se llamaba Circe. Tenía el poder de transformar a los hombres en bestias o pájaros o en monstruos de extrañas y pavorosas formas.

Circe mezcló sus hierbas mágicas y preparó una bebida fuerte y terrible. La derramó en la laguna donde Ercila tenía por costumbre bañarse, y cuando la perversa princesa entró en el agua, adquirió enseguida la forma de un terrible monstruo marino.

Lanzando alaridos y gruñidos de furia, Ercila corrió al mar tratando de apresar al tritón. Y cuando advirtió que éste se alejaba nadando aterrorizado, se escondió en una cueva junto a un lado estrecho en el mar, y allí quedó aguardando a los marineros y pescadores que acertaban a pasar, pues se había convertido en una especie de pulpo, con miles de largos tentáculos y ocho bocas.

Circe, la Hechicera, no regresó de inmediato a su isla misteriosa. Pues mientras preparaba el baño mágico para Ercila, conoció a un joven príncipe llamado Pico, hijo del rey del país hasta cuyas costas el mar había llevado a Ercila.

El príncipe Pico era joven y gallardo, gran jinete y

entusiasta cazador. Todo el día cabalgaba por las montañas y los bosques con un alegre grupo de jóvenes que eran casi tan hábiles como él para dominar caballos y perseguir jabalíes y ciervos de pies ligeros.

-Ven conmigo a mi isla mágica -le rogó Circe- y allí te prepararé una bebida tan fuerte y poderosa que te hará siempre joven y gallardo.

-¡Nunca! -gritó Pico- ¡No me casaré con una hechicera, ni siquiera para vivir siempre!. Mi amor es un Hada de las Montañas que canta con más dulzura que cualquier pájaro. Jamás la abandonaré...!y mucho menos por una hechicera!.

Entonces Pico saltó a su caballo, y se alejó riendo para unirse al grupo de sus amigos cazadores.

-¡Aunque cabalges como el mismo viento -exclamó Circe- jamás escaparás de mí! Si no puedo tenerte, por lo menos me vengaré de tí...! Si mis hierbas no han perdido sus poderes y mis encantamientos no me engañan!.

Rápida, como el pensamiento, Circe creó del aire un gran jabalí con cerdas doradas que de pronto se cruzó en el camino de Pico y desapareció en un bosque espeso donde los árboles crecían muy juntos unos de otros. Tan apretados crecían los árboles, que Pico y sus compañeros tuvieron que dejar sus caballos y perseguir a pie al jabalí fantasma. Pero en cuanto entraron en el bosque, comenzó a caer una niebla mágica, y los jóvenes se perdieron en un misterioso crepúsculo.

Riendo suavemente, la Hechicera Circe se dirigió al bosque encantado y, muy pronto, encontró a Pico, que erraba perdido y solo.

-¡Ya ves cuáles son mis poderes! -exclamó la hechicera-. ¡Haz lo que deseo, o te ocurrirá algo peor!.

-¡Jamás!, -respondió firmemente Pico-. ¡Seas quien fuere, jamás serás mi esposa!. ¡Amo a mi Hada de las Montañas y seré fiel a ella a pesar de todo!.

-¡Entonces, ahora conocerás mi poder!- gritó Circe furiosa- ¡Aprende lo que se logra desafiando a una hechicera... y pierde para siempre tu amor!.

Mientras hablaba, se volvió dos veces al Oeste y dos veces al Este, murmuró un encantamiento, y tocó tres veces a Pico con su varita.

Entonces Pico se volvió y se alejó rápidamente... con tanta rapidez que le pareció que en su velocidad había algo extraño y sobrenatural. Se miró las piernas. ¡Ya no corrían por la tierra! Se miró el cuerpo, y lo vio cubierto de plumas verdes, y los brazos eran alas, y en el rostro le creció un pico largo. Preso del pánico, lo golpeó contra un árbol...!Y se sorprendió picoteando agujeros profundos en la madera dura!. Es que Circe, la Hechicera, había convertido a Pico en un pájaro carpintero.

Pero mientras la hechicera efectuaba este encantamiento, los anteriores desaparecían y el sol brilló una vez más sobre el amplio bosque, de modo que el grupo de cazadores vio lo que había hecho con Pico.

Entonces espolearon sus caballos y cargaron contra Circe con las lanzas levantadas y las espadas desnudas, lanzando gritos de venganza. La hechicera se volvió y huyó; pero al huir dejó caer varios puñados de semillas mágicas.

En cuanto tocaron el suelo, comenzaron a crecer a una velocidad tremenda, hasta que a los pocos momentos los jinetes se vieron enredados en un gran bosque de arbustos espinosos y zarzas.

Cuando por fin lograron abrirse camino a través de la maleza, descubrieron que Circe había llegado casi hasta la costa.

Lanzando maldiciones a la perversa hechicera, que había encantado a su príncipe, galoparon velozmente tras ella. Cuando se acercaron, Circe se inclinó y arrancó dos puñados de pasto; después se volvió y lo arrojó hacia sus perseguidores. Las briznas de pasto se pusieron rojas como la sangre; y cuando tocaron el suelo, adquirieron un color negro y comenzaron a moverse, a crecer, a retorcerse. Un instante después llegaban los jinetes a ese lugar para verse rodeados de terribles serpientes, que silbaban y escupían veneno.

Así fue como Circe, la Hechicera, escapó por el mar hasta su isla mágica, y los que vivían en tierra firme debieron dejarla ir abandonando todo deseo de perseguirla y castigarla.

Pero el Príncipe Calco pensaba de otro modo -¡La seguiré a través del mar! -exclamó-. Si no regreso, reunid una armada e id a rescatarme o a vengarme.

Así partió solo y llegó a la isla mágica, pues aunque nadie lo sabía, el príncipe Calco se había enamorado de Circe y acudió a su morada para tratar de ganarla como esposa.

Desembarcó en la costa y caminó tierra adentro, hasta que atravesando los bosques llegó a un gran palacio construido de piedra pulida. A su alrededor erraban lobos y leones -que no parecían feroces- sino todo lo contrario, pues muchos de ellos se acercaron al príncipe y le hicieron las mismas fiestas que un perro o un gato.

En él encontró a Circe sentada en un trono de oro; y cuando lo vio, la hechicera sonrió y le preguntó por qué había ido a su isla.

-Hermosa princesa -replicó el príncipe- vengo a pedirte que seas mi esposa. Te haré reina de todas mis hermosas tierras, y te daré todas las joyas y los vestidos más lindos que puedas desear.

Pero Circe sacudió la cabeza.

-No me casaré contigo -dijo- pues aquí aguardo sólo a un hombre. Pero te aconsejo que te alejes enseguida de mí antes que te ocurra algo terrible.

-¡Jamás! -exclamó Calco- Aquí me quedaré noche y día, hasta que cambies de parecer... pues noche y día te hablaré de mi amor, hasta que te compadezcas de mí y seas mi esposa.

-Si así ha de ser -dijo Circe serenamente- acércate y siéntate a mi mesa de oro donde te serviré de comer y de beber.

El príncipe se sentó y comió el queso, el pan de cebada y la miel dorada que le dio la hechicera. Después bebió vino de la copa, sin saber que ella había mezclado una droga mágica.

Cuando el príncipe bebió, Circe, la Hechicera, lo golpeó con su vara, y el joven cayó al suelo apoyado en manos y rodillas; le crecieron la nariz y las orejas, trató de hablar pero sólo salieron gruñidos de sus labios... pues Circe lo había transformado en un cerdo.

Después, la Hechicera lo sacó del palacio, lo encerró en una pocilga y lo alimentó con bellotas.

Pasaron así las semanas, y como el príncipe Calco no regresaba a su patria, sus amigos alistaron los buques y navegaron hasta la isla mágica. Cuando la armada se acercó a la costa, Circe, la Hechicera, bajó hacia

ésta y dulcemente habló a los capitanes de los buques:

-Sé por qué habéis venido -dijo- Queréis encontrar al Príncipe Calco, que vino a visitarme.

-¡Sí, hechicera maldita! -le gritaron los capitanes-. Hemos venido a rescatar a nuestro príncipe y para incendiar tu morada y a tí.

-Podéis desembarcar, podéis registrar la isla -continuó diciendo Circe- pero jamás encontraréis al Príncipe Calco... Ni tendréis el poder de hacerme daño. Escuchadme, he convertido a vuestro príncipe en un cerdo ¿Quedaréis satisfechos si os lo devuelvo con esa forma?.

Los capitanes consultaron entre sí, pues comprendieron que si trataban de hacer daño a Circe perderían toda oportunidad de que Calco recobrará su forma natural.

Devuélvanos a nuestro príncipe -dijo por fin el jefe de los capitanes-. Devuélvanos a nuestro príncipe con su aspecto normal y te perdonaremos.

-Antes debéis hacer un solemne juramento -respondió Circe-. Debéis prometer que ninguno de vosotros, ni el Príncipe Calco ni nadie de vuestro pueblo, asentará su planta en esta isla... sea para hacerme la corte, o para matarme o cualquier otro propósito.

Como no les quedaba otro remedio, los capitanes hicieron ese solemne juramento que Circe les ordenó. Después la Hechicera subió a su palacio y salió con el cerdo negro y grande que había sido una vez el Príncipe Calco.

-¿Tú también haces este juramento?- preguntó después que hizo repetir al capitán todo el juramento. El cerdo asintió con la cabeza y gruñó tristemente.

Entonces Circe derramó sobre él una cuantas gotas de un líquido mágico, e inmediatamente cayeron las cerdas y el Príncipe Calco se puso de pie, lentamente,

más joven y más gallardo que antes.

Con la cabeza inclinada, subió a bordo del buque más cercano, y toda la armada viró y se alejó en silencio.

Pero Circe, la Hechicera, quedó sola en su isla mágica y cantó una canción extraña y misteriosa. Después regresó a su palacio encantado, y se sentó en su trono de oro aguardando la llegada de Odiseo, el Aventurero.

ULISES CUENTA A PENÉLOPE SUS AVENTURAS

*Los esposos, después de gozar del amor deseado,
disfrutaban contando uno a otro las propias historias:
refería la divina mujer de lo mucho sufrido
viendo siempre la odiosa reunión de sus malos galanes
que, inculpándola a ella, mataban las recias ovejas
y las vacas sin duelo y vaciaban las tinas de vino.*

*Luego Ulises, retoño de Zeus, contó los estragos
que él en otras causara y sus mismas penosas fatigas
sin dejarse atrás nada. Gozaba ella oyendo y el sueño
no cerraba sus ojos en tanto seguía el relato.*

*Fue primero la lucha ganada a los cícones, luego
su venida a la tierra fecunda en que comen el loto
más los hechos del fiero Ciclope y su propia venganza
de los nobles amigos por él sin piedad devorados;
cómo a Eolo llegó, que le dio favorable acogida
y la ayuda al partir, sin que fuera aún su sino la vuelta
a la patria, pues fuerte huracán arrastrólo de nuevo
por el mar, rico en peces, lanzando profundos gemidos;
cómo vino a Telépilo en tierra lestrígona, donde
destruyeron sus naves, mataron sus hombres de grebas
relucientes, y él sólo escapó sobre un negro navío.*

*Refirióle también el engaño y las trazas de Circe
y su ida en el barco de múltiples remos al Hades,
la sombría mansión, a escuchar los augurios del alma
de Tiresias tebano; allí vio a sus antiguos amigos
y a la madre que al mundo lo trajo y crió de pequeño;
cómo oyó a las Sirenas, perpetuas cantoras, y vino
a las Rocas Errantes, la horrible Caribdis y Ercila,
de la cual nadie pudo jamás escapar sin quebranto.*

*La matanza contó de las vacas del Sol por sus hombres,
la que Zeus, tonante en la altura, vengó disparando
a la rápida nave su rayo encendido; con todos
acabó de una vez; él, su jefe, escapó a la ruina.*

*Arribado a la isla de Ogigia, la diosa Calipso
procuró retenerle en su cóncava gruta intentando
que con ella casase; sustento le dio y aun promesa
de volverle inmortal, de vejez liberado por siempre,
mas no pudo con todo vencerle en su pecho. Narróle
cómo luego, sufriendo mil males, llegó a los feacios,
que en sus almas le honraron lo mismo que a un dios y le dieron
para ayuda en la vuelta a su patria un bajel y unos hombres
tras hacerle regalos de oro, de bronce y de ropas.*

*Y éste fue su relato postrer, pues un sueño suave
le invadió, relajando sus miembros, calmando sus cuitas.*

(Odisea, XXIII, 300-343)